ALFAGUARA

Antonio Skármeta

Los nombres de las cosas que allí había

Narrativa Hispánica

Selección y prólogo de Juan Villoro

Índice

Cubierta
Un hombre de principios
El joven con el cuento
Relaciones públicas
Entre todas las cosas lo primero es el mar
El ciclista del San Cristóbal
A las arenas
Basketball
Primera preparatoria
Pescado
Balada para un gordo
Hombre con el clavel en la boca
De la sangre al petróleo
El amante de Teresa Clavel
Borges
Créditos

«En cuanto estuve en la roca, me paré sobre ella y
dije todos los nombres de las cosas que allí había.»

ANTONIO SKÁRMETA

Un hombre de principios *Juan Villoro*

La vocación literaria pertenece a las rarezas del mundo. De pronto, una chica o un joven tienen la mente llena de pájaros que no saben dónde acomodar; algo indefinido pide alzar el vuelo y dispersarse para manchar el sol con caprichosos aleteos. Ese impulso suele venir de una carencia, los muchos huecos que definen la vida adolescente, pero también de un estímulo externo, lo que dijo un amigo, un verso de lumbre a mitad de un libro, una melodía que pide ser narrada.

Los cuentos de Antonio Skármeta abordan la misteriosa iniciación literaria. *El entusiasmo*, libro con el que se dio a conocer en 1967, es atravesado por una pregunta esencial: ¿cómo hacer que la vida se convierta en *ars poetica*? «El joven con el cuento», que abre esta antología, trata de un muchacho que desea escribir. Para lograrlo, se aísla en la precaria cabaña de una playa; la soledad debe provocar su iluminación creativa. En estado de filosófica plenitud, afirma: «Sé cómo ser un hombre quieto». Sin embargo, el auténtico impulso para escribir viene del inesperado contacto con otras personas, de un temor que poco a poco se convierte en afinidad. Cuando finalmente tiene una idea es porque ya la ha vivido. De manera impecable, a los veintisiete años Skármeta revela la forma en que la experiencia se trasvasa en imaginación, la esquiva sustancia de la que proviene la literatura.

Otro relato de ese mismo libro, «Entre todas las cosas lo primero es el mar», describe a un escritor en estado larvario. Su vida es una especie de siesta antes del despertar definitivo. No parece tener muchas cosas a su favor, pero confía en el mar.

Skármeta presenta sus cartas credenciales en *El entusiasmo*. Un cuento de ese libro representa una suerte de currículum emocional. En «La Cenicienta en San Francisco» no sólo el protagonista es un principiante, sino incluso el país del que proviene. Una estadounidense pregunta cuánta gente cabe en Chile. El narrador en primera persona responde que ocho millones, agrega que a esa población le falta lo mejor y sobreviene el siguiente diálogo:

—¿Están tristes acaso? ¿No están contentos?

—No están contentos —dije.

—¿Por qué?

—Porque nunca están contentos.

—¿Por qué?

—Porque están empezando, por eso.

En una carta a un amigo, el poeta mexicano Carlos Pellicer escribió: «Tengo veintitrés años y creo que el mundo tiene mi misma edad». Los cuentos de Skármeta están marcados por una idéntica convicción: el país, el mar, el sol, el oficio, son cosas que comienzan. Con voluntad adánica, el protagonista de «El joven con el cuento» dice: «En cuanto estuve en la roca, me paré sobre ella y dije los nombres de todas las cosas que allí había». El entorno es bautizado como si iniciara su existencia. El narrador no sabe lo que ocurrirá, pero quiere decirlo. En forma estimulante, convierte la incertidumbre en técnica. A punto de arrancar, descubre la belleza de no estar seguro de nada.

En «Relaciones públicas», el rito de iniciación hace referencia a un trance decisivo: el paso del odio al afecto. Una obligada rivalidad física se transforma en voluntaria complicidad emocional.

Para su segundo libro, *Desnudo en el tejado*, que ganó el Premio Casa de las Américas de 1969, Skármeta ya dominaba dos registros estilísticos fundamentales: los relatos de tramas rápidas que se dirigían a un certero desenlace y prosas líricas donde la anécdota era ante todo una oportunidad para que las metáforas se exaltaran hasta la alucinación.

«Basketball», «El ciclista del San Cristóbal» y «A las arenas» pertenecen a la primera categoría, pero incluyen pasajes de éxtasis en los que el lenguaje se desboca. El ciclista pedalea en sensual desafío al cosmos: «Y de un último encumbramiento que me venía desde las plantas llenando de sangre linda, bulliciosa, caliente, los muslos y las caderas y el pecho y la nuca y la frente, de un coronamiento, de una agresión de mi cuerpo a Dios, de un curso irresistible, sentí que la cuesta aflojaba un segundo y abrí los ojos y se los aguanté al sol».

Con Chéjov, Hemingway y Saroyan, Skármeta aprendió a servirse de tramas esenciales, pero incorporó ahí momentos de «locura» poética. Si algunos de los mejores relatos de Cortázar se ubican en una región de umbral, donde lo verificable roza lo fantástico, Skármeta, que dedicó su tesis de maestría al escritor argentino, enrarece la realidad de otra manera, dotándola de exaltación poética.

Quienes comenzábamos a escribir a principios de los años setenta del siglo pasado encontramos en él a un joven gurú. Nada mejor para un aprendiz que un maestro cuyo tema obsesivo es el arte de comenzar.

La primera frase de *Desnudo en el tejado* (1969) confirmó a Skármeta como un experto en los inicios: «Además era el día de mi cumpleaños». Yo ignoraba que una historia podía arrancar *in media res* («en mitad de la cosa»). La acción ya ha comenzado y el lector la «interrumpe». Aquella desconcertante primera línea despertaba la curiosidad: ¿además de qué?, ¿qué podía haber sucedido antes?

En 1973 subrayé este pasaje en el tercer libro de Skármeta, *Tiro*

libre: «Pienso: cuando sea grande voy a saber qué decir en estos casos; voy a tener la jeta llena de palabras; dejaré de agazaparme como un gato, de manosear los libros y la sombra». El narrador se refiere a la dificultad de confiarle sus sentimientos a una chica. Supongo que me identifiqué con ese desafío, pero también con el deseo de que el futuro me otorgara la elocuencia que no podía tener entonces.

Los jóvenes de Skármeta son páginas en blanco, borradores de sí mismos, prólogos de vidas por venir. En el futuro habrá palabras. La paradoja es que quienes no tienen nada que decir son dichos con maestría. El tartamudeo de los personajes es la elocuencia del narrador.

Un expediente personal

Leer en el momento preciso a un especialista en los inicios resulta decisivo para un futuro escritor. Recurro al testimonio autobiográfico para que se entienda mejor el impacto que Skármeta tuvo a fines de los sesenta y principios de los setenta en el contexto latinoamericano. En 1971 cumplí quince años y mi mejor amigo me recomendó un urgente manual de autoayuda para conquistar chicas y sobrevivir al restrictivo mundo de los mayores: la novela *De perfil*, de José Agustín. La trama se ubicaba en un barrio de clase media muy parecido al mío y los predicamentos del protagonista eran los mismos que no me atrevía a confesar. Un espejo interior que reflejaba anhelos, zozobras, oportunidades perdidas. Entendí, por primera vez y para siempre, que el principal personaje de la literatura es el lector.

Ningún libro me había incluido de ese modo. Esta epifanía me hizo decirle a mi mejor amigo mientras circulábamos en un tranvía: «Voy a escribir». Me vio como si hubiera dicho que quería asaltar un banco o ser el primer astronauta mexicano. Hasta ese momento mis principales intereses habían sido el rock, la televisión, las crónicas de fútbol y los comics. El salto a la literatura parecía un atrevimiento digno de los hombres bala que por aquel entonces volaban en los circos.

En el periódico *Excélsior* descubrí que la Universidad Nacional impartía un taller de cuento gratuito y decidí presentarme. Había escrito un relato y solo uno. Un miércoles, a las siete de la noche, llegué al piso 10 de la Torre de Rectoría. Todas las luces estaban apagadas menos una. Bajo un resplandor triangular, el ecuatoriano Miguel Donoso Pareja revisaba manuscritos. Roberto Bolaño inmortalizó en *Los detectives salvajes* el taller del poeta Juan Bañuelos, que sesionaba los martes en el mismo sitio. En ambos talleres participaba José Alfredo Zendejas, que asumiría el alias poético de Mario Santiago Papasquiaro y pasaría a la ficción como Ulises Lima,

investigador rebelde de la realidad que protagoniza *Los detectives salvajes*. Yo era el más joven del taller y Zendejas me tomó bajo su tutela. Me preguntó por mis poetas favoritos, valoró mi sincera ignorancia y se propuso adiestrarme. Donoso Pareja, por su parte, me preguntó cuántos cuentos había escrito. «Dos», contesté para hacerme el prolífico. «Tráelos la próxima semana», sugirió el maestro que acababa de publicar la antología *Prosa joven de la América hispana*, pero no parecía muy convencido de tener a un alumno tan joven.

Escribí un segundo cuento a toda prisa, ubicado en una mina (tema que desconocía por completo), con el ingenuo afán de apoyar a la clase obrera desde mi prosa. Con equivocada benevolencia, Donoso Pareja atribuyó este relato a una etapa «anterior» (¡cómo si yo pudiera tener una fase previa a los quince años!) y consideró que el otro cuento (el primero que había escrito) mostraba que ya podía prescindir de esos defectos. Total que fui aceptado en el taller.

La novela latinoamericana era entonces una dilatada forma de la complejidad. *Conversación en La Catedral*, *El recurso del método*, *Yo, el supremo*, *Cambio de piel*, *El otoño del patriarca* y *Rayuela* asumían la literatura como un voraz y erudito experimento. No era fácil emular esas desmesuradas invenciones.

La generación del *boom* llevó la literatura al centro de la discusión cultural y política, y a la primera plana de los periódicos. También tuvo un efecto de «arrastre», interesando al gran público en autores de la generación anterior, más interesados en escribir que en proclamar la novedad de su escritura. Onetti, Rulfo, Borges, Bioy Casares, Felisberto Hernández se convirtieron en mis dioses tutelares, junto con el Cortázar cuentista. De modo confuso traté de unir mis pasiones contraculturales con la literatura de umbral, donde el realismo colindaba con lo fantástico. «Tienes que leer a Skármeta», me dijo Donoso Pareja, que había incluido al autor chileno en su antología. Como de costumbre, José Alfredo Zendejas (*aka* Mario Santiago) se me había adelantado. Conocía al autor y apoyó la recomendación.

En 1976 obtuve un segundo lugar en cuento en el concurso de la revista universitaria *Punto de Partida*. En ese mismo certamen, Roberto Bolaño obtuvo tercer lugar en poesía. Uno de los jurados era el cuentista chileno Poli Délano, exiliado en México, que advirtió la influencia de Skármeta en mi cuento. En el coctel de premiación, Poli y yo hablábamos del tema cuando se nos acercó Bolaño. Se incorporó a la plática y, con su apasionado gusto por los extremos, lamentó haber sido premiado («si acaso merezco una amonestación») y encomió a Skármeta, comparándolo con los grandes escritores rusos.

Muchos años después, Rodrigo Fresán y yo conversamos con Bolaño sobre la relación entre el relato «A las arenas», de Skármeta, y *Los detectives salvajes*. En ambos textos un mexicano y un chileno parten

on the road, dispuestos a hacer una indagación poética del mundo. En «A las arenas», los protagonistas venden su sangre para asistir a un concierto de jazz. Para merecer el arte, hay que vivir en consecuencia, entendiendo que respirar y morder y gritar y salivar pueden ser actos poéticos. Quien acepta los riesgos de moverse en la delgada línea que separa la locura de la inspiración, y se atreve a ofrendar su sangre, es ya un poeta vivencial aunque carezca de obra.

Como de costumbre, Roberto estuvo en desacuerdo con nosotros («¿Por qué usted siempre lleva la contraria?», le preguntó la periodista Mónica Maristain. «Yo nunca llevo la contraria», respondió con humor Bolaño, negando la afirmación y confirmándola a la vez). Para entonces, ya se había distanciado de su temprana pasión por Skármeta y, como todo autor, modificaba el linaje al que quería pertenecer. Pero las similitudes están ahí y contribuyen a explicar la atmósfera cultural en la que Fresán comenzó a escribir en Argentina, Bolaño en Chile y yo en México.

«El pánico no tiene ruidos»

Al modo de Onetti, Skármeta detiene la acción para demorarse en un gesto significativo. No se limita a describir un ademán; lo carga de metáforas para transformarlo en una suerte de parábola. En el cuento «Primera preparatoria», que pertenece a *Tiro libre*, narra la separación de dos hermanos. El mayor se va de casa, contrariando a los padres. Gana un destino, pero está a punto de perder un amor en manos de su hermano. La despedida se cuenta en estos términos:

> Lo miro a los ojos y siento que mi cuello está hundido, que me brillan los dientes.
>
> Algo entonces detiene a mi hermano.
>
> Se queda ahí un instante con las manos vacías y ambiciosas, con los brazos repletos de aire, como un molino sin viento, como un barco sin agua.

El hermano menor es de pronto un animal de presa al que le «brillan los dientes». Se quedará con la chica, con la vida que el otro deja atrás. El joven que parte es ambicioso, pero dispone de muy poco; sus manos vacías y sus brazos «repletos de aire» miden su precariedad, pero también su valentía. El destino del que se va y el destino del que se queda se resumen en ese último abrazo.

El tono general de *Tiro libre*, tercer libro de relatos del autor, recuerda al cine neorrealista italiano. Escenas de un quebradizo sentimentalismo al interior de la familia, enmarcadas en procesos históricos que afectan a los personajes, donde los objetos y los gestos «menores» adquieren significados trascendentes.

«Primera preparatoria» y «Pescado» transcurren en hogares de inmigrantes. Ambos cuentos subrayan la relevancia de los lazos de sangre para quienes vienen de un lugar lejano. La verdadera patria de acogida es la casa en la que viven. Un mismo campo de fuerzas anima estas historias: en un hogar arduamente conquistado, alguien quiere irse. Según he comentado, «Primera preparatoria» trata de la huida del primogénito al que esos muros ya le resultan asfixiantes; «Pescado», de una singular fuga de los abuelos, aún capaces de una aventura que los llevará a los confines del mundo, es decir, a darle la vuelta a la manzana.

«Balada para un gordo», que adelanta a un futuro protagonista de la novela *Soñé que la nieve ardía*, se ocupa de uno de los asuntos más difíciles de controlar desde la ficción breve: la formación política.

La novela es un género voluntariamente «imperfecto», que altera y cuestiona su estructura, y abre espacios para discutir distintas versiones del mundo. Los terroristas de *Los demonios*, de Dostoievski, o los críticos de la modernidad en *Contrapunto*, de Huxley, exponen sus convicciones en largas tertulias mientras la trama de conjunto se suspende. El relato no puede permitirse esas pausas; todo en él depende de seguir una historia que, como anhelaba Horacio Quiroga, se desplaza con la nítida precisión de una flecha.

No abundan los grandes cuentos políticos y Skármeta ha escrito algunos de alta singularidad. «Balada para un gordo» refleja el clima de la Unidad Popular, la polarización social de esos días, la incertidumbre ante los tiempos por venir. Imaginado al compás de las transformaciones emprendidas por el gobierno de Salvador Allende, el cuento comienza en una región del siglo XX similar al ágora en la Grecia clásica: el patio de un colegio. La historia avanza para contar un proceso de maduración ideológica y desemboca en un careo donde el afecto es desafiado por las creencias: los amigos de otro tiempo encarnan dos versiones diferentes de la izquierda. La narración se despide de ellos en el momento en que pueden ser cómplices o enemigos. Skármeta no toma partido; sin embargo, de manera trágica, la historia de Chile encontró una forma de arrasar con esas posibilidades de futuro.

Resulta difícil calibrar los efectos que el exilio tuvo en un autor que, acaso por provenir de inmigrantes croatas, tenía un peculiar sentido del arraigo. De manera sugerente, en sus primeros tres libros varios cuentos celebran el microcosmos local y al mismo tiempo proponen abandonarlo. Una estimulante contradicción guía a los personajes. Salir de Antofagasta, conocer Santiago, recorrer el mundo son recompensas que conllevaban una pérdida. Los personajes se dejan cautivar por una temible maravilla; aman las grietas de su calle, pero entienden que nada vale tanto como irse y dan un salto hacia lo

incierto, dispuestos a pagar las consecuencias.

El exilio cambió esta circunstancia. «Hombre con el clavel en la boca» representa una primera reacción a las nuevas coordenadas del autor. La chica que protagoniza el relato viene de padecer una tragedia política, el golpe de Estado en Chile, y se encuentra en Lisboa con un episodio de esperanza, la noche de los claveles rojos que celebra el triunfo de la izquierda. Ahí conoce a un joven portugués que festeja el fin del fascismo sosteniendo un clavel entre los dientes. Al saber que la chica es de Chile, comprende que es demasiado pronto para decirle adiós a la maldad. El relato une los temas esenciales del exilio, el amor y la política, y anticipa la sobriedad narrativa que Skármeta adquirirá lejos de Chile. Los pasajes líricos que dominaban relatos enteros («Días azules para un ancla» en *El entusiasmo*, «Una vuelta en el aire» en *Desnudo en el tejado*) o surgían como arrebatos poéticos en tramas más realistas, desaparecen de su horizonte.

Notable ejemplo de «nuevo periodismo», «De la sangre al petróleo» narra un atentado terrorista en el aeropuerto de Fiumicino. Un episodio real contado con la fuerza subjetiva de la ficción. Como en «Balada para un gordo» o en «Hombre con el clavel en la boca», en este cuento-crónica la vida cotidiana es alterada por las fracturas de la Historia. Por obra del espanto y de las balas, los pasajeros reunidos en una sala de espera se transforman en un solo cuerpo que busca sobrevivir. El destino individual se vuelve dramáticamente colectivo. Un muro acristalado se viene abajo como un símbolo de un mundo roto. Lo más sorprendente, sin embargo, no es la violenta alteración de la rutina, sino la inquietante posibilidad de regresar a ella. Nada se soluciona, pero la vida sigue. De la sangre derramada se pasa al petróleo que mueve y normaliza los destinos.

La incursión de Skármeta en el guionismo, la televisión y la novela lo alejó del género que en su juventud parecía llamado a cultivar con mayor provecho. Se diría que con su país también perdió su primer amor literario. *Ardiente paciencia*, rebautizada como *El cartero de Neruda*, comenzó como radioteatro y se transformó sucesivamente en pieza dramática, película (dirigida por el propio Skármeta) y novela, que a su vez dio lugar a otra película, ganadora del Oscar a mejor film extranjero, y a una ópera protagonizada por Plácido Domingo. Texto «apátrida», para usar la expresión de Julio Ramón Ribeyro, *El cartero* requería de muchos territorios de llegada. A partir de ese momento, Skármeta se convirtió «ante todo» en el autor de esa historia que le brindó inmenso éxito internacional. La fama, lo sabemos, es una simplificación. Los reflectores que arrojaron sus destellos sobre Neruda y su cartero dejaron en la sombra otras zonas de Antonio Skármeta.

En 2015 apareció *Libertad de movimiento*, reunión de cuentos

escritos a lo largo de varios años y ubicados en distintos países. De ahí he elegido dos relatos. Ambos abordan el tema del doble. Uno de ellos anuncia el asunto desde el título: «Borges». Para aliviar su soledad, el protagonista viaja a París, deseoso de emular a un amigo que vive ahí. En la ciudad que se despliega como una aventura del orden —nunca advertida por sus atribulados habitantes—, descubre que su posible anfitrión atraviesa una crisis. Poner los pasos en sus huellas puede significar una dicha vicaria o la reiteración de una ruina.

«El amante de Teresa Clavel» recicla el tema de manera diferente: todo héroe requiere de un testigo; para realzar los hechos, alguien, necesariamente, debe ser «el otro». La celebridad se sustenta en un anonimato ajeno. El cuento avanza como un mecanismo de precisión y lleva a una intriga amorosa y política en Haití.

En sus primeros textos, Skármeta planteaba la partida como un complejo desafío. En *Libertad de movimiento* se desplaza con la tranquilidad de un veterano del traslado, aunque privilegia la geografía de ninguna parte, los no-lugares, para ubicar el núcleo de la acción: una carretera, un hotel de cadena, un balneario, un departamento de la neutra clase media.

Los cuentos de Skármeta rara vez prescinden de citas musicales. No sería exagerado que esta antología llevara un CD de acompañamiento. Incluso ante la inminencia del espanto en «De la sangre al petróleo», el autor recuerda una melodía. El silencio sólo llega cuando se está al borde del paroxismo. Ahí el narrador entiende que «el pánico no tiene ruidos». El «dolor de mundo» (*Weltschmerz*) llevó al joven Werter al suicidio. Para superar ese vacío hay que alzar la voz, subir el volumen de una melodía, colocar gallos en las páginas. Skármeta entró a la literatura de un portazo, dispuesto a ser ruidoso.

Ciertos escritores se privan de compartir sus aficiones y prefieren concentrarse en las de sus personajes, que no siempre comparten. Al igual que Cortázar, Skármeta incluye a sus lectores en un club de melómanos y menciona a Lucho Gatica, Petula Clark o Ella Fitzgerald. El fraseo de sus primeros tres libros tiene mucho de swing y jazz, de partitura agitada por el viento que solo sopla al sur del planeta, donde parecería que todo se acaba, pero donde los pescadores, los mineros y los poetas demuestran que la tierra existe para sacarle brillos.

«Éramos los elegidos del sol / Y no nos dimos cuenta», escribió Vicente Huidobro. A partir de 1967 un cuentista chileno entendió que no hay nada tan importante como empezar y convirtió ese impulso en una estética. Comenzaba un lenguaje, comenzaba un país, comenzaba un mundo: la vida estaba por delante.

Y esta vez, los elegidos se darían cuenta: «Abrí los ojos y se los aguanté al sol».

El joven con el cuento

—Ésa es la casa —dijo Ernesto—. Un verdadero palacio. ¿Qué te parece?

Acomodé la mochila en la espalda y sentí cómo caía entero en una especie de arrobamiento, una temperatura creciente desde las vísceras a los ojos tiñéndomelos con la fuerza de mi entusiasmo, con ganas de precipitarme hacia la orilla y correr sobre la arena hasta no dar más, y ya me imaginaba la risa que me iba a dar hacerlo. «Todo el azul reino de la tierra conquistado para el hombre.» Ni siquiera un poco de viento, la arena blanca, las rocas sabiamente distribuidas, y mar y cielo hasta cansarse, y la garganta poderosa, enérgica, tramando las palabras de alabanza, mudas en ese momento porque cualquier palabra sería todo, y un dedo indicando el horizonte, escapado de mi mano derecha, incomprensible, contando por su propio riesgo cierta historia que no acertaba a traducir, y el gesto consternado de mi rostro, y el sudor picante sobre las mejillas y Ernesto sonriendo mientras me miraba, magnánimo dueño del mundo, preguntándome ¿qué me parecía?, gozando amablemente de mi veneración a la tierra, sobándose las manos, haciendo como que mascaba algo, abriendo y cerrando la boca con un airecito suficiente, sin cesar de mirarme, sin dejar de sonreírse.

—Extraordinario —contesté—. Llámeseme «El Rey» desde ahora en adelante.

Yo hablo así, un poco a lo grande, qué vamos a hacerle.

—Rey de mierda, al tercer día necesitarás hablar con alguien, tendrás ganas de tomar una sopa caliente, o de ver alguna mujercita, cogerás la carretera y volverás a Antofagasta.

—No me conoces —respondí contemplando una bandada de pelícanos que sobrevolaban un grupo de rocas—. Sería capaz de calcinarme perfectamente sobre una roca sin remordimientos. Sé cómo ser un hombre quieto, Dios me perdone.

Cogió una bolsa de regular tamaño y la depositó en la arena.

—Ahí están tus provisiones. Conservas y cervezas. Dentro del carro encontrarás vino. No bebas demasiado.

—Pierde cuidado —le dije—. No tendré tiempo.

—Así que no tendrás tiempo. ¿Qué piensas hacer?

Respondí con un gesto teatral lo exactamente impreciso; en verdad deseaba dejar secreto ese monólogo que me anunciaba, al mismo ritmo que mi respirar, la nueva tierra que avistaba, la súbita madurez que había emergido de los fastidiosos días pasados en Santiago, casi al término de mi tercer año en la Universidad, que me habían enfilado

las piernas al norte en un pacífico y lento viaje a través de la pampa.

—Dormir —contesté—. Como una bestia fatigada. Dan mucho sueño esas clases de la Universidad, ¿sabes?

—A mí me habían dicho que mantenían despierto —dijo Ernesto con una astucia asombrosa.

Le puse la mano en el hombro.

—Propaganda.

—Pero tienes buenas notas, ¿verdad?

—Sí —contesté—. Eso no significa nada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a dejar la Universidad?

—Un poco. No sé. Tal vez.

Ernesto se rascó la cabeza. Me encogí de hombros y le tendí la mano.

—¿Vendrás el sábado?

—Seguro —dijo—. ¿Quieres que te lleve la bolsa hasta el carro?

—No, deja.

Se metió la mano en el bolsillo derecho, y luego me pasó las llaves.

—Bueno, Rey —dijo—, que la pases bien.

—Pierde cuidado —respondí.

Puse las llaves en el bolsillo de la camisa y recogí las provisiones. Luego sonreí a Ernesto y eché a caminar lentamente hasta la casa. Sentí el traqueteo del motor y deseé que se alejara pronto para sentir con toda su amplitud el silencio del paraje, y comenzar a oír mi voz, finalmente, contestando con ignorancia las preguntas calladas que me hacía, recibiendo el olor salado del océano en las paredes de mis narices. De pronto el ruido del motor se apagó, y el estallido de un balazo me sacudió entero. Giré con celeridad hacia el automóvil. A unos cien metros de distancia Ernesto me hacía señas con los brazos levantados y me indicaba que lo esperara.

Eché a correr hacia él, nervioso, en tanto se abalanzaba hacia mí, agitando un revólver en su brazo derecho. Cuando nos encontramos se dejó caer sobre la arena.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Tú disparaste?

—Sí. Tómalo.

Cogí el arma con la izquierda. Era más pesada de lo que me imaginaba.

—Casi se me olvida entregártelo —dijo.

Miré el revólver y lo trasladé hacia el otro lado con precaución, cuidando de mantener los dedos lejos del gatillo.

—¿Está cargado?

—Tiene cinco balas —dijo, sacándose alguna basura que le había entrado en un ojo.

—¿Qué quieres que haga con él? —pregunté. Se lo extendí para que lo cogiera.

—Quédatelo.

—¿Para qué? No he disparado un tiro en toda mi vida.

Ernesto siguió luchando con su ojo. El sol le daba en la cara, y con una de las manos se hacía sombra y con la otra secaba el lagrimeo.

—Puedes necesitarlo —dijo—. Parece que me entró arena en el ojo.

Dejé el revólver a un costado, me arrodillé y le cogí la cabeza.

—Abre.

Intentó abrirlo y lo único que consiguió fue que se irritase más. Cuando logró sostenerlo por un rato lo soplé con violencia varias veces, y era la mismísima imagen de un huracán.

—Parece que ya salió —dijo para que no lo jodiera más.

Se puso de pie. Cogí el arma y le extendí la mano, devolviéndosela.

—Llévate esto —le dije—. Aquí lo único que hay para hacer puntería son pelícanos. ¿De qué me va a servir? ¡Más lo nervioso que me pone!

—Quédatelo —insistió—. Esto está lleno de gente.

Miré con sorna a los alrededores.

Al lado del viejo carro de ferrocarril había una pequeña cabaña, y a unos cien metros de distancia otro carro, pintado de rojo y con una bandera chilena sobre un asta blanca.

—Sí —dije—. Hay más gente que en Glasgow, Escocia.

Me di vuelta siguiendo la dirección del índice de Ernesto.

—Cerros —comenté—. Mil cerros pelados y hermosos.

—Uno nunca sabe dónde vive la gente —sentenció.

—Seguro. ¿De qué vivirían?

—Pudiera ser que bajaran a pescar en las madrugadas. ¿No te parece?

Examiné el arma que tenía en la mano derecha.

—De todos modos —dije—, enséñame cómo funciona.

—Apunta a algún lado.

Dirigí el arma hacia una roca.

—Sosténlo primero y aprieta el gatillo.

—¿No tiene seguro?

—Está vencido.

Cerré un ojo y cargué el dedo sobre el gatillo. La detonación me vibró como un silbido en las orejas, y la mano quedó temblando. Erré, y un puñado de arena se elevó, como polvillo alrededor de la roca.

Ernesto rió.

—Afina la puntería —dijo—. En caso que tengas alguna batalla en grande, en la casa hay más municiones. Si ves a algún polaco, mátalo.

—Está bien —dije—. En el nombre de tu abuelo.

Caminé los metros que me separaban de los bultos, los recogí y mientras sentía partir el auto, continué la marcha hacia la casa.

Lo primero que hice al entrar fue dejar abiertas las puertas y todas

las ventanillas para refrescar el ambiente caldeado del carro. Era un vagón del Ferrocarril Antofagasta-Bolivia, de los mismos en que había viajado en mi infancia, y que aún conservaba en un extremo dos asientos de madera, algunas perchas sobre las paredes, y los portavalijas en lo alto, atestados ahora de revistas, tarros, camisas y zapatos, cajetillas de cigarros a medio vaciar, botellas vacías, todo mezclado en un admirable desorden. El carro estaba dividido por una pared de madera terciada, y cada compartimento tenía tres camas de campaña, de las mismas que usan los milicos. En una esquina se había conservado el excusado, y a pesar de los esfuerzos que se notaba que alguien había hecho por limpiarlos, una multitud de garabatos podían ser leídos con relativa facilidad. La mayoría de ellos les recordaban la familia a los cholos, todos adornados con dibujos genitales, y de sabrosas curvas diseñadas sobre el estanque de agua del inodoro.

En la punta opuesta habían ubicado, cubierta por una cortina de paño, una mesa pequeña sobre la cual estaban dos anafes a parafina, y a juzgar por los tarros de arroz y de azúcar, y por la sal, y por las cáscaras de naranjas en el suelo, eso perfectamente podía ser una cocina. Una vez que hice una inspección total del palacio, me recosté sobre cada una de las camas, saltando sobre ellas y probando sus bondades, hasta escoger una que miraba hacia la playa que me impresionó por su blandura y por su tamaño, en que pude echar con comodidad mi metro ochenta y dos, y descansar un momento, mirando hacia las rejillas de ventilación silbando entre dientes cualquier cosa.

«Aquí estoy —me dije—, como un rey de mierda echado en esta cama disfrutando pacíficamente mi destierro, dispuesto a que todo pase a mi lado sin alterarme, con tres buenos lápices en el bolsillo, y con esta queda comprensión de no necesitar nada más del mundo.»

—Aquí estoy —dije después, en voz baja—, echado como un perro astuto esperando reponerme del cansancio, aprobando el olor de la transpiración en mi camisa, sin nada que hacer por los siglos de los siglos amén, ligeramente excitado pero sin deseo de mujer, moviéndose como ese jarrón chino de T. S. Eliot, quietamente en movimiento, sin desear y sin no desear, haciéndoles el umbral a las palabras, concentrándome para que las insignificantes revelaciones se epifanicen, para que mi demonio despierte y se ponga de acuerdo conmigo y nos cojamos en una fácil lucha esta noche, sin que nada turbe el sobresalto tranquilo de la prosa, mientras las páginas avancen y este infeliz que soy pase petulantemente la mano por las narices, como el cochino dueño del mundo que me conozco, desgañitándome con la felicidad de estar siendo, sin que haya viento capaz de tirarme de mi potro y demasiado libre como para ponerme a escribir ahora como malo de la cabeza.

—Veamos qué nos depara la playa —dije levantándome— y no permitas que nada te turbe, a menos que te den ganas de turbarte, y entonces no dejes que nada te tranquilice, hermano.

Me coloqué una mano como visera sobre los ojos, y mirando el sol calculé la hora. Parecía ser algo así como las cinco de la tarde, de modo que aún tendría sol por un buen rato. Caminé estirándome y bostezando hasta pocos metros de la orilla y tirando la ropa me tendí desnudo sobre la arena, sintiendo de inmediato el calor del sol en la cara y en el vientre. Había puesto la camisa, hecha un atado, bajo la nuca, de modo que reposaba plácidamente con toda la comodidad deseable. Con los ojos apenas abiertos miré el batir pesado de las alas de los pelícanos rondando una zona del agua que parecía estar poblada de sardinas, y los vi lanzarse en picada de pronto, introducirse en el mar, y emerger hacia el aire chorreando con el pez firmemente cogido en el pico. Había unos treinta de estos pajarracos rondando, y favorecidos por la quietud del océano, el ruido de sus alas, golpeándose contra la queda y brillante atmósfera, podía oírse intenso, como una especie de vibración seca que sonaba a música. También divisé otros pájaros más pequeños que cortaban el aire bien en lo alto, que no sabía cómo se llamaban, pero todo su movimiento era armónico, y no parecía que estuviesen buscando comida o con ganas de atrapar peces, ni parecía que se estuviesen dirigiendo a alguna parte tampoco, pues lo único que hacían era girar en el mismo espacio, a veces en fila, o en grupo de cuatro, y más bien podía ser que lo único que quisieran fuera estar ahí volando, porque sí, porque les era bueno, pues eso era su vida, mantenerse suspensos en el aire, planeando luego de haberse agitado lo suficiente como para ganarse ese transporte sereno de ellos mismos, y quizás gozosos de ser pájaros voladores e inútiles, excepto por ese vuelo, allá en lo alto, destacado como una marca negra prolongándose en el color del cielo, dividiendo el sol, trizándolo en cientos de soles pequeños, arrebatándole, imaginé, su única profundidad, llevándose su fulgor prendido del pico, resbalándolo sobre el plumaje negro, sacudiéndoselo con la cabeza aguda, y reintegrándolo al aire para dividir el aire a su vez y colocarse libremente en el espacio.

—Esto es lo que soy —dije acariciándome el vientre sin dejar de mirar las aves, penetrado de sus vaivenes, ajeno a mi nombre y al mundo, quietamente replegado atrapándome—. Esto es lo que soy. Espacio. Aquí comienzo y en la punta de esos dedos sucios y torcidos de mis pies termino. Y esto es lo que me es dado, y ya puedo empezar a agradecerlo.

Me pasé la mano por la cara, ardiente, dura al tacto, con algunos granos de arena que me rasparon las mejillas, e intenté agradecer mi espacio, en el primer idioma que me viniera a la cabeza.

Lo primero que dije fue una especie de oración mezclando el Padre Nuestro que estás en los cielos con las odas de Neruda y con algunos poemas escritos en la infancia, todo salpicado de interjecciones groseras, que las lanzaba sólo para meter alboroto en la acción de gracias, como pensando que si alguien las escuchase, no me tomara por un beato o por un poeta de chambergo. Después se me ocurrió que lo justo sería pedir que mi espacio fuera conservado, mantenido en garantía, inviolable, es decir, sí por mujeres, si se les ocurría hacerlo, pero no por la muerte ni por las plagas ni por ninguna porquería semejante. Suavemente empezó a fastidiarme el sol, de manera que me di vuelta, quedando de vientre con la cara apoyada en el lado derecho, y mirando solamente la porción de arena que estaba más próxima continué hilvanando el discurso, con cautela, cuidando que sonara honrado y convincente.

En seguida, envalentonado por la plegaria y dispuesto a la ambición por el sonido de las palabras, oración murmurada al oído de la hembra tendida a mi lado, la única, la elegida, y por el sol que reposaba en mi trasero, y por la arena caliente presionando contra mi vientre, elevé la voz quejándome por no tener más que lo que tenía, rebelándome contra el tiempo, improperiándolo por su honesta destrucción, alegando contra la ley de gravedad que no te lleva a las estrellas cuando te impulsas ligeramente desde una roca con ciertas ansias de llegar lejos, lo más lejos posible, alegando contra la palabra «posible», clamando por su erradicación del diccionario, protestando por la absurda usurpación que un día sobrevendrá gracias al aire que magnánimemente yo habré devuelto esperanzado al universo cada vez que inspire, el mismo aire belicoso que ahora lanzaba como pedradas golpeteando sobre la arena haciéndola saltar, elevar, desubicándola de su orden natural, y de pronto, ante esa especie de dolor, lo único que quedaba era la herencia: verte a ti mismo convertido en una cosa chillona y mojada que te hiriera mirándote, testimoniándote allí donde tu cuerpo anuncia su retirada que él está ahí, en tu tierra, merced a tu aprendizaje laborioso de la faena del mundo, todo su absurdo dolor y su alegría, mirándote con esos pocos kilos de peso, denunciándote que allí estás tú, mejor que el que has sido, o bien, allí mismo, pero definitivamente traicionado, vuelto frente a ti, no aceptándote, negando el mundo sin una palabra, enviando silencioso al padre y al misterio a la misma mierda, libremente eligiendo su muerte, dejando de respirar la noche del parto, o retirándose a los veinte años de edad luego de haber concluido su lección al borde de un prostíbulo, sin un gesto, sin una mentira, con una socarronería callada, pensando en la fe, negando el sentimiento, sacudiendo la cabeza, retirándose la vida como una pluma que sobre el cabello se le hubiese depositado: así de liviana o molesta; o, años más tarde, a la

distancia, atisbándolo yo por una ventana que da a la orilla de la playa, echado sobre la arena, haciéndose las mismas preguntas, lo veré tocándose el sexo, pensando en su nombre, probando la respuesta embarazando a la mujer que lo escucha a su lado, o permanezca quieto quizás, y entonces sepa yo mi nombre y pueda ir a dormir a mi cama dejando las ventanas abiertas de modo que la brisa marina se impregne a mis arrugas, las labre y las agote para quedarme mudo con el sabor de la sal fermentada en los pómulos.

Con los dedos de los pies y de las manos me di en escarbar la tierra mientras flexionaba las rodillas y los codos, sintiendo la fina lluvia de arena golpeando contra mi nuca, y con un movimiento de negación arrastré la frente dibujando en la arena una especie de semicírculo. Fui acelerando todos estos movimientos, involuntariamente, sin que me lo hubiese propuesto, hasta que pareció que todo el calor del mundo se me entregaba y que una rotación de carbones se amontonara con movimientos intermitentes en el cerebro, y en los muslos, y en el espinazo sobre todo. Me aferré a la tierra oprimiendo con la mano derecha una concha marina y permaneciendo quieto me permití circular libremente por las venas y luego salir con violencia hacia el resto del espacio, sintiendo el contacto húmedo sobre el estómago, el pecho y el cuello, resoplando con fuerza, las manos extendidas ahora, los brazos largos a la vez, como un crucificado, sin dejar de cavar la tierra con la frente, los ojos firmemente apretados y sonriendo.

Cuando todo pasó, permanecí aún un segundo en la misma posición contemplando el suceso, esperando que la respiración recobrara el ritmo que le es propio, y palpándome con curiosidad el pelo del pecho. Una vez que las cosas estuvieron en orden, bostezando con satisfacción, me di vuelta. Quedé acostado de espaldas, y el repentino abrir de los ojos y la luz directa del sol, que no miraba desde hacía media hora a lo menos, golpeándolos, me encegueció y me obligó a cerrarlos por un momento. Limpié las lágrimas con las palmas de las manos, y cuando finalmente logré mirar hacia la playa, no pude menos que estirarme para manifestar el estado de satisfacción que me iba creciendo al contemplar el mar, ahora absolutamente sereno, excepto el brillo del sol sobre el agua, que producía una especie de movimiento apenas perceptible, los pájaros inmóviles sobre las rocas con el pico oteando el horizonte, graznando ruidosamente, como metidos en una discusión sobre la lejanía que ordenaba el mundo en esos azules por los cuales el sol comenzaba a entrarse.

Al introducirme al agua, lo primero que hice fue permanecer sumergido hasta las rodillas, y con la mano derecha me limpié el estómago, el pecho, e hice salpicar, extendiendo de golpe todos los dedos, gotas de agua que me refrescaron el rostro. Cogí agua en la

mano, la elevé sobre la cabeza, y después la solté dejándola caer en el pelo, como si me estuviese bautizando a mí mismo, y cuando dije mi nombre, Antonio, noté que no me era extraño, que yo mismo me obedecía si llamaba así, y durante todo el tiempo que permanecí echándome agua en la cabeza y repitiendo mi nombre se me aparecía la imagen de yo mismo repitiendo mi nombre y echándome agua sobre la cabeza, sólo que yo, que imaginaba, estaba serio mirando hacia el horizonte, con cierto dolor de cabeza que empezaba a molestarme, en tanto que la imagen más bien parecía reírse de todo, y se me ocurría que recién se había sacado un frac, había ordenado los pantalones sobre una arena perfumada de lavanda, y sin recoger las fichas ganadas en el Casino, se había ido a meter al mar, para preguntar sin dramatismo, y más bien con alegría, cuál era su nombre en la tierra.

Sabía que nadando habituaría el cuerpo a la temperatura del agua, de manera que emergí de la primera zambullida, y lanzando a prisa los brazos chapoteé ruidosamente girando sin rumbo, haciendo todo tipo de maniobras en forma violenta. Cuando me sentí dueño del mar, nadé lentamente hacia una roca grande que se asomaba a unos cien metros, con movimientos armoniosos, equilibrados, escupiendo el agua salada que me entraba por la boca entreabierta hacia los costados, con los ojos cerrados, abriéndolos de tarde en tarde para asegurarme que continuaba en línea recta, preocupado de mi cenestesia, del contraste de mi cabeza, dolorida, y el magnífico estado de fuerza interna del resto del cuerpo, de su semitensión confortable, de la claridad con que sus pulmones elaboraban el aire mientras nadaba, y el diálogo entablado con el océano, mientras agitaba los brazos, haciéndolo a un lado, devolviéndolo hacia la orilla como un conquistador que avista tierra nueva.

En cuanto estuve en la roca, me paré sobre ella y dije todos los nombres de las cosas que allí había, en voz alta y cantarina, repitiendo los que más me gustaban, tales como montaña, ribera, gaviota, pelícano, verdad, y otras como ésas, hasta que dije «cangrejo», sin que hubiese uno solo en las proximidades, solamente por «hacerme mula», porque me gustaba la palabra, o quizás porque deseaba que apareciera efectivamente un cangrejo, pero no acababa de decir la palabra cuando pegado a mi pie izquierdo surgió uno. Entonces recordé cierto libro, sonreí socarronamente mientras me inclinaba a recogerlo, y aunque mis labios y mis ojos y mi cuerpo entero estaban mirando patalear al bicho, de algún modo supe que toda la vanidad del mundo, y la del Eclesiastés, y toda la gran vanidad que sabiamente habrá un día de venir se me había metido hasta en los más recónditos huesos, porque cuando sonreía socarronamente al cangrejo, de algún modo supe que estaba mirando hacia arriba. Lo atravesé con una astilla de

madera que recogí en las cercanías flotando, y emprendí, nadando lentamente, la vuelta a la playa con el cangrejo ensartado, siguiendo los vaivenes de mi brazo derecho que lo transportaba, aún luchando por vivir, como tonificado por las súbitas introducciones al agua causadas por mi braceo.

Sin secarme, me puse la ropa encima y caminé hasta el carro. Empezaba a hacerse oscuro y el dolor de cabeza, que hacía un rato se había declarado, se tornó más penetrante. Sentí los labios secos y dentro de la cabeza las imágenes se aparecían como puestas bajo la luz de reflectores naranjas, destellantes, y mucho más hirientes si cerraba los ojos. Antes que llegara a la puerta de la casa, tuve el primer escalofrío. Me puse la mano en la frente, buscando confirmar si tenía fiebre, pero sentí la mano tan caliente como la cabeza. Entré a la casa maldiciendo mi mala suerte, abrochándome los botones de la camisa y sacudiendo el cuerpo para evitar esa especie de corrientes heladas que lo hacían vibrar a momentos. Y más me enojé aún cuando vi los cuadernos abiertos sobre la mesa, y sobre las hojas en blanco los tres lápices muy acicalados y afiladitos de punta, y las ganas de escribir que traía me crecieron, pero rabiosamente, fastidiándome, del mismo modo que hubiese cogido un garrote para matar a un mosquito acechante. Cerré los cuadernos, me tendí en la cama y decidí mirar por la ventana hasta que todo se pusiese absolutamente oscuro, simplemente esperar la noche, y mirar primero la luz desfalleciente del crepúsculo, y más tarde mirar la oscuridad, sin conversar conmigo mismo, poniendo la cabeza en blanco de manera que ninguna imagen me despertara y me diese trabajo; con los ojos entreabiertos cerrar las vías a los nervios y, mirando lejos, morir provisoriamente para descansar. Sabía que a la primera bajada de guardia, a la primera cosa que formulase en el corazón, me iría a parar, abriría el cuaderno y escribiría durante ocho horas todo el odio y la frustración que un muchacho de veinte años puede haber acumulado contra el mundo, llenando las páginas de esa llorona bazofia, para amanecer en la playa imbécil y sucio, muerto de cansancio, sabiendo positivamente que el hombre está más lejos de todo eso, y desconociendo de ese modo el mundo, desintegrando la misteriosa emoción que une y desordena todo. Cuando todo estuvo oscuro, menos el cielo estrellado, y la franja blanca de espuma en la orilla brotando desde la retirada del mar, no pude mantener los ojos abiertos, ni controlar más la fiebre. Mi cabeza empezó a fallar; el cuerpo lo sentí débil y sudoroso, y me deslicé entre las frazadas semidormido. A pesar de la fiebre, logré dormir un par de horas sin tener una sola imagen, sin que ninguna pesadilla me estorbara.

Lo que me despertó de improviso fueron voces. Permanecí quieto en la cama, fijando la atención en el sonido. Con los ojos totalmente

abiertos intenté ver en la habitación. La noche era clara y todo parecía calmo. Me erguí un poco para mirar por la ventana, pero cuando estuve a punto de asomar el rostro por el marco, me eché hacia atrás tiritando. Las voces no se oían ya y se me ocurrió que pudieron haber sido una idea mía. Después de todo había agarrado una insolación de primera, de modo que qué podía tener de extraño que oyese ruidos inexistentes. En el lecho, las manos aferradas a los bordes, permanecí dispuesto a saltar si veía entrar a alguien, lanzarme sobre él, o bien huir por la ventana y correr los dos kilómetros hacia la carretera.

«Vagos —pensé—. Mineros despedidos de Chuquicamata, o de las mismas salitreras, ¿qué otra gente puede ser?, ¿quién pasaría por aquí, a kilómetros del más próximo punto poblado, a medianoche?»

Dándome vuelta en el lecho deseché todas las suposiciones, y abrigado hasta las orejas, probé seguir durmiendo. Si lo que quería era estar solo, me dije, tenía que aguantarme la angustia y aprender a no temer la noche, vivir desde la oscuridad y disfrutar de su savia opaca, del mismo modo que me nutría tibiamente de la luz cotidiana.

El silencio me calmó. La cabeza puesta bajo la colcha, permanecí concentrado en el sonido de la noche, el movimiento del mar, y ocasionalmente, muy a la distancia, sólo perceptible por quien estuviera atento, las bocinas de los camiones que volvían de Chuquicamata aprovechando el frescor nocturno. Coloqué una mano entre las piernas y doblando las rodillas incliné el lomo hacia adelante y susurré muy despacito un tema de jazz. De vez en cuando, siempre pendiente de los ruidos externos, interrumpía la canción, y aunque no era gran cosa lo que recordaba la letra, la continuaba, inventando las palabras que necesitaba para terminar las frases melódicas. No sé si el tema era triste, uno de esos de Chet Baker, o si la fiebre lo produjo, o si serenamente empezaba a quebrarse en mí la más ilusionada historia, pero lo cierto fue que el llanto me iba llenando el rostro, concentrándome la fiebre en las córneas, brotando sin que yo levantara la mano para limpiarlo, permitiendo que las lágrimas resbalaran por la barbilla y cayesen al cuello. Al inspirar, con fuerza, como suspirando, el aire me penetró más frío, y lo sentí convulsionarse entre las vísceras. No eran los ruidos que antes había oído. Ni la oscuridad. Ni el absoluto silencio que hubo entonces, excepto por mi canción quebrada, que no cesaba de entonar como si esa melodía me protegiera, me acunara tibiamente, calentando los pensamientos que me perturbaban.

Todo eso que estaba allí, acurrucado, replegado sobre sí mismo, hirviendo a 40 grados bajo la noche luminosa, toda esa vana porquería tiritona, lo que con un gesto de prognatismo y soberbia lo llamaba «yo», inflando la palabra, repitiéndola mientras saltaba en la tierra hasta que los carrillos se me desvencijaban, toda la azul

maravilla, el azul testimonio, el amor contenido, la sonrisa, toda la prosa y la jactancia, allí me las tenía, agarradas a las entrañas como el cangrejo que me procuraría un buen desayuno, inertes, nutriéndose de mi miedo, de las ubres de esa vieja y pesada vaca que fui de repente, sin agilidad ni gracia, con dolor cada vez que estiraba un músculo, y, con más miedo, cada crujido del catre, cada golpear del viento contra los papeles de la habitación me apartaban más del resto del mundo, me entregaban hondamente al misterio, sólo que no era un misterio benigno, porque a lo que más se parecía era a una enfermedad lenta, morbosa, gustadora del ser que iba devorando, poseyéndolo de pie sobre la cama, y por dentro, y desde el aire con gusto a sal, y desde lo que aún no era, y desde las tardes del domingo en provincia mirando el polvo de las aceras desiertas cuando ese gusto ya apareció en el sudor bajo el cuello de la camisa blanca.

Por un segundo sacudí la cabeza con energía, me escupí los dedos y los pasé, mojados, sobre los párpados para refrescarlos, intentando otra vez quedarme quieto para que no hubiese imagen alguna que me reintegrase al temor. Escuché. No había ruidos en efecto.

Pero de pronto, inconfundible, nítidamente alguien rió, con un estertor ronco, grave, y siguió a esa risa, otra, débil, casi femenina. Calculé de donde vendrían. Parecían estar al lado derecho del carro, probablemente reclinados sobre la pared que daba al cerro. Quedé en tensión. Las risas sonaron otra vez, ahora más débiles, como un comentario final a las risas anteriores. Luego siguió un silencio. Hubo un ruido en la ventana de atrás, cerca de la cocina, que me hizo sentar en el lecho y escrutar el fondo de la casa. Después apareció una pierna, permaneció un momento allí, colgando, y no tardó en aparecer la otra, en tanto que el resto del cuerpo hacía un esfuerzo por introducirse impulsado por los dos brazos que se afirmaban en la parte superior del marco de la ventana. A tientas busqué el revólver sobre la colcha tirada en el piso donde había echado los pantalones antes de acostarme. Metí la mano en el bolsillo, y con alivio palpé el frío metal del arma. La cambié de mano, a la derecha, y levantándola a la altura de los ojos, apunté a las piernas del hombre que ahora permanecía pegado a la ventana haciendo señas a alguien, indicándole que se aproximase, y al mismo tiempo moviendo para todos lados la cabeza como para cerciorarse de que nadie lo observaba. Miró hacia donde yo estaba incluso, pero poco habituado a la oscuridad del carro, y debido a que lo único que movía era el brazo con el revólver, no me descubrió. Antes de apretar el gatillo, hice un gesto así como de quien se para un momento a reflexionar. Un movimiento como una respiración aguda que me serenó de improviso, que me enfrió, que me quitó la fiebre, como si la hubiese vomitado de repente.

«Estoy chiflado —pensé—. Absolutamente chiflado.»

Bajé el arma, y en el segundo en que el otro empezaba a introducirse por la ventana, parándome firmemente sobre mis pies descalzos, lancé un grito breve y chillón.

—¡Quién anda ahí! —grité retrocediendo. Instintivamente alcé el arma.

Aquel que estaba entrando se retiró ruidosamente dejándose caer sobre la arena ante una seña con la mano derecha que le hizo el que estaba dentro.

Arrugando la frente traté de ver con nitidez qué hacía el hombre en esa zona oscura de la pared. Primero, siempre con el arma alzada, soporté el silencio, con algo que no era paciencia precisamente, pero más rato, el hecho de que no se moviese, que no lo oyera respirar siquiera, me anduvo agitando, y mientras avanzaba un poco le hablé.

—¿Qué hace aquí? —dije—. ¿Qué quiere?

Hubo un perfecto silencio.

—¿Qué hace? —repetí—. Estoy armado y lo estoy apuntando. Puedo verlo perfectamente.

Sentí el revólver mojado con la transpiración de la mano. Pasé el índice a lo largo del gatillo frotándolo para que se secara.

—Bueno —agregué, violentando el tono de falsa serenidad con que hasta entonces había hablado—, no voy a estar toda la noche esperando que conteste. Si no contesta, disparo, ¿entiende? Estoy armado; puede verlo, ¿no es cierto?

No había acabado de hablar, cuando vi al bulto moverse, quebrar su quietud con una especie de salto corto, que pareció venir en mi dirección y echándome a un costado oprimí dos veces el gatillo, cayendo sentado en la cama con la reculada del revólver. Otra vez quedó en el aire esa vibración que había sentido en la mañana. Los fogonazos me enceguecieron por un segundo, y mientras me ponía de pie, me pareció ubicar al hombre pegado a la ventana.

—No dispare más —dijo—. Por favor.

Me pasé la mano por la frente.

—¿Cómo está? ¿Lo herí?

—Parece que no —dijo ceceando.

—No le tiré al cuerpo —dije alardeando, por lo que pudiera ocurrir.

—Gracias —dijo—. Somos gente honrada. No se preocupe, patrón.

—Llame a su compañero —ordené.

Le silbó por la ventana.

—Es mi hijo. Es apenas un niño.

Miré hacia fuera.

—Pasa no más, Pedro. El caballero creyó que éramos ladrones, por eso disparó. No te asustes. Entrate no más.

Dejé el revólver a un lado y encendí una vela. Mientras daba vuelta la llama para que se desparramase algo de esperma donde afirmarla,

me fijé en los rasgos del hombre, en su cuerpo macizo, en su barba de unos tres días, en su mameluco verde y luego, cuando entró, en el pequeño, encasquetado en una chaqueta de cuero gastado y en un par de pantalones cortos.

Descubrí en la mesa un par de aspirinas, las eché en la boca y comencé a chuparlas ruidosamente.

—Bueno. ¿Qué es lo que quieren? —dije.

Los dos se miraron.

—Vamos de paso, caballero. Pa'Antofagasta —dijo el hombre—. Creímos que no había nadie, por eso tratamos de entrar.

—Estábamos cansados —dijo el chico, pasándose el dorso de la mano por los ojos—. Queríamos un lugar donde dormir.

—Una camita, ¿verdad, Pedro?

—Claro.

—Nosotros sabíamos que habían camas en estas casas. Nos habían dicho. ¿No es cierto, Pedro?

El niño asintió.

Ya en ese momento yo estaba más avergonzado que el demonio.

—Acuéstense allí —dije, indicándoles dos camas en el otro aposento.

Fui hasta el lado de ellos y cogí una damajuana.

—Aquí tiene vino, por si le da sed.

—No se moleste, patrón.

Les alcancé mi bolsa con las provisiones y les dije que sacaran de allí algo para comer.

—Por el susto —les dije—, me duele la cabeza. Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias. ¿Para qué se fue a molestar, patrón? Nos vamos a quedar aquí calladitos. Ya, acuéstate ahí, Pedro.

Volví al lecho, tranquilizado, con vergüenza, y antes de acostarme cogí la caja con las municiones y las coloqué en el suelo al alcance de mi mano. Tendido en la cama, jugando con el revólver descargado, haciéndolo girar en la mano derecha, pensé en el mundo y la gente; pensé en todos los que habitan en las ciudades y en quienes van de una ciudad a otra, de un país a otro, de un planeta a otro planeta, como si en algún lado las cosas fueran a ser mejor, como si en algún lado uno pudiera sacarse los zapatos, y sin temer nunca más, equilibrado en su destino, manejándolo en el puño, palpando directamente el valor y la gallardía en los latidos calientes de la esperanza, decir aquí me quedo y nada me moverá; y no necesito nada para estar aquí; y a nadie temo y a nadie puedo dejar de amar, y puedo despreciar libremente a quien se me antoje; y habrá generación acá; y mucho se aprenderá mirando los mares. Y esta vez, extendido en el lecho, fui cogiendo una a una las municiones y colocándolas en los depósitos ovalados del arma, hasta que completé la cuota.

Abandoné el arma en el suelo, y volviendo el rostro contra la pared, cerré los ojos y no tardé en quedarme dormido.

Cuando desperté miré por la ventana y lo que allí había no era otra cosa sino un día luminoso y caliente. Parecían ser las diez de la mañana o algo semejante. De un salto estuve de pie; y luego, vestido, fui al otro compartimento para ver a mis huéspedes. Las camas estaban deshechas pero de ninguno de los dos había rastro. Tomé el revólver y la caja. Salí, pisé la arena caliente, y colocándome las manos como anteojeras los busqué a lo largo de la playa. Los divisé cerca de un grupo de rocas, realizando extrañas contorsiones sobre la arena, como si la estuvieran cavando con los pies. A medida que me iba acercando vi que recogían algo y lo echaban dentro de una caja de madera. También al lado de la caja, distinguí la damajuana de vino y un balde. Me hicieron jubilosas señas cuando me vieron venir. Una vez a su lado, el hombre se acercó y me extendió una especie de marisco, palpitante.

—Sírvase —me dijo—. Son machas.

La cogí y la mastiqué, atento a su sabor.

—Ahora enséñeme cómo se sacan —dije.

—Están enterradas en la arena húmeda. Mueva el pie y va a encontrar.

Así lo hice y no tardé en hallar una, que olía muy bellamente.

Estuvimos largo tiempo cavando, y una vez que hubimos llenado la caja nos sentamos sobre las rocas, les echamos limón, que mis huéspedes habían traído, y comenzamos a comerlas y, entre macha y macha, echamos unos tacos de vino, primero breves y refrescantes, y luego largos y somníferos, hasta que estuvimos los tres medio borrachos, y siempre con sed, mandamos a Pedro a buscar otra damajuana a la casa, y cuando volvió también nos tomamos ésa y seguimos cavando la arena y comiendo machas, hasta que creí que iba a explotar.

Me apoyé contra una piedra y cerré los ojos mientras el mundo pirueteaba como un demente y el mar se veía rojo o naranja, o casi amarillo. Los abrí, y descubrí que mis dos compañeros estaban durmiendo cubiertos por la arena en que se habían revolcado. Entonces me acordé de mi dolor de cabeza, pero era tan dulce el sentimiento que poseía que me resultó difícil pensar que alguna vez pude haber tenido un dolor de cabeza. Cogí el revólver, apunté al horizonte y disparé. Permanecí oyendo el eco del balazo por unos segundos y luego apunté al horizonte otra vez y apreté el gatillo, y después tiré seguido el resto de las balas sin detenerme a escuchar su sonido, y cantando a toda voz una de esas músicas incidentales que tocan en las películas de cowboys.

Después agarré la caja de municiones, llené el revólver y disparé al

cielo, a la casa, quebrándole dos vidrios, a los maderos que flotaban en la orilla, a los cerros, a un barco que pasó a la distancia, a todo lo que quería que muriese en mí. Cuando agoté las municiones, y al gatillo se le escapó un clic, y noté mi mano ardiente y el estómago descompuesto, me levanté, sacudí a los dos compañeros sin lograr despertarlos, me dirigí hacia la casa, desnudándome mientras caminaba, hasta que enfrenté el lecho, y, sonriendo, me dejé caer en él a esperar que la noche llegase, libre de toda traba, desnudo como los pájaros, cayéndome en el sueño, hundiéndome en un dulce abismo, pensando, mientras perdía conciencia de todo, en el cuento que esa noche iba a escribir.

Relaciones públicas

Me vio aquella tarde mientras calentaba las rodillas al sol a la usanza de los correntinos, y vino a mi lado balanceando el tarro parafinero.

—¿Vos sos el chileno, verdad?

Probé aparentar indiferencia y raspé con el pie descalzo el borde de la cuneta. Solía llevar un zapato en la mano en caso de que hubiera necesidad de iniciar un veloz descalabro. A menos que éste anduviera con revólver o algo, era poca cosa lo que me podría pasar; sabía del sabor de la navaja y la textura de las piedras; no quedaba sino sorber las narices y escupir por un costado. Un poco el brillo de ese sol veraniego con pálpitos de lluvia, otro poco los pájaros que la humedad empantanaba en los aires, mi mirada se hacía la ilusión de parecer desdeñosa.

—¿Vos sos el chileno, cierto?

Él sabía que era el chileno, y yo sabía que él era Miguel. Lo preguntaba dos veces sólo para darme tiempo a que lo viera rascándose la barriga, para que me taladrara el oído ese ritmo que estaba marcando sobre el tambor. «Está bien —me dije—, seré masacrado meticulosamente y luego mi padre me vendrá a recoger alertado por algún vecino.»

—Sí —contesté sin mirarlo.

Me agarró la pechera de la camisa y la dejó impregnada con sus dedos sucios de petróleo. Traté de desprenderme empujándole el brazo con suavidad.

—Déjame en paz —le dije—. Si me haces algo les digo a los correntinos que te masacren, grandote.

Era una treta de corto aliento. Cierto que me había convertido en una especie de recadero de los muchachos de provincia que vivían en la pensión; ellos me daban unos centavos, y yo les compraba hojas de afeitar después de la siesta de los sábados, o les traía *El Gráfico*, cuando no era temporada de fútbol y se quedaban en cama desnudos y cantores hasta el hedor. Pero tenía la certeza de que no moverían un dedo contra un chico de buena familia como ése, aunque les sacaran las putas madres.

En eso pensaría Miguel cuando dobló el codo sacudiendo obscenamente el antebrazo.

—Esto es lo que hago con vos y todos los correntinos, chileno.

Me dejó libre la camisa como si la tela ordinaria le estuviese manchando su prolija mano decorada de petróleo. Después se pasó el desprecio por el trasero de sus pantalones de gamuza.

—Vos le rompiste la cabeza a mi hermano, ¿cierto?

Miré hacia la esquina a ver si se asomaba alguno de la pandilla. ¡Desierta como un estadio en día de semana! Maldije haber cimarreado la tarde en la Casto Munita por una sucia tarea de matemáticas pendiente. Vi a todos los muchachos bostezando en la clase de Smisart con los delantales barrosos y desgarrados después de la pichanga del recreo, y tragando saliva me pareció aquél el mejor lugar del planeta. Lo peor de todo era que esa tarde tenía la primera cita de mi vida con una chica de la calle Zabala y que todo el dinero afanado laboriosamente a las escasas arcas de mi padre, y el de los trabajitos a los correntinos, y el de los conchavos que me agenciaba con el frutero de la esquina, lo andaba trayendo en el bolsillo. Por un momento estuve a punto de decirle: está bien, yo soy el chileno y fui el que descalabré a tu hermano; pero hazme la gauchada, despedázame mañana, porque hoy veré a una chica, ¿sabes?

—Vos le rompiste la cabeza al Quique, ¿no es cierto?

Miré hacia la pared del frente. Qué estupidez más grande que te sorprendieran a las tres, justamente cuando los correntinos dormían a pata suelta.

—Fue en una guerrilla —dije—. Fue pura mala suerte.

—¿Querés decir que vos lanzaste la piedra y él puso la cabeza, eh?

—Oye, Miguel —le dije—. No peleemos. Si quieres vamos y le pido disculpa a tu hermano. Estoy aburrido de que nos puñeteemos por cualquier cosa.

El otro se sentó sobre el tarro y comenzó a darle pataditas leves, que las fue acentuando a medida que hablaba. Me puse nervioso y palpé la cuneta a ver si había un fierro o algo.

—¿Sos loco, vos? —dijo—. ¿Querés que te lleve a ver al Quique al hospital? ¿Que todos sepan que fuiste vos el que le descerrajaste la ceja?

Escupió a mis pies. Yo había puesto ya el dinero debajo del calcetín bordeando la punta de los dedos. Ahora hice como que me abrochaba los cordones del zapato.

—Y bueno, que lo sepan —dije—. Pido perdón, le digo que fue sin querer y asunto acabado.

Miguel se sobó un puñado de nudillos con los dientes.

—Oí bien, chileno. El Quique no te delató de hombre que es. ¿Sabés vos lo que hubiera pasado si suelta la boca? ¡Te echan del país! ¡A vos y a tu padre, atorrante! Te deportan, ¿entendés?

Tragué saliva.

—¿En serio?

Meneó la cabeza y suspiró desdeñoso.

—¿Dónde querés pelear?

Lo miré a los ojos tratando de decirle todo, pero el chico estaba dispuesto a salirse con la suya.

—¿Ahora?

—¿Qué querés? ¿Que espere que me des audiencia?

Me puse de pie sacudiéndome los pantalones.

—¿Dónde?

—En el baldío.

Echó a caminar adelante. Podría haber aprovechado de entrar a la pensión y refugiarme en mi pieza. Lo único malo es que aún me quedaba ese poco de honor. Hacía días que no llovía y cada vez que soplaba un poco de aire uno se llenaba de polvo alrededor de los párpados. Andaba todo el verano con orzuelos y el pelo largo. Me restregué los ojos casi aturdido.

—¿Qué te pasa? ¿No venís, maricón?

—Espera un poco; parece que me entró algo en el ojo.

Mostró el puño apretado y la quijada sobresaliente.

—Esto es lo que te va a entrar en el ojo, infeliz.

Aparté la mano de la vista y empecé a andar rápido hacia el baldío.

—Vamos —dije.

Había ese sol emboscado que se adiposa en las nubes más bajas y que lacrimea en los ojos cuando lo invade la tierra de las tres de la tarde. A ratos la sombra casi desganada de los árboles secos relampagueaba un trecho de oscuridad, uno se confiaba, se desprevenía, y de pronto la acera con su empedrado de manchas de petróleo y herraduras oxidadas brincaba como un río de leche velándote el contorno de las cosas.

Miguel se me había puesto al lado. O él corría o yo había aminorado el tranco.

—¿Cómo querés pelear? ¿Sólo puñetes, bofetadas, con piedras, o como venga?

—Óyelo bien, Miguel —dije parándome—. Yo no quiero pelear contigo. Uno, porque eres mucho más grande y fuerte, y dos, porque...

—Dos, porque sos un cobarde. ¡Rajá, pibe!...

Me adelanté antes de que recibiera aquel manotazo empujándome. Ibamos a dar vuelta en la esquina y percibía nítida la respiración de Miguel sobre mi nuca.

—No soy un cobarde —dije en voz baja—. No puedo pelear contigo porque no tengo rabia. No me dan ganas de pegarte... Uno pelea cuando tiene rabia.

Me propinó un rodillazo en la espalda que me hizo trastabillar algunos metros, aunque sin caer. En realidad más bien me había empujado. Podía pasar como una de las bromas torpes que nos hacíamos con los amigos del barrio.

Me di vuelta a mirarlo.

—¿Y ahora, tenés rabia?

Estábamos frente al sitio eriazo. Lo pensé un segundo y sonreí.

—No, Miguel, no. No tengo rabia.

Miguel arrugó el entrecejo y se pasó la mano desconcertado por el pómulo. Después de un minuto, en que yo hurgueteaba mi muslo derecho con la mano hundida en el bolsillo del mameluco, se acercó y me pegó un puntapié en la rodilla. Sonó a hueco el zapatazo sobre la rótula... En el eriazo había por milagro una gallina y cacareó alrededor nuestro. Parecía estar buscando gusanos. Los ruidos eran bastante confusos, excepto el de la radio del frente que lanzaba una comedia de Aceite Cocinero.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Tenés rabia?

Puse la otra mano en el bolsillo izquierdo, y con ambas me rasqué el frío que sentía en el estómago, me froté fuertemente la piel.

—No —dije.

—¿Todos los chilenos son tan cobardes como vos, pibe?

—Yo no soy cobarde, Miguel. Los chilenos son valientes. Ahí tienes tú a O'Higgins y a José Miguel Carrera y a Arturo Prat.

Hurgueteó en los bolsillos y sacó una colilla maltrecha. Raspó la cerilla en la suela del zapato. Aspiró hondo y fumó lentamente.

—Y nosotros tenemos a José de San Martín. ¿O vos creés que San Martín era cobarde?

Miré cómo el humo se diluía en el espacio gris.

—¡Qué sé yo! —dije.

—Vení, peleemos.

—Está bien —dije, acercándome.

Quedamos enfrentados y la chaqueta pareció inflamarse con una repentina abertura del sol, cuando estiró los brazos afirmando la guardia. Yo lo imité y sentí el sudor correr por el cuello. Hizo una finta para probarme y me quedé inmóvil. El muchacho bajó los brazos y juntando las puntas de los dedos de la derecha me los agitó delante de la cara.

—Pero decíme una cosa, chileno. Si te pego, ¿te vas a defender?

Pestañeé un segundo pensándolo.

—Sí, pega no más.

—¿Tenés rabia?

—No. ¿Y tú?

—Regular —dijo—. En guardia.

Pusimos los codos adelante y dimos una vuelta en semicírculo estudiándonos. Como un sablazo, la bofetada cayó rasante en la oreja. Me fui de costado, y, al caer, me enderezó con un izquierdazo en las costillas. Quedé de pie, pero tambaleándome. Desplegué la mano por la boca y aunque no tuve tiempo para ver qué pasaba, supe que era sangre.

—¿Tenés rabia ahora?

—Un poco —respondí—. Me sacaste chocolate, desgraciado.

A continuación me sobrevino una patada en las canillas y me mojó la oreja con la mano llena de escupo. Me empujó displicente, aunque con fuerza, y fui a dar en el polvo magullándome una mejilla. Percibí que había un chico asomado al borde del baldío mirándome con la boca abierta. Me levantó de la camisa y volvió a empujarme, sin golpear fuerte, haciéndome rodar por el suelo. Sentí que se me calentaba la cara y me parecía que me andaba un incendio entre las orejas. Se me había soltado un chorro de orina y me empapaba asquerosamente un muslo. Me levanté retrocediendo.

—¿Tenés rabia, chileno?

Me limpié la sangre con una muñeca.

—Te voy a matar, desgraciado —dije.

Miguel se desabrochó el cierre de la chamarra de cuero.

—¡Pobre de vos!

Lo último que vi venir después de esas palabras fue su cuerpo que se me apretó tanto como para restregarme la mano en el rostro pasándola desde atrás como si lo estuvieran mariconeando a uno. Logré zafarme con un codazo que lo hizo aflojar. Nos hicimos un paquete de patadas frescas, de nudillos gredosos, de aleteos desrumbeados. La rabia me hinchó la garganta, me electrizó las falanges, hizo que las bofetadas me penetraran más hondamente, derramó la sangre con abundancia. Daban ganas de estrangular, de fusilar un gato, de beber agua hasta caer de rodillas. Cuando aquel puñetazo me rajó la nariz y el hueso se encabritó como un halcón en celo, tuve la primera visión reveladora en mi vida: como si estuviera enredado en los cortinajes de un circo de provincia, ahogado en los tules y cintas de una maleta de juglar, cayendo hondo en una suerte de sopor mecánico, de veneno coloreado, de vidrios que se revientan, de pájaros que se astillan en las puertas, el hígado me tembló como un agonizante, viví en las uñas el gusto áspero del vientre de la prima, el seno revelando duro ese pecho caliente, vi la tierra como un inmenso Gulliver, como en los dibujos del libro de oro, solamente que todos los ríos y los mares eran llagas, hondas desgarradas, flechas, sangre que se estancaba o que fluía como un tango por las arterias, y mis manos un árbol doblado, y mi boca un pájaro muerto y la noche una derrota inmensa. Yo estuve borracho, afiebrado, absolutamente inconsciente enredado en la cintura de Miguel, que atornillaba los puñetazos en sus blancos como para hacer entrar la herida hasta los huesos, hasta que se masacraran las entrañas.

—Miguel —le dije—. ¡Miguel, mierda, me estás matando!

Pero supe que no había pronunciado esas palabras, que había perdido el lenguaje. Que ya no sentía dolor, que mi voz mandaba otro

cuerpo, que este de ahora era sólo un ensayo de cuerpo, no el definitivo, que no tenía importancia, que después de ése pasaría a otro, a uno que yo eligiera, uno inaccesible ahora. Entonces me largué a reír (mi alma reía), entonces volví a flotar en ese mar cobalto de mi ciudad natal (mi alma flotaba), entonces vi aquellas fieras que se incendiaban y me mojaban el hocico con sus lenguas (era mi cuerpo que nacía).

Cuando desperté Miguel estaba muerto a mi lado y yo dejaba caer la piedra.

La sangre le manaba nítida de las narices y las hormigas la bordeaban reptando en la transpiración. Me apoyé contra el muro de ladrillos y restregué las orejas enfriándome con su textura. Ocupé sólo ese trecho de sombra y el resto de la tierra se despedazaba en el sol pálido como un grito. Quizás los muchachos hubieran vuelto de clase, tal vez estarían untando las medialunas con mantequilla en el café con leche; los guardapolvos estarían arrojados en la cama y los chicos mascarían el pan ojeando las historietas; mi padre estaría tomando el subte de vuelta a casa con *La Razón* bajo la axila, los correntinos estarían trabajando ya la zamba con las guitarras desafinadas.

Acerqué mi boca a su oreja y le levanté un párpado delicadamente.

—Miguel —le dije—, ¿estás muerto?

Le aferré las manos y lo sacudí con rabia.

—No te mueras, Miguel. No seas maricón. Levántate y vamos a ver a un médico.

De pronto me acordé del chico que miraba la pelea desde la calle, y giré la cabeza buscándolo. Había atravesado la vereda y al advertir que lo miraba echó a correr. Recogí un tarro de conservas oxidado desde un basural y fui hasta la cuneta para llenarlo de agua. Volví corriendo para evitar que todo el contenido se perdiera por un orificio durante el viaje. Me agaché y le volqué el líquido en las narices, en el cuello y en el pecho.

—Oye, Miguel —le dije—. Hazme el favor de despertar. Yo no quise matarte. Despierta, Miguel. Piensa en lo que va a decir tu mamá.

Permanecí un largo momento oyendo el chirrido de los trenes en Belgrano R. Cuando no frenaban sabía que eran los expresos. Conté cinco trenes antes de correr hasta la acequia y devolverme con otro tarro de agua. Mientras lo mojaba se me ocurrió ir a buscar a un muchacho de Santiago del Estero, que era changador en la frutería. Una vez me habían descalabrado la rodilla en una pichanga y él me la había curado con venda y todo. Decía que iba a estudiar medicina, y por mientras había seguido el curso de primeros auxilios.

—Oye, Miguel, despierta aunque sea un poco. Voy a llevarte a lo del Negro para que te cure el descalabro de la nariz. No te hagas la marmota. El Negro te va a dejar la nariz como nueva si acaso estás

vivo.

Lo puse de espalda y le derramé el resto del líquido sobre la nuca. Me pareció oírlo gemir y evoqué una película de Yon Uein donde el tipo le ponía la oreja en el corazón a uno que estaba baleado y todo, no como éste que tenía un simple descalabro en la cabeza, y decía que estaba vivo aún, porque se oía ese ruido como tambor bencinero. Volví a darlo vuelta y me penetró claramente en los oídos el tiqueteo.

—Ya me di cuenta de que no estás muerto, Miguel. Ahora es cuestión de que despiertes para que te lleve donde el Negro. Si te arrastro así la gente creerá que te asesiné, ¿entiendes?

Lo peor de todo fue que de repente cayeron unos goterones y el cielo se hizo apretadito y mugriento por todas partes, y no había dónde cresta meter a Miguel para que no se mojara. Se advertía una pequeña techumbre en un costado, pero apenas protegería a uno de pie. Entonces se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era dejar que la lluvia empapara a Miguel, así me ahorraba ir a cada rato a buscar el agua a la cuneta con ese tarro todo mohoso y agujereado. Hurgueteé los bolsillos del muchacho y di con otro cigarrillo aún más descalabrado que el anterior y caminé hasta la cornisa esperando que amainara. Durante unos pocos minutos hubo algunos preliminares de truenos y rayos y una lluvia chiquita de pura porquería que no mojaba nada. Se sentía bien tibio el humo del cigarrillo cuando entraba por el cuello, y estuve entretenido en hacer volutas, mientras el terreno comenzaba a empantanarse suavecito, y los truenos dejaban la crujidera hacia el lado de las Barrancas. Pero cuando el chubasco se desprendió como un perro asustado, las pozas se armaron hondas y me acerqué a Miguel por si acaso tenía la cara en un charco que lo ahogara. Se había puesto oscuro alrededor, a pesar de que era temprano, y hundí tres veces el pie hasta los tobillos antes de llegar a su lado. Menos mal que lo encontré con los ojos abiertos y con la cabeza en un lugar más o menos sequito.

—¿Qué pasó? —dijo, levantándose apoyado sobre las palmas.

Recogí un diario para taparme.

—Estuvimos peleando —respondí.

Se sentó en el barro y corrió el cierre de la chamarra hasta taparse el cuello.

—Sí, eso lo sé. ¿Pero qué me pasó a mí?

—No sé. Te descalabré la nariz y pensé que te habías muerto.

Sacudió la cabeza desconcertado y se agarró del brazo que le ofrecía para levantarse.

—Me ganaste entonces —dijo—. Me pusiste nocaut.

Casi no le veía el rostro debajo del agua. Apoyó un meñique en el descalabro y se lo introdujo acuciosamente dentro de la nariz. Luego ladeó la cara y se golpeó la oreja superior con la palma como si

quisiera botar algo. Como si quisiera borrarse el descalabro, supongo.

—Está lloviendo —dijo.

Recogí un periódico y se lo extendí.

—¿Sabés una cosa? Mejor que no sigamos peleando, chileno. Nos podemos resfriar.

—De acuerdo —dije.

Caminamos saltando las charcas y fuimos a refugiarnos bajo un zaguán. Mientras nos estrujábamos los pantalones, movilicé los dedos del pie para constatar el dinero. Advertí además que el hocico se me había inflamado. Me pasé el dorso de la mano y le eché un poco de escupito para calmar la calentura.

—Me descalabraste la boca —le dije.

Me tomó la quijada y la examinó un instante.

—Entonces empatamos —dictaminó.

Asentí gravemente.

—Oye, Miguel... Te invito a tomar un helado.

—¿Tenés guita?

Me saqué el zapato y desenfundando el calcetín le mostré los billetes.

—Vamos.

Mientras caminábamos hacia la estación la lluvia hizo un amago de amainar y dejamos de avanzar pegados a las paredes, para salir a patear los tarros que salían al camino en la mitad de la calle O'Higgins. Finalmente desembocamos en las Barrancas y compramos dos cucuruchos de marrón glacé.

Lengüeteamos los helados sin mirarnos hasta que a punto de terminar con el barquillo, le dije:

—Mira, Miguel. Cuando tú me descalabraste la boca y las costillas tuve una especie de sueño.

—¿Qué decís?

—Quedé aturdido y vi el momento en que nací. Sentí cómo mi madre me pasaba la lengua por la mejilla. Sólo que mis padres eran como llamaradas, ¿me entiendes?

Miguel saboreó una miga que le colgaba de la uña y luego se puso las manos en los bolsillos.

—A vos te pasó que tuviste una alucinación, ¿sabés lo que es eso?

—No —le dije.

—Yo tampoco lo sé bien. Pero una alucinación es como un presentimiento de algo, ¿me entendés?

—Sí —murmuré.

Pero no había entendido.

Conté el dinero que quedaba y pensé que la vida no era ni corta ni larga. Que siempre habría el tiempo justo.

—¿Te comerías una pizza?

—Bueno.

Afuera de la heladería estaba otra vez lloviendo y la pizza estaba tierna y el queso y el tomate se enredaban abundantes en fláccidos borbotones sobre la masa.

Tres meses después en un zaguán de Belgrano hice el amor con la primera muchacha de mi vida. No me importó haber gastado el dinero aquella tarde ni haber dejado de visitar a la chica de la calle Zabala. El dinero que gasté lo pasé al rubro de relaciones públicas.

Entre todas las cosas lo primero
es el mar

—Entre todas las cosas lo primero es el mar —dijo mi primo—. Y después el sol, y después la noche. Si es eso lo que querías saber, estás despachado. Alcánzame el martillo.

Encontré la herramienta bajo los tapabarros del coche. Se la alcancé con prontitud. La cogió y empezó a machacar con golpes breves y violentos un tubo; seguramente el tubo de escape; no entiendo acerca de automóviles.

—Es necesario enderezarlo —dijo mientras golpeaba.

—No es eso lo que quería saber —repuse.

—¿Qué es lo que *no* querías saber?

—Bueno... lo del mar, y después el sol y después el viento —dije.

—El viento no. Después del sol, la noche.

—Entendido. Pues no era eso.

—Veamos —dijo mi primo.

—Tú estudiabas literatura.

—Bien. Sigue.

—Eras el novio de Angélica —agregué.

—¿Cómo dijiste?

—No me puedes oír si estás golpeando ese tubo todo el tiempo —grité.

Sin interrumpir su tarea, se dio vuelta un segundo y me miró. Luego volvió a dirigir la mirada al tubo, lo torció y comenzó a golpearlo por el otro costado.

—No eres cortés —dije—. Tus modales me fastidian.

—Así que tú no crees que lo primero es el mar, ¿cierto?

—Sobre eso no me pronuncio.

—¿Y hablaste con mi padre?

—Sí.

—Comprendo que esté preocupado. Él no sabe.

—Yo tampoco.

Dejó de martillar, miró el cielo y pestañeó. Echó una mirada al coche, dio una vuelta alrededor de él, me cogió por un hombro y nos fuimos a sentar al pasto en silencio.

—Tú eres el mejor de la familia —me dijo.

—¡Qué va! —dije yo.

—En serio. Tú vas a ser alguien.

—Córtala —dije—. Tú también eres alguien. En verdad todos son alguien en cierto modo.

—Aún no —dijo.

—Tú papá se preocupa por ti —comenté.

—Eso no me gusta.

—Quiere que termines tu carrera. Y yo le encuentro la razón, si quieres saberlo.

Se levantó de un salto. Entró por la parte de atrás de la cocina. Luego de un momento abrió la puerta empujándola con un pie y salió con dos refrescos en las manos. Se sentó a mi lado y me pasó uno.

—¿Qué es lo que decías? —dijo.

—Tu papá se preocupa por ti.

—No. Antes de eso.

—Tú eras el novio de Angélica —dije.

—¡Caramba!

—Me gustaba que fuera tu novia.

—Entonces la pasaremos a buscar cuando termine con el coche.

—¿Piensas traerla con nosotros?

—Se lo había prometido —dijo. Luego agregó—: La Universidad no está bien. Un tipo como yo no tiene nada que hacer en la Universidad.

Se echó hacia atrás y apoyó la espalda en el manzano.

—¿Qué es lo que quieres? —le dije—. Tienes algo de dinero; buenas notas; tenías a Angélica. ¿Qué es lo que quieres?

Extendió los brazos, hizo una mueca con la boca y luego se encogió de hombros.

—Comprender —dijo.

—¿Comprender qué? —insistí.

—Todo. Soy muy tonto.

—Eres el más inteligente de la familia —dije—. No eres ningún tonto. ¿Por qué habrías de dejar de estudiar? Nadie tiene tan buenas notas como tú. ¿Qué te pasa?

Terminó de beber su gaseosa. La hizo rodar sobre el pasto hasta que fue a estrellarse contra mi zapato.

—Terminemos con el auto —dijo—. De otro modo no tendremos sol en la playa.

Sin embargo permaneció apoyado en el árbol y sin aparentes intenciones de continuar el trabajo. Yo me levanté y metí en el cajón algunas herramientas.

—A veces a uno le pasan cosas —dijo.

—¿Como qué? —dije.

—No sé. Cosas —dijo.

—No sé de qué hablas —repliqué—. Terminemos con el auto.

Caminó hacia el coche, abrió la puerta e hizo partir el motor. Luego se apoyó sobre el volante con los ojos perdidos, y pasó la mano sobre el parabrisas.

—Me gusta sentirme libre —dijo—. Sentirme las manos trabajando, palparme el cuerpo desnudo, charlar. Me gusta que mi mujer sea libre. Me gusta tirarme con mi mujer libremente y charlar. ¿Comprendes?

—Debieras ser escritor —dije.

—Voy a serlo.

Luego se echó atrás y resopló con fuerza.

—El mejor —dijo—. Son cosas que a uno le pasan. ¿Me encuentras teatral?

—Sí —dije.

—¿Te molesta?

—No —contesté—. Te conozco bien.

—Eres el mejor de la familia —dijo—. Y eso que no has ido a la Universidad.

—La Universidad no va conmigo.

Extendió la mano, arrugó el rostro y se indicó el pecho con un dedo.

—Tampoco.

—Contigo, sí —afirmé.

—Puede que tengas razón —replicó—. Tú sabes, son cosas que pasan.

—¿Qué le digo a tu padre, ahora?

—Nada. Trae los trajes de baño y vámonos.

—Terminemos con el coche.

—Está listo —contestó—. Coloco el tubo y partimos.

Di media vuelta y cuando empujaba la puerta de entrada a la casa, me detuvo con un silbido.

—Este auto hijo de perra hacía tres meses que estaba en *panne*.

Me miró, luego levantó las cejas, y alzó la cabeza consultándome.

—¿De acuerdo? —preguntó.

—De acuerdo —le dije—. ¿Y quieres saber más?

—Adelante —dijo.

—Si te vas a poner a escribir vas a ser el mejor. ¿Quieres saber por qué? —dije mientras abría la puerta.

—Adelante.

—Porque no haces alarde de nada.

—Bien. Eso no basta. En la Universidad estudiamos escritores que alardean.

—Es diferente. Tú quieres comprender.

—Tampoco basta. No soy pedante.

—Bien —dije yo—. Eres teatral, ¡qué diablos!

—Bien —dijo—. Eres el mejor de la familia. Anda a buscar los trajes de baño.

Entré y subí corriendo las escaleras; de la pieza de mi primo saqué los trajes de baño, dos toallas, un paquete de cigarrillos, y los eché en el bolso. Cuando me dispuse a bajar me topé con mi tío que salía de su pieza.

—¿Qué dice? —preguntó—. ¿Qué es lo que está haciendo ahora?

—Arregló el coche. Nos vamos a la playa.

—De modo que arregló el coche, dices. Es un muchacho inteligente por cierto. Y de la Universidad, ¿qué dice?

—Nada —contesté.

—¿Nada? —dijo.

—No se preocupe. Tenemos prisa.

—Tengo que preocuparme. Es mi hijo.

—Seguirá estudiando —dije—. Y si quiere saberlo no puede vivir sin estudiar.

—¿Cómo lo sabes?

—A veces pasan estas cosas —repliqué. Y bajé corriendo las escaleras.

Una vez instalados partimos a toda velocidad. El coche se mostraba dócil, y aunque nunca había tenido un sonido tan suave, mi primo no hizo jactancia alguna de ello. Al cabo de algún tiempo, y justo al mediodía, nos detuvimos frente a la casa de Angélica y mi primo entró a buscarla. A mi vez, descendí, entré a la fuente de soda de la esquina, descolgué el teléfono y di aviso a la oficina que no iría a trabajar esa tarde porque estaba enfermo. Luego pedí un refresco, puse un disco en el tragamonedas y encendí un cigarrillo.

Cuando volví al coche noté que la expresión de mi primo había cambiado. Hacía muecas con la boca y tenía el ceño fruncido. Angélica, sentada a su lado, me saludó con una leve sonrisa y yo me senté a su lado izquierdo, doblé el codo sobre la ventanilla y guardé silencio. Después de un rato desembocamos en la carretera hacia la costa, y más tarde pasamos frente a Los Cerrillos, y después por Melipilla. Mi primo manejaba a toda velocidad y no había dicho una palabra. Angélica y yo nos limitábamos a mirar el paisaje y fumar cigarrillos.

Al llegar a Cartagena disminuyó la velocidad y lentamente pasó por la costanera, mirando a la gente, y a los cerros, y al mar. Luego subió la velocidad y no detuvo el coche hasta que llegamos a Las Cruces.

—Aquí nos quedamos —dijo—. ¿Te gusta?

—Mucho —contesté—. Pensé que estabas mudo.

—¿Y a ti? —preguntó a Angélica.

—Está bien.

Nos desvestimos en el coche, nos pusimos las mallas, y caminando lentamente fuimos a tendernos cerca de la orilla.

Mi primo hundió el rostro en la arena, extendió los brazos, y se mantuvo jugando a coger entre las manos puñados de arena, y apretarlos, y a soltarlos lentamente después. Angélica se tendió de espaldas y yo permanecí sentado, fumando y contemplando su cuerpo moreno con la cabellera negra brillando sobre la arena, y deseándola. Así mismo la había conocido hacía un año, cuando mi primo me trajo ese verano y me la presentó, y me dijo que era «ella», y que era una

pajarona, pero que era «ella» de todas maneras. Ahora había cambiado, mi primo la había ido creando, sin forzar nada, imperceptiblemente, haciéndole un mundo, moldeándola, llenándola de vida, colmando su mundo juvenil con su fuerza.

—¿Qué le pasa a ése? —dije.

—Se puso así —contestó—. De repente.

—¿Cómo? —pregunté.

—No sé. ¿Qué es lo que quiere? Yo he estado bien —dijo—. ¿Qué es lo que quiere?

—Comprender.

Ella se alzó, cogió un cigarrillo y se lo encendí.

—Nunca acabaré de conocerlo. Es diferente —dijo.

—Sí —repliqué—. Es diferente.

—¿Tú qué piensas?

—Que todo se arregla. ¿Qué quieres que piense?

Me di vuelta y me tendí dando la espalda al sol.

—Ojalá —dijo.

—No te preocupes.

Más tarde mi primo se levantó y se llevó a Angélica al mar, con un gesto. Casi al topar el agua se detuvieron y charlaron por unos minutos. Luego se metieron mar adentro y se mantuvieron nadando por un rato. Encendí un cigarrillo, lo fumé con calma, mirando el cielo y con los ojos frente al sol. El día estaba despejado, no había viento y sólo algunos pájaros aleteaban en la altura.

Angélica vino a mi lado corriendo, se secó el rostro y las piernas, se sentó sobre la toalla, ajustó su pelo y sonrió.

—Todo está bien —dijo.

—Bien —dije—. ¿Qué hace ahora?

—Está flotando. Le gusta tenderse de espaldas y flotar.

—Va a ser escritor —dije.

Nos mantuvimos charlando más de una hora y mi primo continuaba flotando, y nadando, y sumergiéndose de una roca a veces. Luego yo entré al agua, llegué nadando a su lado, e hicimos una competencia de natación, que gané. Nos sentamos en una roca, y mi primo jadeando se largó a reír.

—Espera a que te lea unos poemas que inventé de mi propia cabeza.

—Está bien —dije yo—. Esperemos que oscurezca.

—Está bien —dijo.

Cuando volvimos, Angélica y mi primo se fueron sentados atrás y yo conduje hasta Santiago con las ventanas abiertas y el cálido viento de noviembre rebotando violento contra el rostro. Paramos a dejar a Angélica y una vez en casa nos metimos en la cocina, pusimos queso a unas marraquetas y les hincamos el diente. Más tarde subimos al cuarto. Mi primo se sentó a su escritorio, sacó dos libros y algunas

hojas.

—Estuvo bien el mar —dijo.

—De acuerdo.

—Para mí es lo primero —agregó.

Luego me alcanzó uno de los libros.

—Latín.

Luego me pasó el otro.

—Literatura española clásica, Cervantes.

—Lope de Vega —dije.

—El Arcipreste de Hita —dijo.

—*La vida es sueño* —dije yo.

—Libros magníficos —dijo—. ¡Grandes escritores, señor!

Después giró el asiento, apoyó los codos en el escritorio, puso la cabeza entre las manos y empezó a estudiar. Yo abrí *Don Quijote* en el Capítulo 33, me recosté en la cama, y no paré de leer hasta las tres de la mañana. Después puse el libro en el suelo, me tapé el rostro con la almohada y no tardé en quedarme dormido. Hasta donde recuerdo, mi primo continuaba estudiando.

El ciclista del San Cristóbal

... y abatíme tanto, tanto,
que fui tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance...

SAN JUANDE LA CRUZ

Además era el día de mi cumpleaños. Desde el balcón de la Alameda vi cruzar parsimoniosamente el cielo ese Sputnik ruso del que hablaron tanto los periódicos y no tomé ni así tanto porque al día siguiente era la primera prueba de ascensión de la temporada y mi madre estaba enferma en una pieza que no sería más grande que un ropero. No me quedaba más que pedalear en el vacío con la nuca contra las baldosas para que la carne se me endureciera firmeza y pudiera patear mañana los pedales con ese estilo mío al que le dedicaron un artículo en *Estadio*. Mientras mamá levitaba por la fiebre, comencé a pasearme por los pasillos consumiendo de a migaja los queques que me había regalado la tía Margarita, apartando acuciosamente los trozos de fruta confitada con la punta de la lengua y escupiéndolos por un costado que era una inmundicia. Mi viejo salía cada cierto tiempo a probar el ponche, pero se demoraba cada vez cinco minutos en revolverlo, y suspiraba, y después le metía picotones con los dedos a las presas de duraznos que flotaban como náufragos en la mezcla de blanco barato, y pisco, y orange, y panimávida. Los dos necesitábamos cosas que apuraran la noche y trajeran urgente la mañana. Yo me propuse suspender la gimnasia y lustrarme los zapatos; el viejo le daba vueltas al guía con la probable idea de llamar una ambulancia, y el cielo estaba despejado, y la noche muy cálida, y mamá decía entre sueños: «Estoy incendiándome», no tan débil como para que no la oyéramos por entre la puerta abierta.

Pero esa era una noche tiesa de mechas. No aflojaba un ápice la crestona. Pasar la vista por cada estrella era lo mismo que contar cactus en un desierto, que morderse hasta sangrar las cutículas, que leer una novela de Dostoiewski. Entonces papá entraba a la pieza y le repetía a la oreja de mi madre los mismos argumentos inverosímiles, que la inyección le bajaría la fiebre, que ya amanecía, que el doctor iba a pasar bien temprano de mañana antes de irse de pesca a Cartagena.

Por último le argumentamos trampas a la oscuridad. Nos valimos de una cosa lechosa que tiene el cielo cuando está trasnochado y

quisimos confundirla con la madrugada (si me apuraban un poco hubiera podido distinguir en pleno centro algún gallo cacareando).

Podría ser cualquier hora entre las tres y las cuatro cuando entré a la cocina a preparar el desayuno. Como si estuvieran concertados, el pitido de la tetera y los gritos de mi madre se fueron intensificando. Papá apareció en el marco de la puerta.

—No me atrevo a entrar —dijo.

Estaba gordo y pálido y la camisa le chorreaba simplemente. Alcanzamos a oír a mamá diciendo: «Que venga el médico».

—Dijo que pasaría a primera hora en la mañana —repitió por quinta vez mi viejo.

Yo me había quedado fascinado con los brincos que iba dando la tapa sobre las patadas del vapor.

—Va a morirse —dije.

Papá comenzó a palparse los bolsillos de todo el cuerpo. Señal que quería fumar. Ahora le costaría una barbaridad hallar los cigarrillos y luego pasaría lo mismo con los fósforos y entonces yo tendría que encendérselo en el gas.

—¿Tú crees?

Abrí las cejas así tanto, y suspiré.

—Pásame que te encienda el cigarrillo.

Al aproximarme a la llama, noté confundido que el fuego no me dañaba la nariz como todas las otras veces. Extendí el cigarro a mi padre, sin dar vuelta la cabeza, y conscientemente puse el meñique sobre el pequeño manojo de fuego. Era lo mismo que nada. Pensé: «se me murió este dedo o algo», pero uno no podía pensar en la muerte de un dedo sin reírse un poco, de modo que extendí toda la palma y esta vez toqué con las yemas las cañerías del gas, cada uno de sus orificios, revolviendo las raíces mismas de las llamas. Papá se paseaba entre los extremos del pasillo cuidando de echarse toda la ceniza sobre la solapa, de llenarse los bigotes de mota de tabaco. Aproveché para llevar la cosa un poco más adelante, y puse a tostar mis muñecas, y luego los codos, y después otra vez todos los dedos. Apagué el gas, le eché un poco de escupito a las manos, que las sentía secas, y llevé hasta el comedor la cesta con pan viejo, la mermelada en tarro, un paquete flamante de mantequilla.

Cuando papá se sentó a la mesa, yo debía haberme puesto a llorar. Con el cuello torcido hundió la vista en el café amargo como si allí estuviera concentrada la resignación del planeta, y entonces dijo algo, pero no alcancé a oírlo, porque más bien parecía sostener un incrédulo diálogo con algo íntimo, un riñón por ejemplo, o un fémur. Después se metió la mano por la camisa abierta y se mesó el ensamble de pelos que le enredaban el pecho. En la mesa había una cesta de ciruelas, damascos y duraznos un poco machucados. Durante un momento las

frutas permanecieron vírgenes y acunadas, y yo me puse a mirar a la pared como si me estuvieran pasando una película o algo. Por último agarré un prisco y me lo froté sobre la solapa hasta sacarle un brillo harto pasable. El viejo nada más que por contagio levantó una ciruela.

—La vieja va a morirse —dijo.

Me sobé fuertemente el cuello. Ahora estaba dándole vueltas al hecho de que no me hubiera quemado. Con la lengua le lamí los conchos al cuesco y con las manos comencé a apretar las migas sobre la mesa, y las fui arrejuntando en montoncitos, y luego las disparaba con el índice entre la taza y la panera. En el mismo instante que tiraba el cuesco contra un pómulo, y me imaginaba que tenía manso cocho en la muela poniendo cara de circunstancia, creí descubrir el sentido de por qué me había puesto incombustible, si puede decirse. La cosa no era muy clara, pero tenía la misma evidencia que hace pronosticar una lluvia cuando el queltehue se viene soplando fuerte: si mamá iba a morirse, yo también tendría que emigrar del planeta. Lo del fuego era como una sinopsis de una película de miedo, o a lo mejor era puro blá-blá mío, y lo único que pasaba era que las idas al biógrafo me habían enviciado.

Miré a papá y, cuando iba a contárselo, apretó delante de los ojos sus mofletudas palmas hasta hacer el espacio entre ellas impenetrable.

—Vivirá —dije—. Uno se asusta con la fiebre.

—Es como la defensa del cuerpo.

Carraspeé.

—Si gano la carrera tendremos plata. La podríamos meter en una clínica pasable.

—Si acaso no se muere.

Escupí sobre el hombro el cuesco lijadito de tanto meneallo. El viejo se alentó a pegarle un mordiscón a un durazno harto potable. Oímos a mamá quejarse en la pieza, esta vez sin palabras. De tres tragadas acabé con el café, casi reconfortado que me hiriera el paladar. Me eché una marraqueta al bolsillo, y al levantarme, el pelotón de migas fue a refrescarse en una especie de pocilla de vino sólo en apariencia fresca, porque desde que mamá estaba en cama las manchas en el mantelito duraban de a mes, pidiendo por lo bajo.

Adopté un tono casual para despedirme, medio agringado dijéramos.

—Me voy.

Por toda respuesta, papá torció el cuello y aquilató la noche.

—¿A qué hora es la carrera? —preguntó, sorbiendo un poco del café.

Me sentí un cerdo, y no precisamente de esos giles simpáticos que salen en las historietas.

—A las nueve. Voy a hacer un poco de precalentamiento.

Saqué del bolsillo las horquetas para sujetarme las bastillas, y agarré de un tirón la bolsa con el equipo. Simultáneamente estaba tarareando un disco de los Beatles, uno de esos psicodélicos.

—Tal vez te convendría dormir un poco —sugirió papá—. Hace ya dos noches que...

—Me siento bien —dije, avanzando hacia la puerta.

—Bueno, entonces.

—Que no se te enfríe el café.

Cerré la puerta tan dulcemente como si me fuera de besos con una chica, y luego le aflojé el candado a la bicicleta desprendiéndola de las barras de la baranda. Me la instalé bajo el sobaco, y sin esperar el ascensor corrí los cuatro pisos hasta la calle. Allí me quedé un minuto acariciando las llantas sin saber para dónde emprenderla, mientras que ahora sí soplaba un aire madrugador, un poco frío, lento.

La monté, y de un solo envión de los pedales resbalé por la cuneta y me fui bordeando la Alameda hasta la plaza Bulnes, y le ajusté la redondela a la fuente de la plaza, y enseguida torcí a la izquierda hasta la boite del Negro Tobar y me ahuaché bajo el toldo a oír la música que salía del subterráneo. Lo que fregaba la cachimba era no poder fumar, no romper la imagen del atleta perfecto que nuestro entrenador nos había metido al fondo de la cabeza. A la hora que llegaba entabacado, me olía la lengua y pa'fuera se ha dicho. Pero además de todo, yo era como un extranjero en la madrugada santiaguina. Tal vez fuera el único muchacho de Santiago que tenía a su madre muriéndose, el único y absoluto gil en la galaxia que no había sabido agenciarse una chica para amenizar las noches sabatinas sin fiestas, el único y definitivo animal que lloraba cuando le contaban historias tristes. Y de pronto ubiqué el tema del cuarteto, y precisamente la trompeta de Lucho Aránguiz fraseando eso de «No puedo darte más que amor, nena, eso es todo lo que te puedo dar», y pasaron dos parejas silenciosas frente al toldo, como cenizas que el malón del colegio había derramado por las aceras, y había algo lúgubre e inolvidable en el susurro del grifo esquinero, y parecía surgido del mar plateado encima de la pileta el carricoche del lechero, lento a pesar del brío de sus caballos, y el viento se venía llevando envoltorios de cigarrillos, de chupetes helados, y el baterista arrastraba el tema como un largo cordel que no tiene amarrado nada en la punta —sháshá-dá-dá— y salió del subterráneo un joven ebrio a secarse las narices transpirando, los ojos patinándole, rojos de humo, el nudo de la corbata dislocado, el pelo agolpado sobre las sienes, y la orquesta le metió al tango, *sophisticated*, siempre el mismo, siempre uno busca lleno de esperanzas, y los edificios de la avenida Bulnes en cualquier momento podían caerse muertos, y después el viento soplaría aún más descoyuntador, haría veletas de navío, barcazas y

mástiles de los andamiajes, haría barriles de alcohol de los calefactores modernos, transformaría en gaviotas las puertas, en espuma los parquets, en peces las radios y las planchas, los lechos de los amantes se incendiarían, los trajes de gala, los calzoncillos, los brazaletes serían cangrejos, y serían moluscos, y serían arenilla, y a cada rostro el huracán le daría lo suyo, la máscara al anciano, la carcajada rota al liceano, a la joven virgen el polen más dulce, todos derribados por las nubes, todos estrellados contra los planetas, ahuecándose en la muerte, y yo entre ellos pedaleando el huracán con mi bicicleta diciendo no te mueras mamá, yo cantando Lucy en el cielo y con diamantes, y los policías inútiles con sus fustas azotando potros imaginarios, a horcajadas sobre el viento, azotados por parques altos como volantines, por estatuas, y yo recitando los últimos versos aprendidos en clase de castellano, casi a desgano, dibujándole algo pornográfico al cuaderno de Aguilera, hurtándole el cocaví a Kojman, clavándole un lápiz en el trasero al Flaco Leiva, yo recitando, y el joven se apretaba el cinturón con la misma parsimonia con que un sediento de ternura abandona un lecho amante, y de pronto cantaba frívolo, distraído de la letra, como si cada canción fuera apenas un chubasco antes del sereno, y después bajaba tambaleando la escalera, y Luchito Aránguiz agarraba un solo de «uno» en trompeta y comenzaba a apurarlo, y todo se hacía jazz, y cuando quise buscar un poco del aire de la madrugada que me enfriase el paladar, la garganta, la liebre que se me rompía entre el vientre y el hígado, la cabeza se me fue contra la muralla, violenta, ruidosa, y me aturdí, y escarbé en los pantalones, y extraje la cajetilla, y fumé con ganas, con codicia, mientras me iba resbalando sobre la pared hasta poner mi cuerpo contra las baldosas, y entonces crucé las palmas y me puse a dormir dedicadamente.

Me despertaron los tambores, guaripolas y clarines de algún glorioso que daba vueltas a la noria de Santiago rumbo a ninguna guerra, aunque engalanados como para una fiesta. Me bastó montarme y acelerar la bici un par de cuadras, para asistir a la resurrección de los barquilleros, de las ancianas miseras, de los vendedores de maní, de los adolescentes lampiños con camisas y botas de moda. Si el reloj de San Francisco no mentía esta vez, me quedaban justo siete minutos para llegar al punto de largada en el borde del San Cristóbal. Aunque a mi cuerpo se lo comían los calambres, no había perdido la precisión de la puntada sobre la goma de los pedales. Por lo detrás había un sol de este volado y las aceras se veían casi despobladas.

Cuando crucé el Pío Nono, la cosa comenzó a animarse. Noté que los competidores que bordeaban el cerro calentando el cuerpo me piropeaban unas miradas de reojo. Distinguí a López del Audax limpiándose las narices, a Ferruto del Green trabajando con un

bombín la llanta, y a los cabros de mi equipo oyendo las instrucciones de nuestro entrenador.

Cuando me uní al grupo, me miraron con reproche pero no soltaron la pepa. Yo aproveché la coyuntura para botarme a divo.

—¿Tengo tiempo para llamar por teléfono? —dije.

El entrenador señaló el camarín.

—Vaya a vestirse.

Le pasé la máquina al utilero.

—Es urgente —expliqué—. Tengo que llamar a la casa.

—¿Para qué?

Pero antes de que pudiera explicárselo, me imaginé en la fuente de soda del frente, entre niños candidatos al zoológico y borrachitos pálidos, marcando el número de casa para preguntarle a mi padre... ¿qué? ¿Murió la vieja? ¿Pasó el doctor por la casa? ¿Cómo sigue mamá?

—No tiene importancia —respondí—. Voy a vestirme.

Me zambullí en la carpa, y fui empiluchándome con determinación. Cuando estuve desnudo procedí a arañarme los muslos y luego las pantorrillas y los talones hasta que sentí el cuerpo respondiéndome. Comprimí minuciosamente el vientre con la banda elástica, y luego cubrí con las medias de lanilla todas las huellas granates de mis uñas. Mientras me ajustaba los pantaloncillos y apretaba con su elástico la camiseta, supe que iba a ganar la carrera. Trasnochado, con la garganta partida y la lengua amarga, con las piernas tiesas como de mula, iba a ganar la carrera. Iba a ganarla contra el entrenador, contra López, contra Ferruto, contra mis propios compañeros de equipo, contra mi padre, contra mis compañeros de colegio y mis profesores, contra mis mismos huesos, mi cabeza, mi vientre, mi disolución, contra mi muerte y la de mi madre, contra el presidente de la república, contra Rusia y Estados Unidos, contra las abejas, los peces, los pájaros, el polen de las flores, iba a ganarla contra la galaxia.

Agarré una venda elástica y fui prensándome con doble vuelta el empeine, la planta y el tobillo de cada pie. Cuando los tuve amarrados como un solo puñetazo, sólo los diez dedos se me asomaban carnosos, agresivos, flexibles.

Salí de la carpa. «Soy un animal», pensé cuando el juez levantó la pistola, «voy a ganar esta carrera porque tengo garras y pezuñas en cada pata». Oí el pistoletazo y de dos arremetidas filudas, cortantes sobre los pedales, cogí la primera cuesta puntero. En cuanto aflojó el declive, dejé no más que el sol se me fuera licuando lentamente en la nuca. No tuve necesidad de mirar muy atrás para descubrir a Pizarnick del Ferroviario, pegado a mi trasera. Sentí piedad por el muchacho, por su equipo, por su entrenador que le habría dicho: «Si toma la delantera, pégate a él hasta donde aguantes, calmadito, con

seso, ¿entiendes?», porque si yo quería era capaz ahí mismo de imponer un tren que tendría al muchacho vomitando en menos de cinco minutos, con los pulmones revueltos, fracasado, incrédulo. En la primera curva desapareció el sol, y alcé la cabeza hasta la virgen del cerro, y se veía dulcemente ajena, incorruptible. Decidí ser inteligente, y disminuyendo bruscamente el ritmo del pedaleo dejé que Pizarnick tomara la delantera. Pero el chico estaba corriendo con la biblia en el sillín: aflojó hasta ponérseme a la par, y pasó fuerte a la cabeza un muchacho rubio del Stade Français. Ladeé el cuello hacia la izquierda y le sonreí a Pizarnick. «¿Quién es?», le dije. El muchacho no me devolvió la mirada. «¿Qué?», jadeó.

«¿Quién es?», repetí. «El que pasó adelante.» Parecía no haberse percatado que íbamos quedando unos metros atrás. «No lo conozco», dijo. «¿Viste qué máquina era?» «Una Legnano» repuse. «¿En qué piensas?» Pero esta vez no conseguí respuesta. Comprendí que había estado todo el tiempo pensando si ahora que yo había perdido la punta debía pegarse al nuevo líder. Si siquiera me hubiese preguntado, yo le habría prevenido; lástima que su biblia transmitía con solo una antena. Una cuesta más pronunciada, y buenas noches los pastores. Pateó y pateó hasta arrimársele al rucio, y casi con desesperación miró para atrás tanteando la distancia. Yo busqué por los costados a algún otro competidor para meterle conversa, pero estaba solo a unos veinte metros de los cabecillas, y al resto de los rivales recién se les asomaban las narices en la curvatura. Me amarré con los dedos el repiqueteo del corazón, y con una sola mano ubicada en el centro fui maniobrando la manigueta. ¡Cómo podía estar tan solo, de pronto! ¿Dónde estaban el rucio y Pizarnick? ¿Y González, y los cabros del club, y los del Audax Italiano? ¿Por qué comenzaba ahora a faltarme el aire, por qué el espacio se arrumaba sobre los techos de Santiago, aplastante?

¿Por qué el sudor hería las pestañas y se encerraba en los ojos para nublar todo? Ese corazón mío no estaba latiendo así de fuerte para meterle sangre a mis piernas, ni para arderme las orejas, ni para hacerme más duro el trasero en el sillín, y más coces los enviones. Ese corazón mío me estaba traicionando, le hacía el asco a la empinada, me estaba botando sangre por las narices, instalándome vapores en los ojos, me iba revolviendo las arterias, me rotaba en el diafragma, me dejaba perfectamente entregado a un ancla, a mi cuerpo hecho una soga, a mi falta de gracia, a mi sucumbimiento.

—¡Pizarnick! —grité—. ¡Para, carajo, que me estoy muriendo!

Pero mis palabras ondulaban entre sien y sien, entre los dientes de arriba y los de abajo, entre la saliva y las carótidas. Mis palabras eran un perfecto círculo de carne: yo jamás había dicho nada. Nunca había conversado con nadie sobre la tierra. Había estado todo el tiempo

repitiendo una imagen en las vitrinas, en los espejos, en las charcas invernales, en los ojos espesos de pintura negra de las muchachas. Y tal vez ahora —pedal con pedal, pisa y pisa, revienta y revienta— le viniera entrando el mismo silencio a mamá —y yo iba subiendo y subiendo y bajando y bajando— la misma muerte azul de la asfixia —pega y pega, rota y rota— la muerte de narices sucias y sonidos líquidos en la garganta —y yo torbellino serpenteo turbina engranaje corcoveo— la muerte blanca y definitiva —¡a mí nadie me revolcaba, madre!— y el jadeo de cuántos tres cuatro cinco diez ciclistas que me irían pasando, o era yo que alcanzaba a los punteros, y por un instante tuve los ojos entreabiertos sobre el abismo y debí apretar así duramente fuertemente las pestañas para que todo Santiago no se lanzase a flotar y me ahogara llevándome alto y luego me precipitara, astillándome la cabeza contra una calle empedrada, sobre basureros llenos de gatos, sobre esquinas canallas. Envenenado, con la mano libre hundida en la boca, mordiéndome luego las muñecas, tuve el último momento de claridad: una certeza sin juicio, intraducible, cautivadora, lentamente dichosa, de que sí, que muy bien, que perfectamente hermano, que este final era mío, que mi aniquilación era mía, que bastaba que yo pedaleara más fuerte y ganara esa carrera para que se la jugara a mi muerte, que hasta yo mismo podía administrar lo poco que me quedaba de cuerpo, esos dedos palpitantes de mis pies, afiebrados, finales, dedos ángeles pezuñas tentáculos, dedos garras bisturíes, dedos apocalípticos, dedos definitivos, deditos de mierda, y tirar el timón a cualquier lado, este u oeste, norte o sur, cara y sello, o nada, o tal vez permanecer siempre nortesudesteoestecarasello, moviéndome inmóvil, contundente. Entonces me llené la cara con esta mano y me abofeteé el sudor y me volé la cobardía; ríete imbécil me dije, ríete poco hombre, carcajéate porque estás solo en la punta, porque nadie mete finito como tú la pata para la curva del descenso.

Y de un último encumbramiento que me venía desde las plantas llenando de sangre linda, bulliciosa, caliente, los muslos y las caderas y el pecho y la nuca y la frente, de un coronamiento, de una agresión de mi cuerpo a Dios, de un curso irresistible, sentí que la cuesta aflojaba un segundo y abrí los ojos y se los aguanté al sol, y entonces sí las llantas se despidieron humosas y chirriantes, las cadenas cantaron, el manubrio se fue volando como una cabeza de pájaro, agudo contra el cielo, y los rayos de la rueda hacían al sol mil pedazos y los tiraban por todas partes, y entonces oí, ¡oí Dios mío!, a la gente avivándome sobre camionetas, a los muchachitos que chillaban al borde de la curva del descenso, al altoparlante dando las ubicaciones de los cinco primeros puestos; y mientras venía la caída libre, salvaje sobre el nuevo asfalto, uno de los organizadores me baldeó de pé a pá

riéndose, y veinte metros adelante, chorreando, riendo, fácil, alguien me miró, una chica colorina, y dijo «mojado como un joven pollo», y ya era hora de dejarme de pamplinas, la pista se resbalaba, y era otra vez tiempo de ser inteligente, de usar el freno, de ir bailando la curva como un tango o un vals a toda orquesta.

Ahora el viento que yo iba inventando (el espacio estaba sereno y transparente) me removía la tierra de las pupilas, y casi me desnuco cuando torcí el cogote para ver quién era el segundo. El Rucio, por supuesto. Pero a menos que tuviera pacto con el diablo podría superarme en el descenso, y nada más que por un motivo bien simple que aparece técnicamente explicado en las revistas de deportes y que puede resumirse así: yo nunca utilizaba el freno de mano, me limitaba a plantificar el zapato en las llantas cuando se esquinaban las curvas. Vuelta a vuelta, era la única fiera compacta de la ciudad con mi bicicleta. Los fierros, las latas, el cuero, el sillín, los ojos, el foco, el manubrio, eran un mismo argumento con mi lomo, mi vientre, mi rígido montón de huesos.

Atravesé la meta y me descolgué de la bici sobre la marcha. Aguanté los palmoteos en el hombro, los abrazos del entrenador, las fotos de los cabros de *Estadio*, y liquidé la coca-cola de una zampada. Después tomé la máquina y me fui bordeando la cuneta rumbo al departamento.

Una vacilación tuve frente a la puerta, una última desconfianza, tal vez la sombra de una incertidumbre, el pensamiento de que todo hubiera sido una trampa, un truco, como si el destello de la Vía Láctea, la multiplicación del sol en las calles, el silencio, fueran la sinopsis de una película que no se daría jamás, ni en el centro, ni en los biógrafos de barrio, ni en la imaginación de ningún hombre.

Apreté el timbre, dos, tres veces, breve y dramático. Papá abrió la puerta, apenitas, como si hubiera olvidado que vivía en una ciudad donde la gente va de casa en casa golpeando portones, apretando timbres, visitándose.

—¿Mamá? —pregunté.

El viejo amplió la abertura, sonriendo.

—Está bien —me pasó la mano por la espalda e indicó el dormitorio —. Entra a verla.

Carraspeé que era un escándalo y me di vuelta en la mitad del pasillo.

—¿Qué hace?

—Está almorzando —repuso papá.

Avancé hasta el lecho, sigiloso, fascinado por el modo elegante con que iba echando las cucharadas de sopa entre los labios. Su piel estaba lívida y las arrugas de la frente se le habían metido un centímetro más adentro, pero cuchareaba con gracia, con ritmo, con... hambre.

Me senté en la punta del lecho, absorto.

—¿Cómo te fue? —preguntó, pellizcando una galleta de soda.

Esgrimí una sonrisa de película.

—Bien, mamá. Bien.

El chal rosado tenía un fideo cabello de ángel sobre la solapa. Me adelanté a retirarlo. Mamá me suspendió la mano en el movimiento, y me besó dulcemente la muñeca.

—¿Cómo te sientes, vieja?

Me pasó ahora la mano por la nuca, y luego me ordenó las mechas sobre la frente.

—Bien, hijito. Hazle un favor a tu madre, ¿quieres?

La consulté con las cejas.

—Ve a buscar un poco de sal. Esta sopa está desabrida.

Me levanté, y antes de dirigirme al comedor, pasé por la cocina a ver a mi padre.

—¿Hablaste con ella? ¿Está animada, cierto?

Lo quedé mirando mientras me rascaba con fruición el pómulo.

—¿Sabes lo que quiere, papá? ¿Sabes lo que mandó a buscar?

Mi viejo echó una bocanada de humo.

—Quiere sal, viejo. Quiere sal. Dice que está desabrida la sopa, y que quiere sal.

Giré de un envión sobre los talones y me dirigí al aparador en busca del salero. Cuando me disponía a retirarlo, vi la ponchera destapada en el centro de la mesa. Sin usar el cucharón, metí hasta el fondo un vaso, y chorreándome sin lástima, me instalé el líquido en el fondo de la barriga. Sólo cuando vino la resaca, me percaté que estaba un poco picadito. Culpa del viejo de mierda que no aprende nunca a ponerle la tapa de la cacerola al ponche. Me serví otro trago, qué iba a hacerle.

A las arenas

J'ai tiré ma rouloure
de vie au milieu des sables.

SAMUEL BECKETT,
En attendant Godot

Jugueteé con el dólar de plata presionando el pulgar en el relieve. Por un momento tuve la idea de decirle al mexicano: «Trae mala suerte. La vieja en Biloxi dijo que traía mala suerte». Abrí la canilla y bebí agua de la llave chorreándome el cuello.

—Trae mala suerte —dije.

El mexicano pateó el cajón. Detrás tenía un afiche de la Virgencita de Guadalupe desteñido por todas partes. Volví la vista a la mesa y quise releer el anuncio del periódico. El mexicano se despegó de la pared y pude verle la camisa roja mojada hasta la cintura. Cuando quise limpiarme el agua de la barbilla, ya estaba confundida con la humedad. Lo oí carraspear, e instintivamente apreté el dólar hasta que me dolieron las uñas.

—Hermanito —me dijo el mexicano—, seamos razonables. Platiquémoslo suavemente.

Con toda delicadeza levantó el cajón metiendo la mano en la abertura, y sin despegarme la vista lo arrimó hasta la mesa y se sentó suspirando.

—Punto uno —dijo tratando de parecer racional, aunque mascaba las palabras—. Tú dices que trae mala suerte.

A estas alturas, había cambiado de opinión. Casi adivinaba el argumento que venía. Se lo dije:

—Ya sé lo que vas a argumentarme. Vas a decir: ¿y cómo le llamas a esto?

Mexicancityboy se rascó la sien.

—Vas por buen camino. ¿Cuál es la respuesta?

—No sé cómo llamarlo. Pero estamos jodidos.

—¿Podríamos estar más jodidos?

—Difícilmente.

—Luego...

Le indiqué el aviso.

—Hay un problema —dije.

El mexicano se puso alerta con las cejas. Sentí ganas de beber más agua.

—Aquí dice «precio según el grupo». ¿Qué es eso?

—Es muy fácil. Hay grupos a be ce de o uno dos tres cuatro. También erre hache negativo. Ése lo pagan mejor porque andan escasos.

—¿Y?

—Si tienes erre hache, te pagan el doble. Es por la ley de la oferta y la demanda, ¿comprendes? Pero a ti te pagarán quince.

Me acaricié el brazo.

—¿Cuánto te dieron a ti?

—Diez. Pero yo soy mexicano.

—¿Y por qué a mí me habrían de dar más? Yo también soy latino.

—Pero eres castaño. Yo estoy chingado por la piel. Si me tostara un poco más al sol, podría veranear en Harlem.

Me rasqué una oreja.

—Se van a dar cuenta por el acento.

El mexicano se puso de pie.

—Tienes razón —dijo—. Vamos a tener que ensayarlo. Levántate.

Dejé que me condujera hasta la puerta sin hacerle resistencia.

—Ahora golpeas, te acercas a mí y me dices lentamente: *Ai laik tu sel sam blad*.

Entreabrí la puerta, di un paso en la habitación y dije:

—*Ai laik tu sel sam blad*.

—Perfecto. Eso es todo.

—Espérate —le dije—. Suponte que me pregunta algo. Suponte que me pregunta de qué grupo es mi sangre.

—Te haces el idiota hermanito, sonríes y dices: *Ai dont nou*. Repitamos todo.

Entreabrí la puerta y avancé un paso en el cuarto:

—*Ai laik tu sel sam blad*.

—¿*Wats yuar grup*?

—*Ai dont nou*.

El mexicano comenzó a ajustarse la corbata.

—Ponte el saco. Yo te esperaré en la puerta.

Puse el dólar en el bolsillo perro, y antes de tirarme encima la chaqueta, la aplanché con las palmas sobre el colchón. Le eché un poco de escupito a la vieja mancha de chianti, de cuando la chaqueta y yo conocíamos días mejores. Al apretarme el nudo, sentí que la humedad me haría reventar en cualquier momento. En cuanto tuviera plata cambiaría los cigarrillos por un cartón de leche. Uno puede entrar a los cafés y ningún borracho le niega un cigarrillo. Pero a veces cuesta encontrar quien convide con un vaso de leche. Uno se siente mal de pedirlo. No es lo mismo que el cigarro.

Salimos a la calle Diez, y no habría en la cuadra más de quince holgazanes, acunados en los zaguanes con latas de cerveza en las manos. Nos fuimos caminando hasta Stuveysant Place para conseguir

un bus directo.

—Antes que nada —dije de repente—, planifiquemos nuestra vida.

Avanzábamos tratando de conseguir la sombra delgada que caía sobre la mitad de la acera.

—Tenemos algunas deudas —abrí el tema.

El mexicano asintió.

—¿Rubros?

—¿Excluidos los restaurantes?

—Yo creo.

—Debemos ocho en el almacén.

—Pagar cuatro. Nos conviene mantener el crédito abierto.

Carraspeé lúgubremente. Hasta el tranco se me anduvo atragantando.

—Nos quedan once.

El otro también tragó saliva.

—Once —repitió ido. Y luego sólo un poco más recuperado—: Bueno, es algo, ¿no?

Tuve que admitirlo.

—Planifiquémoslo.

—Arroz —dijo Frontierboy—. Un saquito de arroz, es barato y alimenta.

Yo tenía algunas dudas porque todos los chinos que conocía eran flacos chicos e ictericios. En todo caso el arroz llenaba. Lo que había que evitar después de todo era esa sensación en el estómago como si te estuvieran sacando el aire con una cuerda.

—Fréjoles —agregué—. Es barata la libra. Además si mezclamos el arroz con los fréjoles, tendríamos algo así como un menú, ¿comprendes?

El mexicano se limpió los labios con la muñeca.

—Hay que balancear la dieta —dictaminó—. Aunque nos duela en el alma, tendremos que adquirir salchichas.

Tragué saliva.

—Diez a un *daim* cada una, hacen un dólar. Un dólar de fréjoles y un dólar de arroz: tres. Pagamos cuatro al almacén. Nos quedan ocho. Ocho dólares.

Me miró la desolación en el rictus de la boca y se limpió las narices. Siempre se daba coraje sonándose los mocos.

—No está mal —dijo—. Considera que podremos comer durante quince días.

—Veinte —proclamé—. Veinte a razón de media salchicha diaria.

Nos pusimos de perfil al pasar frente a la pizzería Martini. Cuando se aprestaba a hacer parar un bus, lo retuve de la manga.

—Hay un problema —dije.

—¿Qué pasó? Ése es el bus al San Lucas.

—Hay un problema. El dólar de plata.

—¿Qué hay con él?

Me palpó el bolsillo constatando su existencia.

—Estaba pensando —dije—. Tal vez el chófer del bus no lo acepte. Tal vez piense que nos estamos burlando de él. En fin, no sé.

—Tienes razón —murmuró Frontier—. Podríamos ahorrarnos el dólar e ir caminando. Son solamente cincuenta cuadras.

Miramos los patios de cemento de Stuveysant Oval que ahora deberíamos cruzar, y la verdad que en toda la zona no había sombra ni para cubrirse una uña. Echamos a andar, pensando en una sola cosa. Pensando en cerveza.

El mexicano a las veinte cuadras se puso metafísico.

—¿Cómo hemos podido descender tanto? —dijo.

A mí me extrañó la pregunta, no tanto porque adulterara nuestra situación, la definía categóricamente, sino porque nunca habíamos estado demasiado arriba para que descendiéramos «tanto». Por un momento tuve la encantadora sospecha de que el mexicano tuviera un pasado esplendoroso. Yo también había tenido mi día de gloria como quien dice, pero hacía dos años en Santiago, lo que no era gracia.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, haciéndome incluso el ofendido.

Frontierboy no se limpió esta vez las narices. Señal que vendría un rato amargo, tanguero. Era la voluntad que ya no funcionaba. Si las cosas andaban tan mal, qué más daba un moco más o menos en la mejilla.

—¿Acaso has estado mucho mejor? —lo apuré.

—Mucho mejor —asintió gravemente—. Estuve desde septiembre hasta junio con una beca. Ciento veinte. Ciento veinte dólares mensuales me daban. *Nau finished. Ouver*, manito.

De súbito me invadió un pavor innombrable.

—¿El arriendo? —pregunté—. Estamos en agosto, ¿cuánto hace que no pagas el arriendo?

—*Nou problem* —dijo Mexicancityboy—. El propietario *finished. Ouver* el propietario.

Nuestras conversaciones solían parar allí. Yo preguntaba, él respondía un par de cosas, y se clausuraba el tema. Pero quedaban unas treinta cuadras, y me entró un interés inusitado por lo del propietario. Antes de hablar hice una especie de buche con el montón de saliva que había juntado mientras iba pensando.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. *Nou mor* en el planeta. ¿*Gud bai*?

—*Nou mor*, hermanito. Emigró.

—¿Cómo murió?

—No chingues, fajita. Se murió y eso es todo. A qué vienes a ponerte romántico ahora. Uno se muere, nada más.

«Como un turista», pensé. «Uno es de otro país y viene de paso. Después vuelve a casa.»

—¿Pero lo rajaron? ¿Le trabajaron cuchilla o algo?

El mexicano se metió el pañuelo por debajo del cuello de la camisa. Lo sacó mojado, después lo estrujó sin mirarlo, y luego lo echó al aire azotándolo entre los dedos como «Pilato, Pilato».

—Se murió de viejo —informó—. ¿Tú te das cuenta de la figura, supongo?

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo?

—Es lo mismo que la pregunta de los mil dólares, coño. Lo aprendí en el bachillerato. El único animal que anda en tres patas es el hombre. Al viejo se le rompió el bastón y se estrelló la frente contra la cuneta. *Ouver*.

Me puse a silbar «Cuesta abajo en mi rodada las ilusiones pasadas».

—¿Y nuestro departamento? —dije por último.

Mexicancityboy se sobó las manos sobre los pantalones.

—A menos que vengan a demolerlo por insalubre, puedes morir en él el verano del ochenta y ocho, y no pagarás un centavo. Lo único que la policía sabe del viejo es que se llama Rispieri. Aquí nadie conoce a nadie. Cuando te mueras, no tendrás preocupaciones. Ninguna preocupación, ciertamente.

Lástima que el manito ignorara el efecto que me hacía el lenguaje. No se daba cuenta de cómo me trabajaba la cabeza. Ya me veía con mansa jeringa chupándome la sangre en el San Lucas, y una enfermera rubia, con el delantal bien ajustado sobre los pechitos, diciéndole al médico: «No resiste, doctor. Se va yendo». Y el médico: «Bueno, no perdamos material fresco. Sórbale todo y después bájelo a la morgue. Llamen por teléfono a sus parientes». Y la enfermera: «Parece que no es de aquí. Lo está esperando un pocho en el pasillo».

—Tengo hambre —dije.

—Pues estamos empate, mano.

Se hizo un masaje sobre el estómago, y agregó:

—Y además, si seré huevón, date cuenta. Un poco enamorado he andado.

«Chínguenlo», pensé.

—Pos, bonita bonita no es. Es rolliza, ¿entiendes?

—Gordita —dije.

—Pos, tanto como gordita... Rolliza. De buen carácter.

—Todas las gordas tienen buen carácter.

—Pos esta no es gorda, *boy*. Es sólo carnecita. Aquí también.

Se puso las manos sobre los corazones.

—¿Y lo otro? —pregunté.

Se llevó las manos a la barriga. Allí les dio unas vueltas sobre el

pellejo. Andaba más hambriento que enamorado.

—*It never japen* —dijo—. Quedé de llamarla por teléfono, imagínate.

«Imagínate» significaba: un *daim* la llamada, *tri baks* el cine, *cáple of dólars* el sándwich. Suspiró tan fuerte mientras me hablaba que logró secarme el sudor sobre la frente. Pongámosle que faltaran unas quince cuadras. O me tiraba a falluto o a romántico:

—Tengo hambre —comuniqué. (Romántico)—. Me da no sé qué eso de que me saquen sangre. (Falluto).

—Con plata se compran huevos —dijo Frontierboy, pero estaba pensando en otra cosa. Estaba pensando en la muchacha rolliza con la cual la cosa andaba pero *never japen*—. Medio enamorado he estado.

Yo opero por contagio. También tenía mi amorcito, pero medio espirituoso, así artístico. Yo estaba enamorado de... de Ella Fitzgerald. Soy un jazzista. Mahometano, no más. Me la pegó el mexicano. Me puse a suspirar que era un escándalo. Esa noche la negra tenía una salida en el Basin Street East, y se necesita esmoquin o algo, para entrar. Me puse a silbar, desolado.

—Es bonita la muchacha, ¿sabes? Cubana.

Interrumpí sólo cinco segundos la melodía.

—Tráela al departamento, y sesionamos las Naciones Unidas, carajo.

—Es cubana por todos lados. Por aquí...

El mexicano se palmoteó una nalga. Era como que se había acordado de algo importante.

—Fidelista, mano. Revolucionaria.

Por un segundo tuve la sensación de que mi boca había parado la producción de saliva. Me acordé de una disertación que había dado un expedicionario chileno sobre los camellos. Había atravesado el desierto y los camellos tenían algo así como un estanque de agua. Como un chuico de agua, digamos.

—Deberíamos irnos de aquí —dije.

Frontierboy se limpió las narices. Señal de que le atribuía cierta dignidad al *sabyect*.

—¿Qué podríamos hacer en otra parte?

Íbamos doblando la esquina, y ahí mismo estaba el hospital.

—Lo mismo que aquí, cabezotas.

—¿Es decir?

—Echar aire, respirarlo, comer, dormir, y buenas noches. Nosotros...

—... «que nos queremos tanto...» —tarareó Mexicale Rose.

—... estamos jodidos. *Ouver*.

La vista del hospital era para Manos-Mexicanas-Que-Labran-La-Tierra como la visión del águila sobre billetes crujientes. Su risa se le anduvo saliendo.

—Lo que tenemos que hacer...

«Lo que tenemos que hacer», pensé con algo de pavor.

—Lo que tenemos que hacer es irnos —sentenció el cuate.

A mí se me mudó la color, como dicen en las historietas. No hacía ni dos semanas que había estado en lo del cónsul tirándole la manga y leyendo los diarios.

—Tú eres el que tiene que hacer que pasen las cosas —dijo Vivaméxico.

Yo con mi estómago como una alcancía en víspera de pascua, patriotero empedernido, sentimental, iba a hacer que pasaran cosas.

En el San Lucas había un negro de recepcionista. Nos sentimos mejor. Hay una cosa solidaria entre todos los jodidos en Nueva York. Lo que no quita que en cualquier momento te mueras de hambre, por ejemplo. Mexicancityboy se encargó del blá-blá.

—*Ji want tu sel sam blad* —dijo.

—¿*Wat cólor*? —dijo el negro, sacando los dientes para adelante.

El mexicano se me acercó angustiado.

—¿Qué pasa? —le dije.

—De qué color —preguntó—. Dice que de qué color.

Lo pensé un segundo.

—Cálmate —le ordené—. El morocho aquí presente quiso hacernos un chiste. Tu sentido del humor, hermanito.

Sonrió. Avanzó hasta donde el morocho.

—*Red* —dijo—. *Ji want tu sel sam red blad. ¿Digmi*?

—*Ah yes* —exclamó el negro—. *Régular blad*.

—*Yes. Régular. Gud yang red blad. Absolutily régular*.

El negro escribió minuciosamente en un libraco. Allí anotó mi nombre, mi edad (le dije veintidós por si las moscas) y puso que no había estado enfermo. Yo callé lo de la pulmonía. Ya bastante jodida tendría la sangre con la cerveza como para ponerme exquisito. Detrás del mesón, le ordenó a una enfermera morenita que se hiciera cargo. Yo le vi cara así media latina, y le hablé en castellano confidencialmente.

—¿Sacan mucho? —pregunté.

Se dio vuelta extrañada de oírme español. En realidad tengo un poco cara de gringo *bolsiflay* a veces.

—¿Cómo mucho? ¿Qué tú me estás preguntando, chico?

Le vi maniobrar la jeringa. Enchufó un tubo de vidrio en el otro, y lo fue aplastando hasta botarle el aire hecho burbujas. Y entonces la muchacha dijo algo tremendo de filosófico que yo recordé para la historia.

—Así es nuestra vida —dijo—, puras burbujas. Viene un aire un día y se las lleva.

Carraspeé que era una fiesta. Pensé en un bolero en la playa de Acapulco bebiendo gin con jugo de coco tendido sobre una balaustrada. Yo tenía en casa el libro de un argentino famoso. Borges,

le llamaban. Le tiré sin más un filosofeo abracadabrante.

—Tanta vanidad la del hombre y para lo único que sirve es para juntar moscas.

La morena untó con un algodón húmedo la jeringa.

—¿Qué tú dices?

Me rocé levemente los dedos de la izquierda delante de mis ojos.

—Burbujas —dije—. Y de repente, ¡plaf!

Fue a comprobar si las patas de la camilla estaban en orden.

—Acuéstate aquí.

La obedecí tanteando la superficie, con la misma cautela con que uno se mete despacito en el mar por si falta fondo. ¿Qué hago aquí?, me dije. A esta hora estaría saliendo de clases en el Conservatorio rumbo al departamento del viejo, y todo sería invierno en Santiago, y mamá habría cocinado picarones, quizá hubiera llovido, y mi hermano chico pichanguearía en la calle con sus amigos, y me podría meter en la cama, calentita, y encender el pick-up, y oír el *Rondeau à la turk* de Brubeck, y después llamar por teléfono a alguna pololita.

—¿Qué tú eres? —me preguntó la muchacha—. ¿Argentino?

Me había ayudado a arremangarme.

—Soy chileno. Pero anota ahí que soy de Dallas, Texas.

Pareció alegrarse.

—Yo oigo los discos de Lucho Gatica, ¿lo conoces?

Lucho Gatica estaría calentito en su casa en México, jugando con sus hijos y Mapita Cortés. O estaría alegremente ensayando algo con la orquesta de José Sabre Marroquín en los estudios de la Odeón. En mi vida lo había visto.

—Lucho Gatica —murmuré—. Somos íntimos —añadí más fuerte—. Uña y carne. Yo y Lucho.

Comenzó a fregarme el brazo, y después me pellizcó la piel buscando la vena.

—¿Tienes novio? —le pregunté.

La chica asintió con los ojos, sin mover un músculo.

—Yo no —le informé—, no tengo novia. Ni para muestra. *Názing*.

Me había defraudado que no le apasionara mi amistad con Gatica. De algún modo presentía que sería más suave con la aguja si… Y en el momento que se disponía a clavarme, recordé los días en que había estado enfermo y me sacaban sangre a cada rato para llevarla a los laboratorios. No dolía, me acordé que no dolía. Era otra cosa lo que me llevaba a meterme las uñas de la mano libre a la boca y a mascarlas. Era que me sentía como una puta, perdonen la palabra.

Aproveché el envión de los dedos hacia la boca para taparme los ojos a la disimulada. Después me sobé fuertemente las narices. Pa'peor: la procesión se me fue adentro.

—Relájate, chico.

Solté el cuerpo de una suspirada. La muchacha tenía eso que las mamás llaman una mano de ángel. De un viaje repletó la jeringa, e hizo que me sujetara un algodón sobre el brazo. Fue hasta la mesa y escribió algo en un papel.

—Entrégale esto al negro para que te pague.

Me ahorró la dificultad de recoger el paletó, colgándomelo sobre un hombro.

—Gracias —dije, ruborizándome.

El mexicano se mantuvo a la distancia, pendiente de la operación. Quince, me pagaron. Uno de a diez y *faif backs*. Se me juntó en el pasillo y salimos a la calle. Yo aún sostenía el dinero entre los dedos y la chaqueta se me resbalaba de los hombros. Mexicancityboy, solícito como una madre, me la acomodó de vuelta. Le mostré los billetes.

—Hermanito —dijo—. Te portaste como un héroe. Ahora vamos a una *dragstore* a comernos un sándwich.

Arrojé el algodón a la calle y desdoblé el brazo.

—No tengo hambre —dije.

Se limpió con la manga las narices. La plata lo había vuelto un ser civilizado y todo. Se la echó en un bolsillo, y tarareó algo.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Ya había sombra en la cuneta izquierda. Pero la humedad no aflojaba.

—Nada. Vamos a comernos un sándwich.

Elegimos un boliche italiano donde servían tallarines con abundante queso y boloña. Por cinco centavos extras, se tenía derecho a un chianti transparente y desabrido. Nos sentamos en el mesón para ahorrarnos la propina.

—Hermano —dijo Frontierboy.

—¿Qué?

Enroscó pensativamente los fideos sobre el tenedor. Primero tragó saliva, y luego se repletó el buche y masticó todo asintiendo como un sacerdote.

—¿Sabes lo que nos pasa?

Le dirigí la mirada sospechosa.

—Estamos pasando por una crisis moral.

De reojo probó el efecto de su frase mientras untaba el pan con queso rallado. Los italianos dan el parmesano gratis. Echarle el queso era como birlarse un sándwich. Mañas de pobre. Lo imité.

—¡Ajá! —dije.

—Una fuerte crisis moral —asintió gravemente, pasándose la lengua por las encías.

—Hm.

—Una crisis... Grave. «Grave» —repitió saboreando la palabra junto con los *spaghettis*.

Me miré en el espejo frente al mesón y decidí ordenarme el pelo.

—Sí —dije.

—Somos jóvenes, ¿captas? Nos falta... ¿Cómo explicártelo, chamaco?... ¡Divertirnos!

Cualquier día como en un cuento maravilloso me aterrizaría un pájaro en la melena y construiría allí su nido.

—Cierto —dije.

Mexicancityboy se lamió las comisuras.

—Salir con muchachas, por ejemplo.

—*Yes, oh yes*.

—Tomarnos unos tragos.

—Cierto.

—Etcétera.

Acabé con el chianti. Pedí la cuenta.

—Vamos a casa —dije.

El mexicano frunció la frente y se miró el destino en el espejo. La arruga en la piel oscura se le puso tristona. Como la de un cachorro, pongámosle.

—María —recitó—. María trabaja en *Macy's*.

Lo miré imperturbable.

—Tiene una amiga. July.

—Gringa.

—Simpática. Morocha, como te gustan.

Recibí la cuenta. Sin darle importancia saqué *dólar twenty*.

—¿Habla español?

—Pos ése es un detalle, hermano.

—¿Habla español? —insistí.

Se enruló pensativo la vegetación sobre las patillas.

—Tengo que ser honesto contigo —declaró.

Apoyé el codo en el mesón y fruncí los labios frente a mi imagen.

Entonces pasó lo que en ese momento no tenía que haber pasado. Un adolescente había metido la ficha en el Wurlitzer y empezó a sonar «Downtown» cantado por Petula Clark. En aquella semana había dos canciones que me sacaban de quicio. La otra era «King of the road» por Roger Williams.

—Tienes razón —dije—. Nos falta divertirnos. Las chicas salían de la tienda a las seis. Fui yo mismo, como quien no quiere la cosa, el que hizo parar el taxi en la esquina. Con una intuición bárbara, el mexicano se fue durante todo el trayecto chiflando suavecito el tema. Era más combustible de lo tolerable.

Sacamos unos Chester de la máquina de la tienda, y los fumamos como galanes de Broadway entrecerrando los ojos y escupiendo algunas motitas de tabaco con la punta de la lengua. Aplastamos las colillas antes de montar en la escalera mecánica, y enseguida

Frontierboy se condujo diestramente hacia la sección juguetes.

Ahora bien, como no era Navidad ni nada por el estilo, lo único que había en la zona era una pareja de argentinos viejos y ricachones comprándole un trencito eléctrico a los nenes. Cuando María nos divisó, se le subió toda la color a los cachetes. No cabía duda que el panizo para Frontier estaba armado. Nos hizo una seña para que nos apartáramos hacia la sección de discos infantiles e hiciéramos la de los giles, como que buscáramos *La Cenicienta* por Mary Poppins, o algo. Yo le eché una mirada a la otra dependiente, que me sonrió cuando se nos cruzaron los ojos. Vaya uno a saber por qué. Porque Dios es grande, supongo. Pero era rubia como una cerveza Budweisser y con una cintura nada de peor y con los dientes grandes. Quiero decir que si uno no la hubiera visto antes, y se la topara en la calle, uno decidiría que la rucia probablemente trabajaba en una tienda de juguetes.

—¿La conoces? —le codeé a Mexican, que ya iba acabando otro Chester.

Alzó la vista de los discos y volvió a bajarlos discretamente.

—July —dijo, tragando saliva.

Empecé a respirar más fuerte.

—¿No habla español, dijiste?

Se encegueció al despedir la bocanada mirando hacia abajo.

—Ni mierda.

Tragué medio litro de saliva, sobándome con desesperación el hueso de atrás de la cabeza. Esta vez no había alternativa: estaba enamorado de July y además era un gran pelota. Bajé una mano al corazón y me lo sobajeé intensamente, falto de aire, sintiendo problemas entre las piernas, y luego me agarré uno a uno los dedos de las manos y les fui apretando los huesitos hasta que sonaban.

—¡Luk! —le advertí a Mexican, haciéndome el interesado en *La ballena que canta*.

María y July venían a pararse delante de nuestras propias narices. Olían bellamente a jabón de pino o algo. Se habían lavado recién y las dos usaban una capa de maquillaje de este volado. A mí lo único que me quedaba era retardar el punto de cocción lo más posible, y sonreír asintiendo, cuestión con la que uno queda como gil o baboso. Pero de repente la pillé; la agarré al vuelo, como quien dice. Justo en el momento que tenía que sonreír, abrir el hocico, y murmurar para que nadie en el mundo me oyese *plis tu mit yu*, se me encendió la phillips, compipa. Adelanté levemente la mandíbula y, sin chús ni mús, la miré seco al fondo de los ojos y al fondo de todas las cosas con fondo, y le fui diciendo todas las cosas en chileno pero sólo con la mirada. Cosas tales como «mijita rica», «amorcito», «ve cómo la quiero, miamor». Algo tiene que haber pasado entonces, porque fue la primera vez en la

historia del mundo que una gringa baja la vista al decir *jau duyudú*.

Era así de rubia, brillosita y cálida. Ese tipo de muchacha que parece que aún viene levantándose del lecho y a uno le dan ganas de meterse en la cama tibia que acaba de dejar y refregar suspirando las narices contra la almohada.

Noches de Mazatlán no lo hacía casi nada de distinto con María. Sólo que ellos hablaban no sé qué cresta, pero con varios silencios entre paréntesis. La rubia no hallaba dónde meterse, así que me *espikió in inglish* de repente.

—¿*Wat yur neim*? —dijo.

—Fernando —contesté sin pestañear y con un vozarrón y una intencionada que quería decir «te necesito desesperadamente».

—Fernando —dijo ella, y me miró a los ojos y después se puso a estudiarse los zapatos.

Ai sed «yes».

—*Mai neim is July* —dijo entonces mirándome un poco más arriba de los ojos, por ahí por la frente.

—*Ai laikit* —le concedí. Y para no parecer inhumano, dibujé una mueca que podía saber a sonrisa llegado el caso.

María se dio vuelta hacia mí y se puso a arreglarme el cuello de la camisa. En mala hora; era el mero chiquero, como decía Frontierboy.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó.

Era lindo sentir las uñas de una damita rozándote el pescuezo. Mexican me advirtió con la mirada que no me precipitase.

—Si no te parece mal —dijo luego—, ¿podríamos ir a un dancing?

Miré a July buscando afectarla en la misma parte en que le había achuntado antes.

—No —dije.

—¿*Wat's rong*?

—Tú dices lo del dancing pero se te olvida, hermano...

—¡Cómo que se me olvida! ¿Qué se me olvida? —Yo me subrayé el brazo con un dedo a ver si le caía la teja. Con la mano pegada al muslo hice el gesto del *money*—. En el dancing tienen funcionando el aire refrigerado y no sirven trago —agregué—. Podríamos...

Casi lloro de gusto cuando se me ocurrió. Esa cuestión que le llaman conciencia me dijo: «Échale pa' delante».

—¿Podríamos...? —me invitó el mexicano.

Le agarré un Chester tratando de que no me temblara la mano.

—Podríamos —dije lentamente—. Ir al Basin Street East a oír a Ella Fitzgerald.

Las chicas se consultaron juntando las frentes, y Mexican comenzó a rascarse el diente del medio.

María sacudió el pelo echándoselo sobre un hombro.

—Tendríamos que cambiarnos de ropa —dijo—. Es un lugar

elegante, ¿sabes?

—Vamos así no más. Es elegante pero oscuro. Tú le dices a July que pida los tragos en inglés y con eso basta.

El mexicano le echó el brazo a la cintura de María y se fue andando un poco adelante. Sólo que el tranco se le había puesto acangrejado. Se le iban quedando las piernas.

—Hermano —me dijo—. Tú sabrás.

—Y Dios también —repliqué.

En cuanto salimos de la tienda, pasé el brazo sobre los hombros de July, y la chica tuvo un gesto así como de quien va a apoyar la cabellera en el pecho de uno, y Nueva York estaba hecho un solo lío, y me gustó el asunto, y me puse a tararear «Downtown», y mis piernas se habían puesto elásticas y bailarinas, y cuando July comenzó a hablarme hasta entendí lo que decía. Es decir, mi cuerpo entendía lo que decía. Yo también chapurreé *sam inglish* disparando los brazos como aspas de molino, y los cuatro tuvimos una caminata extensa y alborotadora, y no dejamos transeúnte sin estrellarlo debidamente.

Estuvimos haciendo hora hasta las ocho dándole al *scotch* en un bar irlandés, y las chicas le habían comprado maní a un ambulante y dejamos la inmundicia de cáscaras adonde echáramos ancla. Finalmente quedó en claro que July sería bailarina, y que andando el tiempo yo podría tocar la trompeta en algún club de jazz provinciano. Ella tenía un tío jugador que en algún momento se había agenciado una fortuna apostando a los *sulkies* de Yonkers, y yo tenía una frustrada inclinación por el juego. Al filo del segundo copetín, empezamos a meter monedas en el Wurlitzer y a acurrucarnos en un rincón sombreado. Yo me puse a decirle lindezas a la rucia y María iba traduciendo, y a veces traducía el mexicano y le agregaba cosas de su propia cosecha, aunque de repente se iba de lengua y se me ponía poético.

A las ocho habíamos agotado el maní en un taxi, y bajábamos la escalera del Basin Street East, con aire de grandes señores. Era la hora del cóctel y en casi todas las mesas había viejitas un poco pechugonas con un declive bárbaro. El mozo nos anduvo calando y nos instaló en una mesa de segunda o tercera clase detrás de una balaustrada.

Al lado teníamos dos negritos silenciosos que de tarde en tarde se echaban un sorbo de whiskey y que eran los únicos en todo el local que no tenían cigarrillos entre los dedos. Pensé que serían cantantes. Nunca fuman y toman los tragos sin hielo. En el estrado, un trío dirigido por un pianista con el pelo grisáceo estaba fantaseando los temas de Cole Porter, a la Liberace, aunque no tan amariconado. July había identificado a un escritor corpulento, con un ojo herido y la calavera repleta de rulos. Dijo que lo había visto en la portada de una revista y que se llamaba Norman Mailer, y que le fallaba. Dijo que una

vez había matado a una mina. Yo le dije al mexicano que le informara a July que yo había leído un libro de un norteamericano que se llamaba Saroyan y que le preguntara si alguna vez había salido en la portada de una revista, y el mexicano dijo que July decía que no, pero que en otra revista había salido una foto de un coreógrafo, Jeffrey, y que a ella le gustaría estudiar baile con él, hasta que al final salió un enano al estrado, y el Liberace ese se metió con sus músicos al baño, y al enano le coronaron la melena plateada con un foco rosa, y dijo que se sentía muy *praud* de presentar a la señorita Ella Fitzgerald, y mientras tanto un trío de blancos comenzó a pizzicatear *Camina derechito* y de repente salió muy emperifollada la señorita Fitzgerald y yo procedí a homenajearme con la mitad del contenido del vaso. July, María y Mexicali Rose aplaudieron no tan discretamente como el resto de los parroquianos, y de ahí en adelante durante media hora la boite se llenó de gorjeos, susurros, montañas rusas, columpios, actos de amor, electricidades, risas que subían como pájaros y reventaban en las botellas, y los amplios pechos de la señorita Fitzgerald fueron consumiendo imperceptiblemente el aire del local hasta que uno no hallaba qué hacer para bombearle un poco de aire a los pulmones, uno no veía cómo ni con qué derecho se existía en el mismo planeta que esa mujer, uno era lo mismo que una silla, que un reloj descompuesto frente a ella, uno era una triste cosa con las mejillas ardientes, y sólo porque Ella existía, existía Frontierboy, y María y July, y mis padres en Santiago, y el escritor con rulos, y el libro que había leído de Saroyan, y el coreógrafo, y los almacenes Macy's, y todas las sangres y los hospicios, y porque ella existía se moría la gente, y había millonarios, y era bueno beber hasta perder la conciencia, y la negra cantaba *Amor en venta*...

Y de pronto todo se redujo a una forma simple. Ella se introdujo al baño ese, subió el enano al estrado, *taim to dans* dijo, y de vuelta el Liberace con el pelo gris y las manos delicadas, y el contrabajista negro, y el baterista yendo chá-chá con las plumillas, y las señoras pechugonas encendieron más cigarros, y los señores chasquearon los dedos pidiendo la cuenta, y después el salón fue despoblándose, y comenzó a llegar la gente para la cena. Saqué los doce dólares, se los extendí al mozo, y esta vez no le pasé el brazo por los hombros a July. Esta vez la apreté de la cintura, dejé caer mi mejilla sobre su cabeza, y salimos a la calle.

Caminamos unas ocho cuadras hasta que pasó lo que tenía que pasar tarde o temprano. Tenía que pasar alguna vez que el mexicano se detuviera a esperarnos y dijera «bueno»...

Saqué el último Chester y estrujé el cartón con mi mano izquierda. Ésa era la ciudad y el final. Había obras formidables en Broadway, bares elegantes para hacer la trasnochada, buses que la gente montaba

para visitar amigos, jazz en el *Village Vanguard*, hoteles elegantes donde hacer el amor, escritores furiosos y divertidos, pintores latinoamericanos becados, marihuana a dólar el cigarrillo, museos, un parque zoológico en Broadway, programas de televisión con Ben Gazzara, bailongos de puertorriqueños, carreras nocturnas en Yonkers, automóviles, había gente.

—Bueno, bueno, bueno —dijo el mexicano.

Yo sonreí hundiéndome las manos en el bolsillo.

Frontierboy se arregló el nudo de la corbata.

—Iré a dejar a María —anunció.

Yo me palpé las moneditas en el bolsillo. A vuelo de elefante habría unos setenta centavos. *Subway* para dos, treinta. *Subway* para uno de vuelta, quince. Haber: veinticinco centavos.

—Perfecto —dije—. Perfectamente.

July me tenía tomado de la cintura.

—*Ji'l teik ker of yu* —le dijo María.

Bajaron la escalera del subterráneo, y nos dejaron allí como dos buzones más en la calle, como dos carteles de propaganda. Como dos grifos de mierda nos dejaron.

—*Well* —dije.

Saqué las monedas y las examiné a la luz del farol. Ochenta centavitos secos. El excedente podría invertirlo en café. En dos cafés parados en el mesón de una fuente de soda.

—¿*Want cófi*? —le pregunté.

La chica me miró a los ojos. Levantó suavemente sus hombros.

Le di una vuelta a mi cabeza a ver si había algo más que pudiera ofrecerle. En Santiago de Chile hubiera sido más simple. Habría dicho «Vamos a mi departamento» y la chica hubiera dicho «No, llévame a casa». Pero aquí uno tenía que ser derrotado en inglés y todo. Carecía hasta de fichas para hacer la jugada mínima.

—¿*Mai joum?* —dije, señalando ridículamente hacia el río Hudson.

La muchacha se puso a mirarse los zapatos.

—¿*Mai joum*? —insistí, aleteando desesperadamente los codos, con la boca seca. La jeta me temblaba. No soplaba viento ni para arrastrar un envoltorio de caramelo.

Necesitaba con urgencia que alguien me sacara de esta película en que me había metido. Que me cambalacheara el decorado. Que pusiera un ángel consueta que me soplara versos de Shakespeare en el oído. Tragué saliva.

—Vamos —dijo la muchacha. Así en español lo dijo.

La carreta en el expreso subterráneo la gasté memorizando las frases de los carteles de propaganda. Menos mal que me quedaban algunos maníes sueltos en el bolsillo de la chaqueta, y pude ofrecérselos. Los mordisqueamos con la punta de los dientes, a ver si duraban una

estación cada uno. Al segundo maní, yo inauguré eso de quitarle la cascarilla roja, y sacudírsela de los dedos interminablemente. Y después del último poroto, empecé a morder las cáscaras. Íbamos sentados en las butacas de mimbre, en el centro del carro, y a nadie le importábamos. Yo me puse a tararear «Downtown», y la chica sacó un pañuelo de la cartera y me pidió con gestos que ayudara a atárselo. Entonces me sonrió como en una cagona película romántica con Gregory Peck y Audrey Hepburn. Y no era que la escena fuera podrida de mala ni nada de eso, sino que se suponía que yo debía decir algo tan tremendo al estilo de *ai lav yu madli*, y la joda era que no me hallaba en personaje. Por lo demás hacía rato que venía sospechando que esto no era un musical en technicolor que terminaría con Doris Day embarazada en una casa del suburbio, un trabajo de mil mensuales, e hijos rubios con ojos azules, sino más bien una de esas modernas italianas donde todo termina en la misma mierda, y los giles se van por una callejuela de piedras, en un día nublado, fumando un puchito y muertos de frío.

Una sola ventaja tenía nuestro departamento comparado con los del vecindario. No olía tanto a orina ni lavaplatos, como a pintura o diluyente de las estructuras que trabajaba el mexicano. Le había dado por hacer cajas coloreadas, que algún día se las compraría el agente del Museo de Arte Moderno o alguna millonaria filántropa. Yo me movía como murciélago en la oscuridad, y antes de dar vuelta la ampolleta arrojé mi poncho mapuchino sobre las sábanas grises. En una película el galán habría tirado delicadamente de una lamparilla china con luz indirecta, y habría sacado cubos de hielo y una botella del santo. Para amenizar mis nervios, me puse a silbar «Downtown». Prendí no más la luz, qué iba a hacerle.

La chica parpadeó frente a la desprovista ampolleta, y la vi rosada y limpia. Sonreí como pidiéndole perdón por mis estúpidas manos hundidas en los bolsillos. Y después me sentí celoso del mexicano, porque se acercó a sus cajones y dijo *biutiful*. Mi única gracia era la trompeta de bronce arriba de la cama, pero cualquier milico de pacotilla podía soplarla mejor que yo. Además estaba poniéndose de moda la banda de Herb Alpert, y no había adolescente que no supiera distinguir entre un rebuzno cualquiera y la música. Por un momento llegué a pensar que había venido porque estaba borracha como un cochero irlandés.

Me senté en la cama, apoyando la cabeza en la muralla. Ella se despojó del pañuelo y vino a ubicarse a mi lado. Le pasé el brazo por los hombros y me puse a mirar la pared. Sentí las piernas temblorosas y los labios partidos. Comencé a transpirar como un pollo en la horqueta.

Entonces le acerqué la boca a su mejilla, y luego la pasé sobre sus

labios, y palpé con la lengua el gusto de su piel transpirada. Advertí que la chica suavemente me iba llevando una mano a la cadera y que extendía su lengua tibia entre los labios y lamía mi lóbulo izquierdo y luego la sien, y después iba cruzándome la cara a lengüetazos y bajaba a lamerme los pelillos del pecho mientras mi mano se mojaba entre sus muslos calientes.

—*Weit* —dijo, en un susurro. Tiró de los calzones y el corpiño, y arrodillándose sobre el poncho acercó sus senos pequeños a mis labios. Cuando yo me incliné a besárselos, a hundir mis narices en la tibia cavidad que dejaban, ella comenzó a besarme el pelo y la frente.

Lentamente me fue cayendo la chaucha. Era fantástico. Estábamos lamiéndonos uno al otro.

—*Ai felt sou lounly* —dijo July, yendo por mi espalda desnuda con la boca llena de saliva. Yo estaba con los ojos entrecerrados buscándole el vientre para besárselo. La enredé de la cintura, y quedamos con las caras sobre las almohadas mirándonos.

—Entendí lo que dijiste —le dije, apretándole la nuca—. Dijiste que te sentías sola. ¿Me entiendes?

Asintió con las pestañas y una sonrisa. Tierna, pero caliente también.

—Ahora estás conmigo —le dije, acentuándome el pecho con la barbilla. Le tomé los senos y puse mi rodilla entre sus piernas—. ¿Me entiendes?

—Sí —contestó.

—Puedes quedarte aquí toda la noche.

—Sí.

Empujé lentamente mi miembro entre sus muslos, y la penetré. Estaba todo bien: el olor del diluyente, las cajas de Frontier, la aspereza del poncho.

Ahí sí que hicimos el amor. Primero moviéndonos casi imperceptibles, como intercambiándonos regalos de Navidad, recuerdos, ella con la lengua jadeando despacito, yo mudo.

Luego tiré del cordón de la lámpara, y nos acariciamos hasta dormirnos. Antes aprendí mucho de su espalda, y de sus muslos, y del suave vértigo de la curva de su trasero. Ella había palpado con insistencia mis piernas. Y mi mandíbula.

Cuando desperté, la luz había traspasado las hojas de los periódicos que cubrían el único ventanal. Estaba todo en la pieza en un desorden que no me era ajeno. La trompeta a un costado de la almohada, las cajas del mexicano derramadas en el piso, la mano de July fláccida sobre mi cadera. Me erguí en silencio, y me puse sonriendo los pantalones. Del bolsillo perro extraje el dólar de plata, y me jugué el destino a un cara y sello. Separé las palmas y estudié la moneda casi sin darle importancia al resultado. Peinándome las mechas contra el

ventanal, humedecí mis labios resecos con la lengua. Luego abroché los botones de la camisa y salí a la calle.

Compré un cartón de leche, un pan francés al que le mordí la punta, y dos cartuchos de té. El vuelto lo invertí en un plástico con mermelada de durazno. Sería un día más caluroso que ayer: hasta los pájaros parecían atontados.

July despertó cuando tropecé en la puerta. Me miró mirarla y se cubrió con el poncho hasta las cejas. Yo fui a la cocinilla y puse a hervir la leche contemplando la llama. Enjuagué meticulosamente las dos únicas tazas, y unté con mermelada las rebanadas de pan, en silencio. Aunque no estuviera mirando, podía sentir cómo July se iba poniendo cada una de sus prendas.

Nos sentamos en el lecho, y saboreamos la leche caliente y dulce, sin hablarnos. Luego July tomó su bolso, se acomodó el cabello sobre su frente, abriéndoselo levemente con los dedos, y carraspeó antes de hablar.

—*Work* —dijo.

Me levanté a abrirle la puerta.

—Tu casa —le dije.

E indiqué los muros resquebrajados por la humedad.

La miré alejarse hacia la bajada del subterráneo, y enseguida me senté sobre el escaño a mirar los edificios del frente. En la mano aún me quedaba un cacho de pan francés, y la abundante mermelada se le iba chorreando por las márgenes. Me eché el trozo a la boca, y me quedé todo el rato masticándolo, hasta sentirlo cruzarme la garganta y depositarse en el fondo de mi estómago.

Basketball

a Loreto Herman

El tango me venía de un tío incierto que asediaba los jueves en la casa cuando caía algún dinero y a los tallarines a la yugoslava se agregaba carne mechada, suavemente fibrosa, y ciruelas y queso.

En los malones me hacía orillero; tenía afable comercio con los empapelados de los rincones; era un poco Nat King Cole en mi modo de aterciopelar la voz para hablar con las muchachas, y consuetudinario comedor de queques.

El entrenador del equipo del colegio me había dado calabazas. Aunque mi puntería era fiera, aunque fuese capaz de encestar desde fuera de la bomba con la misma nitidez con que una paloma va a posarse sobre el alero de la iglesia, o con el mismo chasquido suavecito con que uno se pone los calcetines de lana, me jodía el prestigio esa cosa de actor de cine, ese afán de complacer mi vanidad sin tregua, de acordarme de un *dribling* de fantasía cuando faltaban tres minutos e íbamos perdiendo. El entrenador había notado mis ojeras, y me palpaba el hígado, y me decía te duele aquí, parece que estás enfermo. Cuando me sorprendió una noche chupando cerveza con los colizones del Bier Hall, tramó una entrevista con mis padres. Pero mi viejo estaba trabajando firme en el partido, los pacos le habían molido un cacho de cabeza, y andaba con un tajo de este vuelo. Así que no hizo su epifanía, y hasta yo mismo comencé a acostumbrarme a hacer de la cimarra una fiesta. Pero nada muy alegre compañero, puro darle vueltas y vueltas por el centro, puro meterme a las diez de la mañana con un membrillo y un pan con mantequilla a Radar o Rolec a oír discos de Gatica, y los primeros temas de Ray Charles, que eran el acabóse. Claro que el viejo de gimnasia entró en componendas con el profesor jefe, que nos enseñaba la filosofía, y que me tenía entre ojo y ojo porque yo me había leído a Kafka y usaba el pelo un poco demasiado largo y todo eso. Cuando me cachó colocando un afiche de Fidel en el diario mural del colegio, llevó el caso al Consejo de la Escuela, de donde salí eximido con honores.

La música que se oía entonces era la de unos negros calugas, los Platters que le llamaban, Giolito tenía un trío más desabrido que un domingo sin fútbol, y el club de jazz quedaba en Merced, cerca del Teatro Santiago, y ahí tenía yo mi oxígeno y mi sangre, aunque nunca una muchacha; allí las chicas tenían esos vestidos de talle largo que le

ponían la cintura lijadita y cualquiera aspereza se la limaban las manos encolleradas de los pitucos que tenían billullo para meterle al gin con gin, a las primeras partidas de marihuana, y sobre todo, a esa cosa tan inaccesible, tan remota, tan próxima a la dicha imposible, que se llamaba motoneta.

Conclusión, que mi amigo Jaime que primero soplaba a Brahms valiéndose de un ensordecedor pito fabricado con sus nudillos se había agenciado un clarinete, o tal vez la pura boquilla, y que si uno le ponía buena voluntad a la oreja, podía identificar como «Basin Street» la bazofia que sonaba, y que yo me hinché de tanto darle a las cacerolas, y visto que como vocalista no iba a ningún lado, porque el chico Calvo me había prestado el longplay de Billy Eckstine, comprendí que no había nada más que hacerle, paciencia. Entonces me enamoré perdidamente de una muchacha de Quinta Normal, muy espiritual la chica, como que no quería nada con la cama, tuve una iluminación patafísica (perdónenme), de lo que era el *je ne sais quoi* del basketball, y descubrí que amaba el pellejo más que cualquier cosa en esta galaxia. No me quedaba otra cosa que ser escritor, qué crestas. Así que me puse la bufanda larga de mi abuelo, rompí definitivamente las relaciones con la peluquería, y convencí a Jaime que nos inscribiéramos en el Deportivo Flecha de la calle General Velásquez.

Ahí nos agarró un chico inspirado del que se han perdido la mitad de la vida si no oyeron hablar de él, se llamaba Jaramillo el carajo. Cuando me vio la corpada y estudió mis manos, me dijo: «Te meto de centrodelantero». Y en efecto, yo podía maromear con la bola en la mano derecha delante de los más pintados defensas dejando el cuerito en un equilibrio incólume. Me pusieron de rivales al Tito Salazar, al tenor Yancoli, por último al Flaco Alcayaga, y nada mi alma, los mareaba con el olor del cuero. Apretada a mis falanges la pelota era tan dócil como un pulmón, me latía entregada hecha una gata, las fibras duras al tacto se me hacían entre los dedos un plumaje; yo no hacía nada, la mano mandaba, me torcía el dorso, me contraía el esfínter, las piernas se me apretaban y soltaban como si yo apenas fuera una sombra; en cualquier momento estaba libre de rivales y salía disparando mi pájaro, mi alondra, mi palomita de mierda, a embocarse suavemente en el canasto. Durante los entrenamientos yo podría haber escrito una novela, lo único malo era que Erika le tenía reticencia a la cama, mezquineaba el roce de los senos como si fuera una vaquillona hindú sagrada y todo eso, y yo no tenía vocabulario, una pura peste inflada de silencio, pura sinopsis, y no debutaba formalmente en el lecho, y como siguieran las cosas así hasta maricón podía ponerme.

Segunda parte, que el Flecha salió suavecito quinto en el campeonato de los barrios. Nos pisaron los de Matadero, los del

Gustavo Helfmann, los Cerrillos Boys, los Metalúrgicos, y el Seleccionado del Recorrido 4 Alameda General Velásquez.

Vencimos por W. O. a Tropezón, y ganamos al Liceo Nocturno Número Doce, y al Deportivo Socialista. Si esto no les dice nada, sepan que en los últimos dos años el Flecha había sido colista irremisible. Yo goleaba lo que me pidieran, pero era en la defensa donde quedaba la escoba, y todo porque seguía con buen ángulo para la cerveza: prosperaban mis ojeras, empezaba a joderme la moral haber espiantado del colegio sin advertírselo al viejo, y no tenía fuelle para ir a cubrir mi zona. Pero desde la mitad de la cancha para adelante era una de las cosas más definitivas que se han visto en basketball. Jaime, que era el único que conocía mis intimidades, me llamaba para callado «la virgen del baloncesto». Y lo que más envidia me daba era que se había tragado un libro de Freud para un trabajo de psicología y me trataba como un psicópata o algo.

Me dijo que yo estaba sublimándome, dense cuenta.

Y a lo mejor era cierto, porque a los diez minutos de partido empezaba a sentir problemas con los pantaloncillos tan estrechos. Entonces tenía que ponerme de espaldas a la gradería, o pedir en lo mejor del ataque un minuto para cubrirme el medio de las piernas con la pelota, qué iba a hacerle. Y un día hasta pasó lo que ustedes están pensando.

Ahora bien, lo que suele haber en los inviernos de Santiago son los naranjos, la leche cuneteada en la vereda que arrastra cáscaras y papeles entre otras cosas.

Al grano: ese domingo de invierno tuvo para mí introducción de ángel. Me desperté medio místico, casi lúcido, y cuando limpié la cacerola el incinerador olía a espíritu santo, a paloma por lo menos, y eso que no había ni atisbo de sol, puras nubes apretadas, como un tren de carga, y la pura verdad que en cuanto salí a la calle estaba hecho o algo por el estilo. Lo grave era que la noche anterior la había cocinado con pura panimávida, escuchando esas cuestiones de Mozart donde siempre es la misma vaina, para-pa-rá-chipún-chipún, y leyendo un Zane Grey somnoliento que entendía maldita la cosa. Así que a la media hora ya estaba buenas noches los pastores. Después de vestirme y agarrar el balón, como quien dice, pasé por delante de una iglesia donde había dos cabros sacándose la cresta. En la fuente de soda de la esquina, el patrón venía sacándome a un borrachito, y en la frontera del sábado con la madrugada del domingo yo era la mismísima imagen del niñito Jesús de Praga en medio del burdel que había dentro del boliche. Mientras marcaba el número de teléfono de Erika, se me colgó una putita del paletó con mucha labia. Me hice lo más gil que pude, y le pregunté qué quieres servirte, un vaso de leche o algo. Y lo que quería era un vaso de leche, así que se fue a tomarlo al

mesón haciéndome morisquetas. Yo llamé a Erika, que se demoró en llegar porque estaba amadrinando una gallina según me dijo más tarde, y yo le dije que nos juntáramos en la cancha, que era cosa de vida o muerte. Debo haber sonado tremendo porque no me preguntó si estaba borracho ni nada. Después tuve problemas con un pelusa que quería birlarme el reglamentario de arriba de un taburete y pretendía hacerlo rodar por las baldosas.

Me descolgué de la micro en la Estación Central, y la corrí hasta la cancha del Flecha dándole botes a la pelota como si tuviera la mano imantada. Aunque a lo mejor fue un sueño que yo tuve mientras iba corriendo. Si hubiera sido un sueño, se trataba de lo siguiente: iba corriendo dándole botes a una pelota por calles desiertas, y yo no respiraba ni nada por el estilo, acaso ni corría siquiera; pero el cuero de la bola sudaba dócilmente, y se me replegaba en la piel como una bestia, y se me comprimía en la mano, y me lamía los dedos; era lo mismo que palpar una flor germinando, y al pase en el aire se desgranaba, pero de alguna manera al volver a mi mano se hacía otra vez compacta. Y de repente toda la calle fue una sola convulsión, la pelota se iba chupando la acera, empezaba a desentrañar lo que había más abajo de todo límite, sólo el ritmo era seguro y nada más permanecía, era como los discos de Coltrane con Elvin Jones, Coltrane estaba en cualquier parte, traficaba con el caos, llevaba las cosas hasta achicharrarlas, masacraba todo orden, Jones apretaba la expansión, Jones era un gran carajo, Jones era una dama, tantas noches de luna, tanta marea y repujo, tanta cuota de sangre.

En los camarines hallé el cemento húmedo y por las rendijas de la puerta se trasladaban las hormigas, circulaban por las grietas y en la penumbra se balanceaba una telaraña. Alguien había regado el piso de cáscaras de manzanas, pero además alguien había metido todo ese silencio en la mañana para que nadie supiera qué hacer con las manos, y yo olvidé el rostro de mi madre, mi primera casa, la primera soledad en bloque derrotado sobre los rieles del ferrocarril de San Antonio a Cartagena un verano.

Me calcé las zapatillas, la camiseta naranja con el quince negro bordado pequeño en el pecho y grande en el lomo y caminé sin prisa hasta el medio de la cancha. Antes que coordinara los antebrazos y rozase con los pulgares el borde de las cejas, antes que pudiera oler profundamente toda la redondez de la bola, supe que acertaría en el canasto aunque no mirara. De modo que me senté sobre la pelota, y me quedé todo el rato en el círculo mirándome las rodillas.

Cuando Erika me sorprendió, por el hombro sentí una especie de incendio. Junté mis pobres llamas, mis huesos pueblerinos, puse el verdadero límite que había entre mis dos orejas, y fui pujando las palabras, aunque estuviera tan mudo, tan certeramente de incógnito

en el planeta, con los codos agudos y las falanges flexibles. Iba a empujar a Erika sobre el tronco del borde izquierdo hasta que sus muslos se le reventaran con mi rodilla, hasta que tuviera que pedírmelo en nombre del santo padre, de todos los testigos de Jehová, de cuanto bueno y falso profeta ha habitado la galaxia. Yo que no quería morir era capaz de brindar la muerte. Como si se me hubiera agigantado la mano y pudiera romper entre la palma un cuello o una pelota, triturar una yugular o masacrarme la cabeza contra el poste bajo el cesto.

—¿Qué te pasa? —preguntó, con los ojos así de abiertos como si alguien se los estuviera tirando. Por arriba de la mata de pelo castaño, del severo moño de liceana burra, el sol ya la estaba haciendo una especie de arcángel. El resto de la luz existía para puro joderme los ojos. Me levanté, y allí debió haber terminado el sueño: otra vez respiraba, pero pam-pam-pam, como a patadas. Ni siquiera se me ocurrió sacar la camiseta para cubrir las entrepiernas. Si venía en serio a besarme (lo vislumbraba en el modo de mitigar los párpados), si ponía carne con carne el labio y mi hocico, se acababa para ella la fiesta. Se acababa el nombre de su padre, esa guitarrita de los canutos que tanto le gustaba oír en la Quinta con señor voy a tu reino, y carecía de importancia que fuera Erika, la princesa del barrio Quinta con los pechos duros y los muslos calientes, podría haber sido Olga la de Manuel Montt primera cuadra, que se aterciopelaba tanto con los discos de los Cuatro Ases y te hacía sentir sus caderas como un vaivén de tu propio vientre, o Angélica, que siempre era demasiado pálida para hacer el definitivo holocausto, o la pequeña Gloria, que se encerraba a llorar amores perdidos que jamás tuvo en los wateres de los anfitriones durante las fiestas de quinto año.

Le agarré el beso en el vuelo, allí le hice la primera trampa con el diente, sin darle tiempo a respirar, y luego le fui empujando el beso para metérselo a la garganta, para sembrárselo en cualquier parte de la carne donde se le levantara la mano haciéndose uña en las costillas del amante. «Estoy enamorado», le dije.

—¿Qué se siente?

Me permitió que mascara el pelo encima de su oreja. Con el sol se caía todo el follaje, se precipitaba un pájaro, me dolía el cuello equilibrándome, los hoyos de las narices agolpados de cabello. Y su boca estaba húmeda, y mis labios perfectamente secos, hechos una sola grieta, un jeta de aserrín, de muñeco, me daba miedo dañarla con el roce, pero la humedad de las encías me los iba poniendo fértiles, tenía todas las palabras necesarias para embolinarla, en cualquier momento comenzaría a levitar, con la sangre tirando hacia las mechas era como si todo el cielo fuera una fiebre imantada, pero las palabras me hinchaban el cuello y el diafragma, le faltaba algo que las

ordenara, alguien que presionara mi hocico para irlas modulando. Podía replicar «una dulzura inmensa», «una masacre», «una rabia».

Agárrame las costillas, decía mi jadeo, suelta mi pantaloncillo con tus uñas, muerde ahora la camiseta, pon tu lengua debajo de mi hombro, vamos más allá de toda garganta, más allá de las cejas, de las rodillas, de esta asfixia, Erika, de este espacio que se verá combado tras tus ancas hecho una gran cama, una alfombra de aire, tú y yo haremos época, levitaremos empujados por la resolana y todo sucederá en el aire, estrellándonos contra las aves, aplastando en su territorio los mismos insectos, como abejas, como perros, como ángeles. Pero Erika quería que yo estuviera muerto, no iba a permitir más tratativas que pasteles e invitaciones al cine, que bailoteos los sábados por la tarde y Roberto Inglés con un solo dedo y los Cuatro Ases de mierda, y que yo sucumbiese simplemente, con las manos calientes, con mi penacho alzado, con mi cuello doblado hecho un río sin fundamento, una pura corriente pueblerina para meter las patas, ultrajarla con la piel suavemente callosa, delicadas protuberancias de hembra, y luego salirse gritando, secarse con la toalla, subirle el volumen a la radio, masticar un sándwich, comprar cigarros Liberty, conversar con el hermano menor, poner en orden el pliegue de la falda... ¡Si me hubiera preguntado otra vez qué se siente!

Y de pronto, sólida, compactamente las cabezas se nos estrellaron contra el árbol. Si ella no gritaba era porque yo le tapaba la lengua con mi boca, y las vetas del árbol le soltaron ese chorro en la mejilla, y eran las hormigas las que me andaban por encima del cuello y se me insertaban en la oreja, y qué querían sus manos, pulverizarme el hígado, transparentar los pulmones, poner en crisis esas duras venas, casi quebradas, casi sudorosas, o yo la estaba tratando y su cara era violeta y era amarilla y era rosácea, y había un modo en que el asfalto hablaba, un estilo de decir el sol, un modo de reventarse los árboles sin que se les moviera un pelo, de pie, transpirando, y yo le solté los labios, yo le metí la mano por la cintura para que ella viviera, para que sumisamente doblegara sus lomos y sus senos al sol, pero no quería su libertad, iba como a vomitarla sobre mi hombro, le iba a salir otra sangre por los ojos, se iba a derramar moquillenta por las narices, las orejas se le iban a caer en pedazos cubierta de hormigas (ibas a morirte Erika como una flor estúpida, como un ombligo incólume), y yo llevé mis manos contra su nuca, y me pateaba entre las piernas, se armó de dientes, se armó de saliva, tenía los senos duros como coscachos, coces y yo zurré su cabeza contra el tronco, como en defensa propia, en última agonía le fui metiendo las uñas por el pelo, machucándole la frente, y su sudor fue cubriendo la aspereza de la madera, se le desgarraba la nariz, iban a reventársele los labios, y entonces la dejé ir, estaba demasiado lloroso para seguir viviendo,

en medio de las piernas los dolores eran alaridos, como si ella hubiese hecho el gesto final, implantando el más feroz de los colofones me ponía la lengua en el cemento, ella quería que yo fornicara con los ásperos granulillos del concreto, con el pulverizado de goma de las zapatillas, con los dientes partidos contra una boca estéril, ella quería verme llorando, quería seguir su oferta al sol, su propio llanto, su pómulo rasgado, su pelo negro húmedo, los bordes de sus senos mojados, mordidos, degradados, ella quería irse, se iba, y yo era un final perfecto, casi un marica, virgen definitivo, ausente, el polvo podrido en las narices, esa triste dureza inútil allá abajo.

Entonces Erika debió haberse ido, y yo tal vez tendría las yemas de los dedos sobando mis cejas, o las uñas en la boca para que no me vieran llorando, o Erika estaba allí y el sol se anegaba entre pestaña y pestaña y el llanto me hervía hasta enceguecerme. Por debajo del cemento sentía venir una sombra, un alero que apenas empezaba a mojarme los tobillos, una lenta cortina, como un final de acto de una muy mala obra donde los protagonistas permanecen estáticos buscando en la inanidad el drama, como si la piedra, el ojo crispado, contuvieran una acción que más valdría que no llegara a ninguna parte, como van a cerrar la pieza con la muerte de este servidor que le habla, y ustedes van a salir al foyer a fumarse un cigarrillo.

Ésa era mi sombra, especialmente dedicada para irme helando las piernas, cubriendo los pelillos rizados, sin prisa, y mi vientre después de todo se replegaba aunque el sol me lo estuviese buscando, como a cuchillada supongo, como si mi vientre no fuera la sinfonía inconclusa ni esa riña fuera un último tango o una canción pasada de moda, o un asesinato en cualquier acequia. Puta madre, empecé a saborear la piedra: a rozar dulcemente mi nariz contra la capa de polvo que se iba abriendo con un diseño simple e indescifrable. Encima del bozo, las lágrimas sabían formidables. Las fui trayendo con la punta de la lengua sobre la capa de dientes, empecé a rasparme las encías con las uñas, a palparme los pómulos, y los sentía todos calientes, recién florecidos, ridículos, mofletudos, cómicos. Y mi sexo también era divertido, tan acurrucado, mosquita muerta, un pobre pedazo hipocondríaco que había fallado en su mejor acto, delante de todo el escenario de mis fantasmas, delante de Samuel Bennet por ejemplo, delante de Holden Caulfield, de Chet Baker, de Jerry Mulligan, de Coltrane, de João y la Astrud Gilberto, de Dorival Caymmi, de Julio Sosa, delante de mis abuelos recios de grupas, delante de tantas conversaciones enfermas en boites penumbrosas, calugonas, de tantos senos intuidos y nunca acariciados, delante de mis amigos triunfadores, Golden siete en Biología y a Medicina, Carvallo 7 en Matemáticas y a Arquitectura, Villanueva 7 en Gimnasia y a la Primera de la U de Chile, delante de todos los padres que nos

sorprendieron un poco más adentro del beso en sofás destartalados de todas esas calles empedradas de Santiago, de las vergonzosas noches yertas, imbéciles, con la revista en la mano y las baldosas manchadas, y entonces yo me fui replegando, acurrucando sobre un centro del que carecía, huyéndole al lengüetazo de la sombra, y de la misma mueca del llanto fui afilando lentamente la sonrisa, fui cerrando los ojos, fui durmiéndome, las rodillas contra el pecho, animal, definitivo, una fiera más en el planeta, como ese árbol, ese pasto seco.

Desperté cuando el asfalto estaba blanco. La sombra había pasado sobre mi lomo para ir a derramarse contra la pila de ladrillos detrás del arbusto. Tuve necesidad de beber agua, pero mis piernas se me agarrotaban, impidiendo que me moviera. Fui trasladándolas lentamente, ofrecido al sol, hasta que cedió la piel debajo de las rodillas. Entonces traté de levantarme apoyando la cadera contra el suelo, y luego la mano, y enseguida torcí el dorso, y ahí fue donde me sorprendió toda la marejada de luz y hube de doblar el cuello sobre la camiseta. Arrodillado, me pasé concienzudamente la lengua sobre los labios, eché escupito sobre las manos y me mojé un poco la frente y los pómulos y los ojos. Casi a hurtadillas ladeé la mirada para agarrar al sol recto sobre mi cabeza. A tropezones, con la vista gacha, la luz patinándome por los hombros como una lluvia persistente, fui a recoger en el centro de la cancha la bola.

El tacto del cuero me dio alivio. Se le había concentrado todo el sol, se le asomaba un cototo cerca de la válvula, y me costó agarrarla y envolverla completamente entre las falanges tensas. Entonces busqué el aro, la grave estructura de la malla inviolada en el espacio, sin viento, sin música, ni pájaros, ni espectadores, ni ruido de follaje, ni música desde las casas próximas. Neciamente presentí que yo no podía corromper ese silencio. Cuando se rozaron los faldones de mis pantaloncillos, torcí el cuello temeroso de que alguien viniera a censurarme. Casi sin notarlo, fui poniéndome en cuclillas y sin darle bote a la bola como era mi costumbre, los brazos se fueron atrás, dulcemente se replegaron como quien recoge peces en el océano, entre las rocas una varazón de sardinas, y todo el aire agrietado en el sol se estremece con lo que chorrea la estela. Y yo me fui elevando con el gesto, supe que mis tobillos despegaban de la cancha armónicamente pero definitivos, y mis manos quedaron suspendidas en el espacio y los ojos bailaron el círculo al aro.

La bola coleteaba dentro de la malla.

Olvidé cómo sonó al retornar al asfalto, no sé si cayó alguna vez o si estuvo todo el tiempo amarrada a la red hasta que se jugó el partido contra Ferroviarios, o si rebotó violentamente y fue a estrellarse contra las graderías, o si reventando en el aire la llanta fue pulverizándose en la caída.

Moví toda mi triste insolación hacia los camarines. Fui escupiendo entre dientes mientras orillaba el silencio de las franjas, con los dedos entrelazados encima de las caderas, en la parte de la piel que confina con el anca, que la llamaba el Bachiller Tudanca. Y entonces sentí un necio deseo de ponerme una camisa negra, corbata con adorno de peces y aves multicolores, un traje bien acafiolado, e ir a ver una cabra de Bellas Artes con taller y todo en Dardignac y Pío Nono. Y después comprar entradas al cine y meterme a ver la reposición de *Champagne para César* con Ronald Colman, o *Las nieves de Kilimanjaro*, que era de Hemingway y todo eso. Y después ir a jugar ping-pong en la sede del partido y hablarles demencialmente de Fidel a los de la Base del Pedagógico que tenían tanta labia los gallos. Y después ir al Bier Hall a escuchar a Tito Cambell cantando eso de no puedo darte más que amor, nena, eso es todo lo que te puedo dar, beber cerveza *jusque à tomber*, que le dicen los franceses.

Así que, como tenía un panorama por la tarde, hasta me anduvo cayendo como las reverendas ver a Erika sentada sobre el escaño, enredándose todo el pelo suelto en la punta de los dedos. Yo traté de ponerme paquete, y echar un poco para arriba la ceja, y sacudirme con el dorso la porquería que me iba saliendo de las narices, porque no se estila andar tan cuma delante de una muchacha, por muy virgen que uno sea y etcétera.

Pero me pasó lo increíble, gancho. Además de colorado, de pelota, de toda esa capa estival que fue solita haciéndome contacto con todo el cuerpo, inclusive aquello, de todos los tangos de Mores, Sosa y Rivero que podría haber cantado admirablemente en ese mismo segundo, así se decidiera a salirme aire por los pulmones, además de todo eso, me puse tan profundamente triste, tan avergonzado, con las manos cruzadas sobre los pantaloncillos, que la miré a los ojos y le sonreí, como si alguno de esos huevones de Hollywood estuviera filmándonos para el cinemascope. Pero la verdad es que ni ella ni yo dábamos más que para un rotativo de barrio, ni siquiera para hora veinte minutos de rollo, acaso a lo más para una sinopsis entre medio de una de John Wayne con Robert Mitchum y una de Mel Ferrer con Audrey Hepburn, no dábamos ni para una calcomanía, ni para una nota al margen de una novela; si Dios hubiese existido y fuera un novelista, o un guionista de una película que tiene en la cabeza y que no se la cuenta a los actores, como Antonioni por ejemplo, habría aprovechado ese momento para echarse una siesta o fumar un cigarrillo o llamar por teléfono a un amigo del alma para decirle esas cosas ridículas que hablamos con los amigos del alma. Quiero decir... que si algún día pasan esta película en el cielo, y ustedes logran verla, aunque Dios que está en todas partes (como dicen los que lo han visto) hubiese captado de pura buena gente este pedazo, el tipo que le hace

en el laboratorio el montaje habría cortado los pedacitos de nuestra escena y se los habría regalado a los niños que necesitan un trozo de celuloide para mirar los eclipses.

Me llamó por mi nombre soltándose el pelo.

Hasta una brisita surgió en ese momento llenándole de polvo las pestañas. Ahora que lo pienso sólo faltaban los violines de Mantovani o algo por el estilo supongo.

—¿En serio? —me dijo.

Eché los hombros para adelante y arrugué fuertemente las cejas.

—¿En serio qué?

—Lo que dijiste antes.

Yo tenía mi hocico agrietado y sus labios estaban húmedos. Era como el retorno a la prehistoria de nuestra vida.

—¿Qué te dije?

—Lo que me dijiste allá en la cancha.

—¿Cuándo?

—Bueno, cuando... me besaste.

Yo quise decirle que no la había besado... Yo quise decirle que todo había sido apenas un intento de asesinato.

—No me acuerdo —gruñí, reojeándole el escote.

—Entonces no era cierto.

Me puse ciertamente furioso. No me importó levantar las manos del pantaloncillo ni nada de eso, ni que el pajarillo saliera volando si era preciso. Yo necesitaba la palma de una mano abierta, y también la otra para agarrotarla y descargar sobre la primera un puñetazo.

—¡Era cierto, cresta! ¡Era muy cierto Erika García!

—¿Qué era cierto?

—¿Cómo que qué era cierto? ¡Lo que te dije allá en la cancha!

Y como si todo lo que existiera en la galaxia fuera un vals o un tango orquestado por Mores, o Piazzolla o la típica de D'Arienzo, o un foxtrot de 1920, la agarré de la cintura y la fui metiendo a los camarines, lo juro por mi madre.

No sé con cuál mano estiré la colchoneta, ni con qué dolor de ella la penetré, ni cómo se fue trizando en mí el ángel ni hasta dónde se desgarraron mis costillas cuando ingresó en mí todo ese olor, y apareció esa fuerte humedad entre sus muslos, ni recuerdo los besos, el signo del zodíaco, la fase lunar, el ángulo del sol sobre la muralla.

Seguro que pasó su media hora antes que ella se bajara la falda, metiese en orden la maraña encima de las orejas, y cubriese finalmente con las yemas el charquicán de pintura negra que le ojereaba alrededor de los párpados. En ese mismo momento sentí una enorme compulsión por ponerme los pantalones y echar la camisa encima de la gloriosa del Flecha.

—¿Qué hacemos? —preguntó Erika.

Se estaba sacudiendo la falda y siguió muy amorosa de mirada y con la voz ronquita, a lo Greta Garbo, como quien dice.

—¿Cómo que qué hacemos?

—¿Qué hacemos ahora?

Busqué en todo el camarín la respuesta. En seguida me tiré encima la campera.

—No sé. Yo tengo hambre.

Erika hizo esos movimientos con que las jóvenes damas se ajustan lo que tienen en el pecho.

—Yo también —dijo.

Me rasqué el estómago, contentísimo.

—A decir verdad, yo tengo mucha hambre. Debe ser la hora de almuerzo.

—Vamos a almorzar a mi casa.

Me di un tiempo para rascarme la nariz y otro para quedarla mirando.

—¿Qué hay?

—¿Como que qué hay?

—¿Qué hay para comer?

Terminó de maniobrar una cinta que le puso en redil el resto de las mechas. Con la punta de los dedos le hice volar un trozo de periódico de encima de la sien derecha.

—Pollo.

—¿Pollo con qué?

—Con puré y ensalada.

—Está bien —dije—. Vamos.

Agarré la pelota y caminamos hacia la puerta de salida. Casi al salir, le hice dar la vuelta tomándola del codo.

—Espérate un poco —le dije—. Quiero que veas una cosa.

Me adelanté unos metros dándole botes al balón hasta que estuve en la zona de bomba, y ubiqué prolijamente mis pies sobre la raya del tiro libre.

—Ahora fíjate bien —le ordené con un gesto.

Puse la bola entre las piernas y la impulsé con toda la suavidad del mundo, como quien despide en Valparaíso un barco que va a cualquier parte. El balón montó por encima del tablero y fue a perderse entre unos cascajos del fondo de la cancha. No volví a jugar basketball. Años después publiqué un libro de cuentos, y hace poco terminé de escribir mi primera novela.

A Erika le dije:

—Vámonos a comer ese pollo.

Primera preparatoria

Mi hermano toma las dos correas y las cruza en la hebilla de la maleta de cuero que compró especialmente para este viaje. La vieja me gritó desde la cocina que le dijese que pusiera las galochas para la lluvia. Cuando se lo dije, me rechazó con un manotazo indiferente.

—Sólo molestarían —dijo—. Además allá es verano. Allá no llueve.

Fui a la cocina y me pidió que insistiera. Ella no cree que haya un lugar donde no llueva. Mi vieja está siempre pendiente de que uno no se enferme, todo el día anda con que tienes los calcetines mojados, que estás transpirado, que cierra la puerta por la corriente. La mamá tiene tendencia a confundir el resfrío con la leucemia.

Es como las viejujas que salen en las películas italianas, buena para la cocina y regalona con los cabros. Mi viejo es también como los papás de las películas, y es un viejo el descueve de bueno, con un corazón de este volado. Mi viejo ha regalado varias veces su abrigo en invierno y después tiene que comprarse otro a crédito. Flor de loco es mi papito.

Ya presiento que hoy día va a quedar la crema, porque con todo lo italianos que son mis viejos es bien curioso que se hayan atrincherado en la cocina y no quieran ir a despedirse de mi hermano. Mi viejo dijo que no se despediría de él ni cagando porque anoche pelearon y la mamá me dijo que el viejo le había dicho a mi hermano que él era un concha de su madre. Yo creo que por pura solidaridad está atrincherada en la cocina, mientras mi hermano se acalora presionando la otra maleta para poder cerrarla.

Nosotros lo miramos sentados en mi cama, fumando. Yo paso todo el tiempo fumando. Esa es otra cosa que vuelve loca a mi mami. Dice que me voy a quedar chico y pendejo y que no voy a ser como mi hermano, que es maceta y pinteado y se compra las chaquetas en una tienda pijecita de Providencia. La mami no me puede ver con el cigarrillo en el hocico. La otra que fuma a mi lado es Paula, que viene a ser algo así como la novia de mi hermano. Estamos en mi pieza y no en la de él porque a mi hermano no le gusta tirar en su dormitorio: dice que mi pieza tiene más ambiente. Le llama ambiente a todos mis libros y discos y a los afiches que puse en las paredes. Mi hermano piensa que los cuartos llenos de libros son buenos para venir con minas. Él nunca ha comprado libros ni discos porque gasta la plata en vestirse como un pendejo, con corbatas italianas y ternos fabricados prácticamente sobre su propio lomo. Yo todo lo contrario, ando pililo y con un pelo de este porte. El pelo es otra cosa que le jode la bilis a mi vieja.

Mi hermano cierra las valijas, les calcula el peso, ajusta unas correas sueltas y luego las pone en el suelo, aparentemente conforme con su trabajo. Yo creo que mi hermano está tan cagado con esto que le dijeron mis padres que no van a despedirse de él, que le bajó por cultivarse. Por eso avanza hacia el estante y revisa los libros pasando un dedo sobre ellos. Después saca uno, le sacude el polvo golpeándolo contra un muslo, lo alza y hasta parece que lo estuviera hojeando. Debe estar a punto de desmayarse del esfuerzo intelectual que está haciendo. Se detiene en una página y hasta parece que leyera. A pesar de que no está muy claro aquí dentro, me cacho chanchito que el libro ese rojo con títulos negros es *Del tiempo y del río*, de Tomas Wolfe. Paula ha corrido levemente la persiana y mira la calle. No es que yo esté comprobando desde aquí, pero no cabe duda que llueve. Es que Paula parada allí tiene el cuello torcido como si lloviera.

—¿Leíste éste?

Estoy a punto de decirle que no, para que no lo lleve. Mi hermano es de esos que creen que cuando uno leyó un libro puede botarlo. Cree que leer un libro es lo mismo que ir a ver una película. Además yo quiero ser escritor y los colecciono. Mi vieja me dijo: melenudo, fumador, marihuanero y ahora escritor: *ecco un figlio maricone*.

Finalmente no le digo que no. Trato de mirarlo a los ojos para decirle que es un libro bueno, que es un libro sangrientamente bueno y que a mí me importa aquí en los huevos que lo lea. Que no me importa que se lo lleve. Pero este huevón nunca da los ojos a nadie. Está siempre semisonriéndose y consciente de su nariz. No sé si será mucha cabeza de pescado decir que toda la cara le converge en la nariz.

—Sí lo leí —le digo.

—¿Puedes prestármelo?

—Llévatelo.

Se sienta en una silla y recorre con la mirada las murallas y el techo de la habitación. Es la décima vez en los últimos diez minutos que lo veo mirar el reloj.

—Todavía falta —dice.

Nos quedamos los tres en silencio. Ojalá que no pase una hormiga porque nos daría susto. Paula cambia de posición, abandona las persianas y busca con la vista a mi hermano. Éste clava la mirada en la pared, y no veo por dónde tenga intenciones de desviarla. Yo ya tengo otro pucho en las manos y lo enciendo. Voy hasta la puerta. En el fondo lo único que quiero es pegarme el raje. Yo quisiera que este día ya hubiera pasado. Me gustaría haberlo tarjado del calendario. Pero me detiene en el umbral llamándome con mi nombre de cabro chico.

—Háblales de nuevo —me dice.

Me acerco un poco a ver si cuando dijo esto puso los ojos. Si metió los ojos para pedírmelo. Me acerco para ver si me está viendo, si me está mirando.

—Está bien —digo conformándome con su nuca agachada sobre los cordones de los zapatos.

Voy hasta la puerta de la cocina y ya tengo listo el pretexto. Entraré a tomar un vaso de agua.

Agarro la manilla, la giro y *niente*. La atrancaron por dentro. Ahora resulta que uno ya ni siquiera puede servirse un vaso de agua.

—Papi, déjame entrar —le susurro por la ranura, sin golpear la puerta.

Lo siento acercarse.

—¿Qué quiere?

—Un vaso de agua, papi.

Lo oigo respirar pesadamente. El viejo no debe aguantarse a sí mismo en esta actitud que está tomando. Lo adivino con la oreja pegada a la ranura y a la mami allá al fondo con las uñas en la boca.

—¡Qué vaso de agua ni qué mierda, *figlio*! ¡Usted viene con recaditos, con mensajitos viene!

Pruebo otra vez la manilla.

—Ábrame la puerta, papi.

—Yo le voy a mandar un mensaje.

Remezco la puerta, siempre con la manilla agarrada.

—Dígale a su hermano que es un traidor.

—Abra la puerta viejo. Quiero tomar un vaso de agua.

La vieja debe estar estrujando un paño de cocina o rascándose los pómulos. Se rasca los pómulos como una fanática cada vez que le da pena.

Ahora mi viejo tiene que haber encendido un cigarrillo.

—Dígale que es un reaccionario.

—Está bien, papi. Ahora ábrame la puerta.

—Dígale que no entiende nada. Que esta es su casa. ¡Dígale que yo no lo eduqué cinco años en la Universidad para que se mande a cambiar allá a la isla de no sé qué puta madre!

Se me está acabando el pucho. Con la boca pegada a la puerta aspiro el último conchito.

Ahora él remece la puerta como si me estuviera apretando el cogote.

—¡Usted dígale a su hermano que no es hijo mío! Dígale así, no más. Dígale que se vaya.

Me caga la leche no tener otro pucho a mano.

—Papi —le digo—, déle un abrazo y que se vaya. Usted y yo somos revolucionarios, papi. Para qué se hace mala sangre.

Vuelve a menear la puerta y esta vez con muchas más ganas. Me

aparto un poco, por si las moscas.

—¡Usted no tiene nada de revolucionario! ¡Usted es un pajero marihuanero! Dígale a su hermano que yo no lo eduqué cinco años...

—Sí sé, viejo.

—... cinco años en la Universidad para que se vaya a trabajar no sé qué mierda de bencinera en Australia. Dígale...

Ahora *yo* golpeo con los puños en la puerta.

—¡No huevee, viejo! —le digo.

Aprovecho el silencio, para quemar el último cartucho.

—Déle un apretón de manos y buenas noches. Si no lo hace se va a quedar toda la vida con la bala pasada. Dígale a *la vieja* que abra la puerta. Él me pidió que se los dijera. Su hijo quiere verlo, papi. Dele un apretón de manos, qué le cuesta papi.

Trato de oír con las cejas levantadas, de adivinar con la nariz lo que está pasando. La mamá abriendo y cerrando la manilla, llenando por las puras vasos de agua que se los llevará a la boca y los derramará sin probarlos.

—¡Jódanse! —digo, y avanzo por el corredor hacia mi dormitorio.

Los encuentro arriba de mi cama, besándose. En el pelo de ella, en el modo como le cae el pelo a ella, sé que están besándose de distinta manera. Ella acompañando el beso con la mano sobre el pelo, él metiéndole una mano bajo el sobaco, él buscándole el borde de la oreja con la lengua. Siento que éstos debieran besarse con un equipo de traductores.

Pienso: si la embarazó, ¿quién responde? La Paula estaba nuevecita cuando vino por primera vez a esta pieza. Llegó con calcetines largos de universitaria y la mini escocesa. La Paulita llegó con mi hermano a esta pieza y yo me fui al cine igual que esos cabros pajeros que aparecen en los chistes. Yo creo que la Paula vino con mi hermano por esa cosa medio huevona que tienen las cabras que los giles como mi hermano se las drogan con bla-blá. Yo no sé cómo todavía hay minas que se acuestan con gallos que se compran ternos en Juven's y pasan la mitad del día fumando delante del espejo.

Además ella está llorando. Los ojos verdes tienen un relámpago despacito en el fondo, como si le saliera debajo de un agua. Mi hermano debe haber ido a consolarla, y terminó metiéndole la mano. Cuando me ve se levanta de un salto y va a buscar un cigarrillo. Me pasa la cajetilla y no me mira cuando los enciende. Yo estoy también como colgado mirando a la Paula limpiarse la cara con el dorso, mordiéndose el dorso.

—¿Qué te dijeron?

—No quieren verte.

—Jodidos los viejos.

Los dos chupamos los cigarrillos. Se arregla con la mano el

ondulado que tiene en la cabeza. Va hacia mi lámpara de velador y la enciende. Es para ver la hora.

—Habrá que irse yendo.

Mi hermano se pone el sombrero y chifla despacito un tema que yo también he oído en la radio, pero no me acuerdo quiénes lo cantan. Luego se palpa el bolsillo sobre el trasero. Ahí constata que estén los dólares que acumuló para el viaje. Dice que va a comenzar manejando camiones, que después se meterá en una gasolinera.

—Anda a hablarle a los viejos —dice—. Diles que me voy yendo.

—No quieren verte, huevón. No quieren verte.

Se rasca el cuello.

—El viejo es un dogmático —dice, avanzando hacia su chaqueta.

Yo le digo:

—No digái huevadas.

Se da vuelta, y esta vez sí que me está mirando.

Me mira como quien hubiera visto entrar un animal a la pieza. Un gato, pienso.

—Mejor será que vayas a hablar con el viejo.

Hundo las manos en los bolsillos y camino hacia la persiana. La cierro y la abro. Justo al frente encienden el luminoso. La luz verde sobre la acera húmeda es como una señal de algo. También la luz roja del semáforo. Hago un nudo sobre la cinta que corre las persianas. Siento fríos los pies, y Paula está sobre el lecho dispersa como una frazada. Mi hermano se arrodilla, le acaricia el pelo y la besa en los labios. Ahora que lo veo, se ha puesto la chaqueta. Agarra una maleta y me indica la otra con un gesto. La alzo.

—Parece que ya no llueve —comenta.

Ahora, con las anchas maletas enredándosenos en las piernas, sentimos que el pasillo es estrecho. Camino encorvado sosteniendo la valija delante. Mi hermano me sigue con el sombrero puesto y el ondulado cayéndole sobre la mitad de la nariz. En la puerta de entrada el espacio se ensancha. Hay un perchero y un espejo. Mi hermano avanza y saca la peineta con la celeridad con que a un gángster se le ilumina de repente la navaja en la mano. Lentamente se aterriza el jopo. Levanta una ceja y se pone de perfil, y todavía ladea más la cabeza para ver cómo le cuelga el pelo sobre la espalda. Enseguida sacude el peine y lo hunde en el bolsillo del pañuelo. Yo no sé de dónde salió este otro cigarrillo que tengo entre los dedos con las motas de tabaco mordidas y una película roja en la punta. Coloco junto a la puerta las dos valijas, como ordenábamos dos ejércitos de plomo simétricamente cuando cabros. De repente se me ocurre que todavía somos cabros. Que todo esto es un juego. Que la Paula no es la Paula sino la Chabela, la hija de la empleada. Se me ocurre que esto es un juego. Que mi hermano dará una vuelta por la manzana, volverá

chascón y con los pómulos arañados y dirá: estuve en África.

Finalmente se coloca el impermeable blanco, y cogiendo las solapas con las puntas de los dedos le pega unos golpecitos para ajustárselas. Todo esto frente al espejo. Después se da vuelta para hablarme. Se dan vuelta su cuerpo, su terno de tweed, su perfume Flaño, su impermeable James Bond, su sombrero Sinatra, su corbata italiana, su peinado Yamil.

Pero a pesar de que esté vestido de figurín, la voz le sale nasal y moquillenta como después de una lucha o un partido de fútbol.

—Háblales —me ruega.

Aspiro otra pitada y golpeo la puerta de la cocina que está ahí mismo, al lado de la salida a la calle.

—Papá —le digo, absurdamente empinado sobre la punta de mis pies y con la boca pegada a la ranura que desprende una luz delgadita —. Papá, su hijo está aquí mismo. Quiere despedirse.

Ahora, en el lugar que antes puse la boca coloco la oreja. La vista la tengo sobre los ojos de mi hermano, quien mira hacia arriba con el cuello tenso, como si quisiera oír lo que pasa allá dentro con el cogote y no con las orejas.

—Papá —repito, acelerado por un gesto de mi hermano—, déjese de cuestiones y háblele. ¡Qué le cuesta!

Él también avanza hacia la ranura. Oímos primero un murmullo de voces. La mamá con un grito contenido y él farfullando.

Mi hermano golpea la puerta, mirándola de frente, como si la traspasara. Ya se le levantó la nariz decidida, una nariz que está siempre adelante, orgullosa como un lanzazo, pidiendo cancha. Esas narices que se les ve a los pijes tomando aperitivos en el Oriente o aguardando en sus Mercedes Benz la luz verde de los semáforos.

Pienso: el viejo va a abrirle.

Pienso: el viejo se va a descerrajar la rabia de un cuchillazo y va a abrir esta puerta.

A lo mejor toda esta mierda es una casualidad, una trampa.

Pienso que tal vez alguien se equivocó en la repartija de hijos y de padres.

—Papá —dice mi hermano.

La voz se le suaviza. Susurra apretando el botón de otra máquina. No quiere irse con la bala pasada, no acepta que le quede nada goteando adentro de su esqueleto insolente.

—Papá —dice—. Hasta luego.

Y se aparta un paso como si ese movimiento estuviera convenido por un director de teatro. Entre la puerta y él parece que el silencio fuera una fiera. De pronto la luz de la cocina se derrama encima como un abrazo. Me acuerdo de esos cuadros donde aparecen los apóstoles y les cae derechito sobre la frente un rayo desde el cielo. Por un

segundo se ve pálido. Por ese breve segundo las narices se le han ensanchado y los hombros se le caen y desde la cintura se le desempaqueta una breve panza.

Papá aparece en el vestíbulo, la camisa abierta con el cuello doblado, los pelos canosos y la mirada húmeda y negra. Detrás sale mamá con el paño cocinero estrujado en una mano.

—¿Ya se va, *figlio*? —le dice.

Mi hermano asiente. Luego agacha la cabeza y mira las maletas.

—Déjeme que lo abrace, viejo.

Mamá toca la espalda de mi padre y es lo mismo que si lo empujara.

Él se frota el párpado derecho y alarga los brazos cortos y peludos. Agarra a mi hermano y lo aprieta casi como un mordisco, y lo afloja un poco, y lo besa en la mejilla, y vuelve a presionarlo con los ojos cerrados. Mi hermano le pasa los dos brazos por debajo de los sobacos y no le deja ir la cabeza y le entierra todos los dedos de las dos manos entre el pelo canoso, y lo aprieta más contra su cara.

—Que le vaya bien, *figlio* —dice el papi. Mi hermano no lo larga.

—Gracias —le dice. Y yo apenas lo oigo.

Yo pienso: ¡suéltalo!, pero en vez de avanzar hacia ellos me arrincono en la muralla.

Los dos se despegan sin mirarse. Mamá se adelanta, lo agarra de la cabeza y se la mete en el hueco del hombro, y ensarta la cabeza entre su hombro y la quijada, y suspira con los ojos cerrados y las manos le tiemblan sobre su cabeza como si estuvieran enfermas.

Cuando afloja, mi hermano agarra una maleta sin mirar a nadie y para mí es como si recibiera una orden y levanto la otra y le abro la puerta para que salga. Y bajamos la escalera y ya estamos en la calle y las luces patinan en el pavimento como cuchilladas. ¿De dónde saqué este cigarrillo que ahora enciendo? Los autos pasan lentos y no alcanzan a levantar el cachito de agua que ha caído desde la mañana. Mi hermano palpa su bolsillo trasero y camina hasta la cuneta arrugando los ojos y empinándose a ver si descubre un taxi. Con la punta de un dedo se levanta la punta de la manga izquierda y chequea el reloj. Infla la boca y la aprieta, preocupado.

El Chevrolet que venía por la mitad de la calzada se cierra cautelosamente hacia la cuneta. Tenemos que correr un poco porque el coche queda más adelante. Mi hermano hunde la cabeza por la ventanilla y le explica que al aeropuerto. Mete primero su valija sobre el asiento delantero, y luego me pide la que yo sostengo sacudiéndose las manos. Se la paso y la arroja desordenadamente en el asiento de atrás. Hay una fila de coches que esperan detrás nuestro. Es extraño que no toquen las bocinas. Más raro todavía es que el silencio ha crecido con la cercanía de la noche, como si toda la calle estuviera llena de pájaros muertos.

Mi hermano viene hacia mí y debajo del impermeable le saltan los dos brazos largos y rápidos y me mira a los ojos y pide envolverme en un abrazo.

Pero yo lo miro a los ojos y me agazapo.

Lo miro a los ojos y siento que mi cuello está hundido, que me brillan los dientes.

Algo entonces detiene a mi hermano.

Se queda ahí un instante con las manos vacías y ambiciosas, con los brazos repletos de aire, como un molino sin viento, como un barco sin agua.

Por fin baja los brazos, sonríe un poco, de costado, y la nariz se le agudiza, se le perfila y se le eleva contra el fondo de edificios. La sonrisa no lo deja cuando cierra desde adentro la puerta. Casi se le ve la sonrisa en la nuca cuando el taxi se aleja mostrándome su espalda.

La puerta de la cocina está entreabierta y mis viejos toman agua, callados. Me filtro por el corredor y llego a mi pieza. No sé qué pasa hoy que todo está lleno de silencio, ni siquiera me sale una canción para tararearla. En el fondo de la sombra se mueve lentamente el cuerpo de Paula. Se lleva la mano a la frente para saludarme y yo avanzo hacia la lamparilla y la apago. Luego la enciendo, y permanezco de pie raspándome el labio inferior con los dientes. Tengo ganas de limpiarme la garganta, pero me adelanto al ruido del carraspeo y mejor trago saliva lentamente. Alcanzo un libro del estante. Lo hojeo sin mirarlo.

Pienso: cuando sea grande voy a saber qué decir en estos casos; voy a tener la jeta llena de palabras; dejaré de agazaparme como un gato, de manosear los libros y la sombra.

Pero hablo. Como un pendejo, se me mueven los labios.

—Tengo que estudiar —dice mi boca—. Mañana es el examen.

Paula dice:

—Perdona.

Sale de la cama. Se alisa el pelo, se ajusta su falda hundiendo los dedos en la cintura. Toma el impermeable. Agarra la cartera.

Me acerco, la tomo de un brazo y detengo su marcha hacia la puerta.

—No te vayas —le digo—. No tienes por qué irte. Puedo estudiar más tarde. Puedo no estudiar si me da la gana. Lo dije de huevón. Por decir algo.

—De todas maneras.

Balancea su cartera y la siento pasar una y otra vez sobre mi muslo.

—¡No te vayas!

Voy hacia ella y arqueo el lomo para recibirla. Lentamente su cuerpo se mete en mi abrazo y enseguida yo la aparto un poco para mirarla. Y sus ojos están dulces y su boca cansada, y sus pómulos me

arden en las yemas. La beso en el pelo, y después en los ojos. La beso en la boca. Y vuelvo a apretarla. Y ella no dice nada. Y me besa. Y de su boca surge la lengua mojada y rápida y me acaricia con ella el cuello y después me la mete dentro de la boca.

Yo la llevo hacia la cama, y nos tendemos abrazados y nos apretamos fuertemente las cabezas y cada vez que nos soltamos es sólo para besarnos. Y nos apretamos y nos soltamos y ella no dice nada y yo le abro la blusa y yo no sé qué decirle y ella no sabe qué decirme y ahora ya solamente nos apretamos. Y siento que con las lenguas nos buscamos las gargantas.

—Eres una mierda —le digo a mi hermano.

Pescado

Wednesday morning at five o'clock
As the day begins.

THE BEATLES

Cuando la abuela tropezó en la cocina y la azucarera de loza se astilló en el piso y los pedacitos se repartieron por ahí, mi madre, que tostaba el pan del desayuno sobre el gas, apagó el fuego. Se puso las manos en las caderas y apretando la mandíbula, silbó:

—¡Por Dios, mamá!

La vieja bufó sin que le salieran palabras. Estaba como recitando los restos de un ataque de asma. Yo sabía que en las orejas de la abuela unos agudos dientes trituraban fruiciosamente las palabras que le decían y que luego, como toda respuesta, escupía unos generosos salivazos sobre el patio de tierra atrayendo la atención de los pollos picotones.

Sabía por sobre todas las cosas que su asma era un océano que le subía en el estómago cuando la nuera la apodaba «mamá». En verdad estaban empatados en los últimos minutos y se daban mucha leña por debajo de las canillas. Yo mordisqueé con las cejas levantadas la cáscara de una marraqueta añeja.

A medida que recopilaba con la vista el desperdicio, mamá iba abasteciéndose de rabia. Así era mi mamá. Se le calentaba el motor de a poquito. Uno nunca podía saber hasta dónde podía hundir la pata mamá cuando se le calentaba el motor.

Con un pie apartó el asa de la azucarera, que se había desprendido casi entera, y se agachó a recogerla.

—¿Por qué no se va a la pieza, mamá? —dijo.

Vi que a la vieja se le movían los anteojos agarrados a la nuca por un elástico negro. Le pegué una mascada al pan y lo mordí ampliamente, amasándolo en la boca, y con los ojos bien abiertos.

—¡Váyase a la pieza, mamá! Yo le llevaré el desayuno a usted y al nono.

Mamá estaba recogiendo los pedazos de a uno, y la abuela opinó:

—Es mejor barrerlo con la escoba.

Las *erres* yugoslavas se le arrastraban suavecitas. Agarró la escoba detrás de la puerta e intentó comenzar a barrer. Mamá se levantó del suelo y le arrebató la escoba sin mirarla.

—¿Cómo se le ocurre ponerse a barrer cuando estoy preparando el

desayuno? —dijo—. Francamente me tiene la cabeza así, mamá.

Y se puso las dos manos tiritando a cada lado de la cabeza como si le hubieran tirado un paquete de electricidad.

Hundí un par de dedos en la marraqueta y le arranqué una miga. La vieja comenzó a balancear la cabeza. Tendría setenta años, uno nunca sabe la edad de las abuelas.

—Tú estás en tu casa —dijo la vieja.

Fue al lavaplatos, abrió la canilla y echó a correr el agua.

—Mamá —dijo mi madre—. ¿Qué está haciendo?

—Usted está en su casa —repitió ahora la abuela.

Estaba agarrando todos los vasos del lavaplatos como si ordenara un rompecabezas.

Mamá la miró y le vi la vena de la garganta hincharse.

—¿Qué está haciendo, señora? —dijo.

—Yo tenía mi casa —dijo la abuela—. Estábamos tranquilos y felices los viejos en mi casa.

Agarró la tetera y la puso bajo la llave. Pisaba los pedazos de la azucarera rota con esas piernas gordas cubiertas de vendas debajo de las medias oscuras.

—Yo no tengo edad. Yo no tengo salud —dijo.

Cerró la llave del agua y llevó la tetera hacia la cocina de gas.

—Mamá, váyase a su pieza —dijo mi madre—. Yo les prepararé el desayuno.

La vieja intentó tomar la caja de fósforos, pero estaba demasiado nerviosa. Los palillos se derramaron por el suelo. Miré por la ventana soleada hacia el patio y puse la mano sobre la manilla pensando en ir a tenderme, a la silla de playa.

—Hasta cuándo jode, señora —dijo mi madre.

—*Hasta cuándo jode* —repitió separando las sílabas.

La vi clavarle la mirada azul. Su arrugada piel blanca no alcanzaba a agarrarle la rabia que tendría.

—No va a joder más esta vieja —dijo, avanzando hacia el pasillo—. Me iré con mi viejo ahora mismo.

Con la punta del zapato oculté algunos de los trozos rotos bajo el aparador. Mamá salió detrás de ella, y le gritó hacia su pieza:

—¡Haga lo que quiera, ñora!

Volvió a la cocina. Después de quebrar un fósforo, logró encender el segundo y puso a calentar la pava. Papá apareció en camiseta bajo el dintel. Estaba recién afeitado y debajo de las orejas le salía un poco de espuma de jabón. Traía la camisa en la mano, y los músculos blancos le inflaban la camiseta de mangas cortas.

—¿Qué pasa? —preguntó cortante, mirándome a mí, pero obviamente preguntándole a mamá.

—¿Qué va a ser? —exclamó mi madre sin mirarlo—. Otra vez la

abuela.

Papá me miró un rato más y luego se le entretuvo la vista en el fuego. Se pasó la mano por la barbilla comprobando la eficacia de la afeitada. Volví a hundir los dedos en el pan y le arranqué un grueso montón de migas.

—¡Jode, jode y jode! —agregó mamá, con la voz confidencial, pero en verdad gritándolo.

Papá levantó las cejas.

—Bueno —dijo.

Se oyeron en el silencio los gruñidos imprecisos de la vieja. Parecía estar corriendo los muebles. Yo oí hablar al abuelo. «Mierda», le oí decir. Y no oí el resto, pero lo supuse. Siempre que decía «mierda», agregaba «yanqui, sifilítico, fantástico». Al final decía «pollo culeado». Cuando el viejo tenía sus piernas salía al patio a alimentar a las gallinas ponedoras, ocasión en que se le metían al gallinero los pollos jóvenes sueltos en el patio a picotearles los granos. Entonces les tiraba patadas encumbradoras y les decía eso que dije. No le tenía ninguna simpatía a los pollos. Tampoco le tenía simpatía a los yanquis.

La verdad es que una vez se le pasó el toperol y descerrajó un pollo y se le asomaron las tripas y todo. La abuela agarró el ave agonizante, y metiéndole las tripas le cosió la piel con hilo negro. Entonces le dijo esa frase al abuelo de la que debe haber querido olvidarse. Le dijo: «Dios te va a castigar por andarle pateando el culo a los pollos». Digo eso porque después al abuelo le vino la gangrena y le cortaron una pierna. Y después le cortaron la otra. Dos meses después le cortaron la otra. Y ahora el nono está viejito en su sillón de ruedas y mira todos los programas de la televisión y yo a veces lo saco a dar una vuelta por la Costanera y hablamos de caballos.

En cuanto al pollo, lo comimos meses después al horno. La abuela dijo: «Este es el pollo que pateó el viejo».

Ahora la abuela entró en grave silencio a la cocina. Fue hasta el aparador y sacó dos grandes platos de loza checoslovaca que tenía desde el día de su matrimonio. Sacó también dos tenedores y dos cuchillos. Sacó dos cucharas. Luego se dio vuelta y fue hasta su dormitorio.

—¿Qué hace? —preguntó papá, apoyándose en el refrigerador.

—Dice que se va —contestó mi madre, abriendo los brazos.

—¿Qué le dijiste?

—Qué quieres que le diga. Dijo que se va. Quebró el azucarero.

Avancé hasta el corredor y me quedé por ahí acariciando el trozo de pan. Papá se asomó a la puerta del dormitorio de los viejos y se puso bajo el dintel. El abuelo estaba despeinado, con el pelo blanco y florecido, esperando el desayuno con la bandeja vacía apoyada sobre las sábanas.

Papá siguió estudiándose con los dedos la afeitada sobre la comisura del labio derecho. Yo me instalé a su lado y nos pusimos a ver todo el ajetreo.

La abuela había abierto el baúl, y tiraba sobre la cama el traje a rayas azul del nono. Yo había visto abrir ese ropero los días domingos, cuando la abuela sacaba el rosario, el tul negro y el vestido ancho y con encajes. Pero hoy era viernes y puso sobre la cama el traje ese del abuelo. Era un traje que también salía sólo los domingos, pero hace dos años. Quiero decir que es un traje con las piernas y todo. El abuelo se vestía de gala para ir a las carreras con el traje ese. «Príncipe», le decía la vieja cuando el viejo se ponía el terno y caminaba lentamente la calle principal abajo buscando la micro hacia el hipódromo. De eso me acordé apoyado en el marco de la puerta junto a mi padre. Me acordé también de Juan Rivera ganando estrecho en fallo fotográfico y que nos fuimos a jugar bochas a lo del Turco y mi abuelo tenía así tanto de plata de lo del caballo del Juan y compramos un lechón asado y una garrafa y lo comimos esa noche en casa, antes que el abuelo se viniera a esta casa que es la de mis padres, y el almacén se fuera a la cresta.

«La enfermedad», decía el viejo, secándose una lágrima verde y deslavada por la pared de la nariz ganchuda.

«Los burros», decía la vieja, mirándote por encima de los anteojos que ya usaba para tejer.

El nono tragaba saliva ahora con las manos sobre la frazada y hacía chasquear la lengua preocupado, mirando hacia la ventana. La abuela le habló algo en yugoslavo, y el viejo hizo sonar otra vez la lengua y siguió mirando la ventana.

Mi padre se escarbó la oreja con un dedo.

—¿Se puede saber qué está haciendo, mamá?

La vieja seguía vaciando el ropero. Había aparecido el traje de gala. Me gustaba cómo olía ese traje. Olía a viejo y a bien. A veces pensaba en qué tetas formidables habría tenido la abuela cuando joven.

—Nos vamos, mijito —dijo, secándose la primera transpiración de la frente. Era dulce y gorda mi nona. También pálida. Gorda y pálida. Mi abuelo era en cambio flaco y pálido. Nunca los tocaba el sol, y a veces, si se me olvidaba un rato el abuelo en el patio cuando me entretenía leyendo, la pelusita de la cara se le crispaba, y se miraba al espejo y se arrancaba los pelitos chamuscados.

Lo que pasa es que a los viejos no se los puede tocar ni con el pétalo.

Mi papá se había entusiasmado quedamente con lo del dedo en la oreja.

—¿Adónde se va, mamá?

—Vamos a buscar una pieza.

Papá asintió y sentí que me miraba de costado.

—¿En qué pensión, mamá?

—Yo sabré hijo. Mientras pueda trabajar.

Papá carraspeó, sin moverse.

—No hay ninguna pensión cerca. Tendría que ir al centro. En ese caso no va a poder subir a la micro con la silla de ruedas.

La abuela se acercó al nono para sacarle el pijama. El viejo miraba altivamente hacia el ventanal. Ahora que era más tarde los rayos del sol se metían rasantes sobre la colcha. Con la pura mirada sentí que la cama se estaba calentando.

—¿Oyó lo que le dije, mamá?

Estaba colocándole la camisa; una buena camisa con cuello volador y estrechas franjas azules sobre el fondo blanco. La verdad es que el abuelo había enflaquecido y la camisa lo inundaba. Tenía una cara de pájaro sorprendido.

—Vamos a ir caminando, hijito. Mientras la nona tenga piernas...

Papá le dio la espalda y caminó al comedor. Ahora me di cuenta que el desayuno estaría servido porque el pan tostado desprendía aroma y mamá le estaría poniendo mantequilla. Claro que mamá no avisaba nada. Hoy había que adivinar que el desayuno estaba servido.

Ya habían abierto las cortinas y se veía lindo el mantel de cuadros rojos con la panera repleta, el café humeante y la mermelada. Me senté en el puesto del medio frente a mi madre, de espaldas al pasillo que nos comunicaba con los dormitorios. Papá se rascó fuertemente la cabellera y se hicieron una mueca suspirada con mi madre. Yo me llevé el pan crujidor a la boca y me puse a mirarlos lo callado que estaban masticando. Papá humedecía la marraqueta en el café con leche, la dejaba gotear sobre la taza y luego la sorbía mirando por la ventana. Pero mirando en forma muy curiosa. Como en la luna. Mamá también estaba ida, pero en vez de mirar por la ventana daba vueltas la cucharilla adentro del café.

Qué tanto revolverla, pensé, si lo toma sin azúcar.

Pasó un rato más o menos. Mientras tanto me aprendí de memoria las manchas del mantel. Agarramos el azucarero y lo pusimos al lado de la tetera. Agarramos la tetera y la colocamos al lado de la leche, le sacamos la tapa al azucarero. Papá silbó una marcha, la del río Kwai, y mi madre se enrulaba el pelo con la cabeza apoyada sobre una mano. Lo que me fascinaba era el azucarero reemplazante. Tenía unos gordos ángeles azules en la loza rosa. Justamente el azucarero de los días domingos. Estaba todo dispuesto como si esperáramos visita.

De pronto un ruido en el pasillo, el inconfundible y rechinante andar de la silla de ruedas mal aceitada, captó la atención de mi padre hacia la derecha. Yo, que estaba de espaldas, torcí el cogote, y luego, apoyándome en la esquina de la mesa, giré el cuerpo entero. Papá

sorbía la taza, sin mirarla, pendiente de que se abriera la puerta.

Y en efecto, la puerta se abrió.

Pero no apareció la abuela. Apareció el abuelo encajado en la silla de ruedas rodando hacia la puerta de salida. El vehículo se detuvo mucho antes de llegar a estrellarse contra el portón. En el medio de la sala justamente.

Yo ahora di vuelta toda la silla y me miré al abuelo enterito. El cuello de la camisa a rayas se lo habían amarrado con una corbata ancha y azul. Lisa. Y encima, la chaqueta del terno, hombruda y fácilmente entierrada. En cuanto al pantalón, se veía la mano práctica de la abuela. Había procedido a doblar todo lo que sobraba debajo del cojín de la silla. Lo que venía a ser poco más o menos arriba de las rodillas. Pero lo que me haría volar la mirada sobre la cabeza del abuelo, como si yo fuera un pájaro rondando el nido, era el impecable sombrero de ala corta que le habían implantado sobre la desordenada frente. Ese sombrero yo se lo había codiciado en furtivas incursiones al closet de los viejos, bajo su cubierta nylon. Pero también una vez lo había sacado y había metido toda mi mano adentro palpando con dedos intrigados la etiqueta. «Stetson, Londres», decía. Ahora, debajo de esa perfilada negrura, la nariz le saltaba abrupta, pálida. También moquillenta.

Sólo una vez nos miró en el largo rato que la vieja dejó la silla clavada en el centro casi como un puñal metido en la madera, como un saco de naranjas derramado. Nos miró con los ojos verdes y acuosos, pero sin tocarnos con la mirada. Nos miró mudamente, si puede decirse. Sin tocarnos con la mirada. Como si un viento le hubiera torcido el cuello hacia nosotros. Y enseguida (digo enseguida pero está mal, fue todo junto, rápido y sin que se notara) puso una mano sobre la otra, las dos huesudas calmas e inútiles, y derramó los ojos sobre el patio.

Miré a mamá.

Cuando ella sintió mi mirada y me miró, yo agarré la mantequillera, le encajé el cuchillo, y empecé a raspar un poco de manteca sobre el pan.

Papá se había puesto la camisa, y ahora se desdoblaba las mangas casi profesionalmente.

Me acordé, mientras untaba la helada mantequilla en el pan ya frío, en los amigos del barrio. Me acordé de ellos, de cuando intercambiábamos revistas de historietas y yo dejaba al viejo bajo la sombra de un kiosko hasta terminar de leerlas. Y también el día ese en que guardé un par de revistas en la silla, y al volver encontré al viejo riéndose de los dibujos. Más que nada me acordé de lo que me decían cuando sacaba a pasear al abuelo. Me decían: «Qué linda está tu guagua».

Y claro, el nono era un pedazo chiquito de abuelo sin sus piernas. Con una mirada pequeña una sonrisa linda y desdentada. Y los ojos sin fuerza pero cómodos. Como un espejo.

Cuando la vieja apareció, traía una maleta pequeña pero ancha y un canasto del que se asomaban una sartén, un cucharón sopero y el tarro grande de mostaza inglesa Colman. También se le asomaba el crucifijo de plata que tenía sobre la cabecera, la Biblia y los rosarios. Cada vez se movía más pesadamente, y el ruido que le silbaba en el pecho se le hizo más asmático. Los anteojos le colgaban sobre el pecho amarrados al elástico negro.

—Toma —le dijo al abuelo, pasándole la maleta.

Enseguida la equilibró sobre las rodillas del viejo, y cuando hubo armado una sólida plataforma, depositó encima el canasto.

Si no lo tuviese de perfil, habría perdido al abuelo. El cucharón le tapaba la nariz, y el mango de la canasta le sobrevolaba el tonguito negro. Parecía un carrito del mercado la silla de ruedas. Pensé que el nono, así como iba, no podría ver el paisaje. Menos mal, pensé al tiro, que la canasta le va a tapar la luz del sol. Tendrían el sol de frente y hacia arriba porque las pensiones baratas quedaban en el centro. Y la abuela no tendría mucho dinero en su bolsa negra tejida a crochet.

Papá se acercó al abuelo, y le apartó el cucharón hacia el lado izquierdo.

—¿Cómo está, nono? —le dijo.

Le dijo «nono», pero él es el papá. Sólo porque yo existo, todo el mundo le dice nono al abuelo. Era un gran jugador de caballos de carreras y todavía se divierte la mañana de los domingos manoseando los pronósticos. Ahora mi papá le dice nono a su propio padre.

El viejo estaba quietecito como una foto. Como si lo hubieran pintado de repente. Papá le levantó un poco el sombrero y le limpió con la servilleta del desayuno unas pelusas negras y un poco de tierra que le habían quedado como marcas en la frente.

—¿Adónde van, nono? —preguntó.

—Sifilítico, fantástico —dijo el abuelo.

Mi madre se acercó a la silla en el preciso momento en que la abuela, bañada en su ancho vestido negro aparecía en la puerta y avanzaba hacia el viejo para agarrar el mango de la silla. Siempre que pasaba eso, el abuelo se cargaba un poco adelante y él mismo corría la palanca del picaporte. Yo hubiera querido ayudar, pero se me ocurrió que si les abría la puerta, sería como si yo fuera cómplice de algo.

Así que me quedé ahí mismo, revolviendo el concho del café con la cucharilla.

La vieja tuvo que ir a abrir la puerta. Al volver nos miró sin ninguna intención, casi como si en verdad ella fuera una visita nuestra, una visita con casa instalada, jardín y teléfono, que hubiera sido invitada a

tomar el desayuno y que ahora volvía a su lujosa rutina.

En la puerta pareció que rumiaba una frase. A lo mejor un final de fiesta. Uno de esos versos rimados y sorpresivos con que se acaban los poemas patrióticos. O los de Amado Nervo. Nosotros nos callamos más y más, y apretamos y apretamos y apretamos el silencio.

Los cinco parecíamos un bosque de noche, sin brisa, y con todos los pájaros durmiendo. Yo sentí que el chirriar de las ruedas yéndose por el patio era como un lento puñal dentado que fuera aserrando una piel, una daga deslizándose por el estómago.

Cuando quedamos los tres solos, me di cuenta que papá se había puesto la corbata. Me di cuenta que mamá estaba llorando, aunque no había ningún ruido. Mi padre agarró *El Mercurio* y se puso a hojearlo encima de los restos del desayuno. Mamá extrajo un trapo de franela del delantal y empezó a sacudir las migas.

Como quien no quiere la cosa, salí al antejardín acomodándome un palo de fósforo entre los dientes. Nuestra casa queda en la calle empinada, y había que subir para llegar al centro. De modo que me senté en un escalón callejero y desde ahí miré trepar la ancha espalda de la vieja que se confundía con los bordes de la silla. Los dos parecían un solo animal. Un burro viejo y lleno de tiña, al que se le caen pelos como señas tontas para nadie. Me acordé del cuento ese de Pulgarcito, cuando el huevón va botando las migas y vienen los pájaros cabrones y se las comen. No sé por qué, mientras los nonos llegaban a la esquina, me parecía que se iban cayendo a pedacitos, que el sol los hacía vibrar con una electricidad negra que les iba aflojando aun más las carnes, que al secársele el sudor de la frente a la vieja se le iría borrando la cara, que el negro sombrero Stetson se devoraría al abuelo. Creía ver sus ojos verdes gastados y lejanos.

Cuando desaparecieron, me amarré los cordones de las zapatillas de basketball y eché a correr por la cuesta. A los pocos metros sentí que el sol estaba picador, acezante. Hacía una cosquilla desagradable, sucia. No tardé en llegar a la esquina. La calle que la cruzaba era plana, llena de manchas de petróleo y agujeros discretos. Trizaduras que el sol hacía en el viejo cemento. Desde aquel momento, me les pegué a los viejos a media cuadra de distancia, como los perros que acompañan a los buques maniceros, a los carretones de verdura, moviendo la cola.

Los vi en medio de los violentos parpadeos que el sol blanco, derramado como fulgurante leche en las aceras, le imponía a mis ojos. Los vi bambolearse rumbo a una esquina que siempre se alejaba. Los vi sobre el asfalto pegajoso deslizando las ruedas y las piernas, exangües. La ciudad estaba llena de casas de madera verdes con los marcos café. Pintaban las casas verdes porque no había árboles. Las pocas plantas laterales que brotaban surgían a punta de orinadas, de

viejitas tiernas con tarros de duraznos oxidados regándolas. Pero eran plantas sin sombra, flacas. Algún día yo me mandaría a cambiar de ese pueblo. Viajaría al sur y me comería un melón helado bajo un árbol ancho. Me imaginaba los árboles como toros. Aquí no veía animales. Las polillas que taladraban las maderas de los almacenes. Las ratas.

¡Pero háganme el favor las ratas y las polillas animales! ¡Los gatos animales!

Los vi a los viejos doblar la esquina y tuve que correr para no perderlos un instante. Ahora iban más despacio. Se estaban como marchitando en el aire claro y espeso. Era temprano de mañana, y sin embargo el sol picaba, sin dar vida, marchitante. Lo mismo que si pones una tetera a calentar sin agua y se te hace mierda la tetera. Tuve ganas de dejar que los abuelos se marchitaran solos. Que fueran una sola melaza negra y vieja abandonándose en las calles baldías. Podría irme a los Baños Municipales. Nadar hasta la balsa, jugar con las chicas del barrio a hundirlas bajo el agua y sumergirme con ellas y agarrarlas de la cintura y rozarles los senos, y montarlas un poco sobre las rocas.

Los vi a los viejos perder vuelo, como un solo trompo enorme cucarreando. Igualito que un borracho cayendo junto al poste lentamente, orgulloso, con la jeta abierta. Los vi aplastarse sobre la acera. La vieja ya no empujaba el carro, se había acostado sobre el carro. ¡La vi dentro del carro! A menos que, dije. Y atravesé la vereda para agarrarles el perfil.

Pegado a las murallas del frente, fue cuando vi lo que hacía el viejo.

Vi que la abuela estaba como desmayada, toda su gordura sobre la silla, y el viejo empujaba las ruedas con las dos manos, como si la silla fuera un barco, un bote espeso, y él la estuviera remando. Y sus brazos iban para atrás y los codos se los adivinaba hinchándole la chaqueta.

Vieja linda, pensé. Hasta las últimas consecuencias, vieja de mierda. Quiere que el viejo reviente el hígado vestido como un príncipe negro, como un ángel oscuro.

Los vi a los viejos hechos un nudo, un ovillo, trastabillando. Tal vez con espuma en la boca, ¡cómo podía saberlo! ¡Ah los viejos una nube negra un pájaro triste y grandote revolcado en la tierra de la ciudad yerta! ¡Ah los viejos una mala nube expulsada de la galaxia derribadita para que me la mearan los perros los gatos las polillas las ratas!

Tenía el corazón hecho un puñetazo. Así traca traca joder joder joder y mierda mierda me tiraba para atrás y adelante, agazapado como en un baile.

Lo vi al viejo, le vi los brazos unas lanzas flacas y pujantes, lo vi el motor de una máquina de ferrocarriles desgastado, lo vi sin sus dos piernas pero con el corazón aguantando fuerte esas patadas que le

iban propinando los brazos. Vi de repente, orillando la muralla polvorienta, una galera de esclavos en los sótanos de la nave con las venas trizándoles los músculos, y arriba de todo, como pájaros pomposos, los capitanes ingleses, jóvenes, de narices indiferentes, protegiéndose con el pañuelo una leve espuma que el viento suavizaba en cubierta. Y abajo los remeros, sucios, con moscas en el cogote. La ciudad era la prolongación de una duna y al viejo los codos se le iban rezagando. Un baldío la ciudad. Como esta constelación. Lo mismo que un mal sueño en una tarde dominical, una pesadilla bajo el sol a las cuatro de la tarde. El viejo giraba ahora en un mismo espacio. Había encontrado una puerta que no pasaba. El espacio inmóvil y deshabitado lo paralizaba con la cara de pájaro estrellado. Yo pensé: esta es su casa.

Yo pensé ahí se van a quedar dormidos, en la calle blanca y despoblada, y los rayos del sol les caerán verticales, el sol los irá chupando como una esponja caliente.

De pronto ya no se movieron.

En verdad pasaban buses allá y ahora que lo pienso hay gente en los zaguanes, comerciantes con maletines negros y corbatas deslumbradoras, empleadas cobrizas, madres jóvenes con las tetas al aire y las guaguas sobre ellas refunfuñándoselas. Y entre ellos, los viejos muertos como un árbol. Igual que un río insignificante que se hubiera deshilachado y la última gota la absorbiera un pedruzco podrido, por las puras.

Ahí se quedaron los viejos, pintados en un mal cuadro, la vieja asmática convulsionándosele el hombro, el nono petrificado en la acera con los ojos dulces.

Me les acerqué con las manos en los bolsillos del bluejean y me les puse al lado mirándoles los pechos expandirse y apretarse como pulmones heridos, muelle y ancho el de la vieja, de plumas dispersas y desesperadas. El del viejo eléctrico y pálido. Me miraron mirarlos sin sorpresa, casi ausentes. La vieja izó levemente su espinazo doblado y clavó los mofletudos dedos en la barra para empujar la silla. El nono se sacó las manos del corazón y las cruzó sobre la cacerola que se asomaba del canasto, levantándolas. A los diez metros había una parada de bus, y nos fuimos a jadear bajo su sombra. Y ahí estuvimos lentamente hasta que el cuerpo se les fue concentrando. Estuvimos como media hora viendo pasar a la gente, y siguiéndola con los ojos mientras detrás de ellos se les ensanchaba la sombra. También yo miraba irse los buses y pasaba una cosa rara. A la altura del poste de alumbrado, las sombras de los buses pasaban adelante y luego se derramaban rápidamente como un agua negra. Y mis nonos también eran una sombra. Pero ploma. Como un agua de algo. Y también miré mi sombra. Y era como un árbol.

De repente el viejo habló.

—Tengo hambre —dijo.

La nona se me acercó por encima y con un pañuelo le limpió los párpados mojados de sudor. Tenía seca la frente.

La abuela me miró y empujó fácilmente el carro.

—Vamos —dijo.

En la esquina me di cuenta que iban a completar la vuelta de manzana. En cuanto giró, se detuvo frente al casero que vendía pescado dentro de las canastas con hielo envuelto en sacos. Pescó un congrio colorado de la cola y lo balanceó al sol buscándole los reflejos. Se veía linda la bestia. El casero la pesó en la balanza portátil y la vieja dijo que se lo diera así, que no lo despellejara, que no lo trozara.

Le dijo al casero que lo quería enterito.

Me extendió el pescado envuelto en el suplemento de *El Mercurio*.

—Llévalo —me dijo.

Ahora era el camino de bajada y la nona tenía que ir parando el vuelo del carrito. El pavimento se accidentaba en ese tramo, y cuando un cascajo levantó la silla, el abuelo estuvo a punto de perder el sombrero. Finalmente lo agarró a la altura del cogote y se lo puso. Pero no se lo puso derecho y encasquetado en la frente como lo había establecido la abuela. Se lo puso acostado sobre la oreja izquierda y más bien caído sobre la frente. Y entonces simuló con un par de dedos un grueso toscano, e hizo como que lo llevaba a la boca, y supuso que echaba humo en redondelas. Me miró levantando las cejas y dijo:

—Humphrey Bogart.

Y después le sacudió las cenizas como paleteando una bola de ping-pong y dijo:

—Yanqui, sifilítico, fantástico.

Era mucho más fácil entrar la silla al living que salir de él. Bastaba empujar la barra hacia abajo para que el coche se acomodara solo en el peldaño. Papá se había ido al trabajo y mi madre cocía unos alborotadores tallarines al fuego lento. El viejo quedó instalado en el comedor, junto a los ventanales, y la nona vino a unírseme a la cocina.

—¿Qué trae ahí, mamá? —preguntó mi madre. La vieja desenvolvió el congrio y lo sacudió espaciosamente desde la cola.

—Le compré este congrio al casero —dijo—. Voy a hacerlo cocido y con el pellejo.

—Así le gusta al nono —dijo mi madre.

Yo me fui al patio a leer una de historietas. Es cierto que me gusta revolotear por la cocina y mirar lo que hace la gente. Verdad que tengo pasión por mirar a la gente trabajando. Pero esta vez me fui ansioso por leer las historietas. Leí *Barbarella*, un *Barrabases* viejo, y hojeé los aprontes de los caballos para el domingo.

Calculo que pasó todo un rato, porque cuando la abuela me llamó

levanté la vista y vi que ninguna de las cosas alrededor tenía sombra. Estaban solas y tiradas.

Yo sabía mi misión. Fui hasta el escaparate de vidrios y saqué la servilleta en forma de babero. Avancé hasta el nono y se lo colgué del cuello.

—La guagua —dijo el viejo.

Se lo amarré por detrás y luego di la media vuelta para ver a la abuela colocarle el plato humeante sobre la bandeja yugoslava. El nono hundió la cuchara y sopló el primer bocado torrencialmente. Enseguida abrió la boca y se lo echó dentro amasándolo sin prisa. Cuando lo engulló, los labios se le abrieron largos y horizontales y entonces se pasó la lengua por las encías despobladas. Después se guardó la lengua y sonrió.

Yo me fui a dar una vuelta por ahí porque no soporto el pescado.

Balada para un gordo

Cuando Juan Carlos llegó al curso todos nos alegramos porque nos hacía falta un gordo.

Apareció en medio de una clase de inglés y la sonrisa corrió rápida y espesa como una rata. Conocíamos las feminoides histerias de Mr. Smith (¡Smith y profe de inglés!) e intuimos que las carcajadas no podrían ir más allá de nuestros diafragmas para quedar impunes: allí se convulsionaron esa primera hora de la mañana en el vacío del ayuno. Si se asomaron a la cara fueron un rictus de la boca o un chispazo insolente en los ojos.

A Juan Carlos lo acompañaba un inspector pequeño y delgado hasta la insignificancia a quien los trajes nunca alcanzaban a cubrirle los tobillos ni las muñecas. Nosotros dictaminamos que el inspector Soto se compraba los trajes en la sección infantil de Falabella para ahorrar plata. Era justamente Soto el que empujaba a Juan Carlos en la sala ofreciéndoselo a Mr. Smith como un vacuno al matarife. En un momento los dos le tenían agarrado un brazo y el gordo les sonreía ausente como un abanico cada vez que le hablaban.

—Valparaíso —le oí decir de repente.

Desde el banco de atrás calculé que todos estaríamos sacando cuentas. Quince de la Chile, diez del Colo-Colo, ocho de la Católica, dos del Audax. Si el Gordo era del Wanderers prácticamente sería el representante oficial de provincias y las discusiones del urinario los lunes por las mañanas cobrarían una atracción extra. Cuando Soto le señaló un banco en mitad de la hilera calculamos que tendríamos que entrar nuestros hombros con vista al pasillo para que pudiera filtrarse. Lo hizo con un cuaderno en la mano y esa sonrisa que al comienzo la creímos ruborizada y con los días simplemente rozagante.

—Me gané el gordo —susurró el rucio Dorfman, enchuecando la boca mientras lo veía avanzar.

Juan Carlos se sentó y por cierto que todos nos asomamos al pasillo a ver cuántos centímetros de nalga le sobraban a la madera. Mr. Smith nos distrajo la curiosidad con una típica actitud de profe de película yanqui. Se creía Mr. Novack, la loca.

—*I want you to meet our new friend Mr. Juan Carlos Osorio. Say* «hello» *to him, people*.

—*Hi* —exclamamos, en un tono harto más chillón que el natural.

—Juan Carlos —dijo Mr. Smith—, *do you want to explain your friends where you come from*?

Dorfman le punzó el codo al Gordo indicándole que se parara.

Juan Carlos se levantó con los ojos atropellados por un montón de

pestañas sueltas que iban del suelo a Smith, de Smith al pizarrón, del pizarrón a Smith, de Smith al suelo.

—*I don't speak english* —murmuró con un acento cavernario.

—*Beg your pardon?* —impostó Mr. Smith imitando el gesto despreciativo de los viejos aristócratas que salen en las películas de Alec Guinnes.

Se había acercado hasta el banco y con el cuello torcido hurgueteaba coqueteando el cuaderno del gordo.

Juan Carlos fue más parco la segunda vez:

—*No english* —dijo.

Mr. Smith insertó sus pulgares en los dos pequeños bolsillos del chaleco y desde allí les ordenó al resto de los dedos que tamborilearan su tórax.

—¿Sexto año de humanidades and «no english»? —ironizó la burda dicción de Juan Carlos—. *Why?* ¿Por flojera, por ignorancia, por desinterés?

El gordo lo miró en la frente.

—Por principio —dijo.

Mr. Smith ladeó levemente el cuello e hizo con los dedos como si estuviera agitando un abanico.

—*My soul* —exclamó.

En el recreo, Juan Carlos se apoyó en las barandas del segundo piso proyectando su robusto trasero sobre el pasillo. Mientras miraba con toda placidez la palmera del patio me puse al lado y despojando el papel de mi sándwich le ofrecí la mitad.

—¿Querís, Osorio?

Extendió una mano indolente y cogió el pedazo de marraqueta. Lo abrió expertamente con el dedo gordo, como quien hojea un libro, y tras cerrarlo, practicó una abundante mascada sobre la masa crujiente.

—Llámame «Guatón» —me dijo.

Acabó con el pan en la segunda mascada y amasando el bocado en la boca me golpeó repetidamente con el índice el pecho mientras hacía gestos que estaba esperando tener un cachito de boca libre para hablarme.

—Llámame «Guatón», no más —dijo finalmente.

Al final de ese día tuvimos una hora libre y bajamos con los muchachos al gimnasio a jugar *baby-football*. Juan Carlos llegó hasta abajo conversando con un grupo, pero en vez de empezar con chutes al arco para el precalentamiento, se tendió en la lona de karate, con la mano derecha se sujetó la cara, y luego extrajo un libro de tapas grises.

—¿Con qué te estay pajiando, Guatón? —le preguntó Hernán

González.

El Gordo nos cedió una mirada aburrida y levantó un poco la portada para que captáramos el título.

—El ex-tre-mis-mo-en-fer-me-dad-in-fan-til-del-revo-lu-cio-na-rio-vla-di-mir-i-lich-le-nin —silabeó monótonamente Hernán.

—¿Es bueno? —le pregunté, cambiando de mano la pelota.

Juan Carlos juntó todos los dedos de la mano libre y los sacudió delante nuestro.

—¡Así! —dijo.

González volvió a echarle una mirada al libro y enseguida consideró el cuerpo del Guatón encima de la colchoneta como una fláccida bestia.

—¿Después me lo prestái?

—Bueno —dijo el Guatón.

Y agregó sin levantar la vista.

—Si no entendís algo, yo te explico.

—A mí también, Gordo —le dije.

El primer recreo del sábado nos juntamos en el baño a fumar cigarrillos y a tramar desesperadamente una fiesta para la noche.

—¿Tenís alguna picada?

Nos angustiaba la idea de pasar la noche oyendo radio o jugando a los naipes con los papás de nuestras cabras. Habría que pinchar fiesta donde fuera. Muchos ya teníamos pololas oficiales y los sábados se jarpeaban de lo más petiteros y olían como bebés que le han limpiado el culo con talco. Quien más quien menos, se daba una ducha con la colonia del hermano menor o aparecía con cigarrillos Richmond en el interior de la chaqueta.

Esa mañana pinchamos el cumpleaños de la hermana de Dorfman. El Rucio hizo un aparte en la última casilla del water para que no corriera la nueva y los bolas del curso se tiraran con paracaídas.

Seleccionó a González, a Marcelo Charlín, a Múttoli, al Pije Marín y a Gilberto Llanos.

—Morir pollo —advirtió.

A mis espaldas estaba el Guatón meando.

Lo indiqué con el mentón y le consulté con los ojos a Dorfman que si lo llevábamos.

—Avísale —dijo.

Su última instrucción:

—Lleven trago.

—Gordo —le dije, acompañado por mi grupo—. Te invitamos a una fiesta esta noche.

Juan Carlos guardó su asunto bajo la bragueta y corrió el cierre.

—¿En casa de quién?
—De Dorfman.
—¿Puedo llevar a mi polola?
No vi la cara de González ni la de Llanos, pero adiviné el irónico estupor que transmitían sus perfiles. Supe lo que estaban pensando porque yo también lo estaba pensando. Supe que estaban pensando en cómo sería la polola de Juan Carlos. Es decir, supe que estaban pensando en la Sarracena de *Ocho y medio*.
—Supongo que sí —dije, controlando en los labios la ironía.
—Seguro —dijo Llanos.
—Descueve —dijo el Gordo.
Y luego:
—Tengo algo para ti.
Y me pasa un libro de cartón rojo que resultó ser *El manifiesto comunista* de Marx y Engels.
Después rodó por el pasillo del baño hasta la puerta y allí se dio vuelta a González.
—Léanlo los dos —dijo, señalándonos con un dedo— y cuando terminen les presto otro.
Iba a desaparecer tras la puerta cuando vaciló un segundo.
—Y si hay algo que no entienden, pregunten, ¿está claro?
Me puse el libro bajo el sobaco y finalmente recurrí al urinario porque casi me meo de risa.

En la noche la noticia de que el Gordo vendría con su polola había corrido medio Chile.
—A ver si la trae en un camión.
—«Señores, yo soy muy flaco...»
—Va a tener que bajarla con ayuda de un pioneta.
—Cuando llegue fondeen los canapés.
Me opuse terminantemente a que Múttoli metiera en el gramófono un disco de moda que se hueveaba a los gordos. Cuando me percaté que lo había dejado a mano para la entrada triunfal, deslicé el disco bajo un sillón y nunca más se supo.
Más o menos a las diez de la noche teníamos los cuellos de la camisa sucios y el cogote levemente mareado. Todavía no era la hora del *cheek to cheek* y como está Skármeta de *disk-jockey* aún no superábamos la prehistoria de Elvis Presley y de Ricardito. A esa hora, salimos un grupo grande a hablar puras huevadas al porche. Siempre estábamos juntos de ese modo: un trago de cubalibre en la mano, y en la otra un cigarrillo que apurábamos mirando de reojo a las cabras, evaluándoles las piernas, husmeando en sus escotes, tanteando el terreno para cuando fuera más tarde y se encendiesen las luces

indirectas y González se las arreglara para desconectar la lámpara central del techo.

En eso estábamos, fúmale que fúmale, chúpale que chúpale, cuando vemos que de un taxi baja Juan Carlos. Todos lo descubrimos al mismo tiempo. Y en ese mismo momento supe por qué. Supe que era porque habíamos salido al porche a esperarlo. Lo habíamos descubierto al mismo tiempo porque todos queríamos ser los primeros en ver la polola del Gordo.

Múttoli bajó el par de escalones y avanzó hechizado por el jardín. Yo caminé hasta la columna y me agazapé con el cigarrillo mascado entre los dientes.

Y entonces, cuando el Gordo terminó de pagar dificultosamente la cuenta del taxi, apareció ella. No quise mirar la cara de nadie. Simplemente me limité a sentir cómo toda la saliva agolpada en el buche se me deslizaba por la garganta. Nosotros éramos cabros que recién salíamos de la paja. Teníamos pololitas de pechos magros y colas de caballo. Pollitas con el talle largo y la vagina clausurada hasta el anillo nupcial. Nosotros habíamos visto hembras con caderas verdes y pechos como manzanas sólo en Cinemascope. En los estrenos del Astor, no más las habíamos visto.

Y no es que la polola del Gordo fuera una belleza, ni siquiera que su cuerpo se prensara armónicamente a su vestido, incluso tal vez fuera demasiado baja para tanta pechuga y tanto meneo en las ancas. Pero lo irresistible, lo fascinante, lo descueve que tenía esa hembra, era la boca bestialmente pintada de rojo con sus dientes bulliciosos y luego una mirada larga y húmeda.

El Gordo se depositó en medio del grupo, y secándose la transpiración con el dorso de la mano, nos dijo:

—Les presento a mi polola.

Le extendimos la mano simulando displicencia.

—Tanto gusto.

Dos horas más tarde yo y el Gordo estábamos hundidos sobre la mesa, discutiendo quién iba a ganar las elecciones del 64. Yo habría consumido media tonelada de cubalibre, y para decir un monosílabo tenía que darle cuerda a mis labios. El Gordo hablaba golpeando el puño en el mantel, y cuando no hablaba porque yo tomaba la palabra, encendía el cigarrillo que a cada rato se le apagaba. En un momento pensé que era una conversación apasionada íntima y agradable, pero al procurar otro trago noté que en verdad estábamos discutiendo y que la mitad del curso participaba con los ojos así de abiertos.

Yo no recuerdo lo que dije entonces, pero lo supongo. Es decir, no puedo oír lo que me dice nadie cuando hay un disco sonando en el

fondo. Me acuerdo que el disco era *Love me do* por los Beatles, pero no me acuerdo qué fue lo que *yo* le discutí al Gordo. Sí me acuerdo cuando el Pije Marín le dijo a mis espaldas:

—La estái cagando, Guatón. Todavía no tenemos derecho a voto y ya estái hablando las huevadas comunistas.

—Es decir —dijo el Gordo— que no podemos luchar.

—Somos muy niños —dijo Marín.

El Guatón sacó una foto. Yo hice bailar torpemente mi cuello sobre ella y lo único que vi fue un montón de gente muerta. Parecían una familia.

La extendió hasta las narices de Marín.

—Mira, Pije —le dijo—. ¿Qué estái viendo ahí?

Marín le concedió una ojeada y luego la nariz taimada y desdeñosa.

—Una foto con unos huevones muertos.

—¿Sabís quiénes son?

—Deben ser de la guerra de Vietnam. Ustedes salen siempre con la misma huevada.

—Es decir —dije yo, poniéndome posiblemente de pie— que tú apoyái la guerra yanqui en Vietnam.

—Espérate —me calmó el Gordo.

Volvió a meter la foto en la nariz de Marín. A su lado estaba también el loco Múttoli.

—Esto no es Vietnam, Pije.

Marín se encogió de hombros.

—Esto es Santiago. Esta gente que hay *aquí* la masacró un gobierno derechista *aquí*, en Chile.

El Pije se arregló el nudo de la corbata.

—Es lamentable que sucedan estas cosas —dijo—. Por otra parte, yo estoy contra la guerra de Vietnam.

El Gordo se guardó la foto bajo el chaleco.

—¿Y ahora tú seguís pensando que somos muy niños para meternos en política?

Marín encendió un cigarrillo.

—¿Y estos cabritos de la foto, no estaban muy cabros para que los mataran? —acusó el Gordo con un imperioso dedo.

—En fin —dijo el Pije.

El Gordo lo miró fijo como esperando otra palabra, pero el Pije le quitó la vista e hizo como que buscaba una botella sobre el mantel. Entonces cateó alrededor y como los vio a todos tremendo de callados dijo «voy al baño».

Una hora después yo bailaba con la Francisca, mi polola de hacía un año, pegadito a su vientre. Siempre que tomaba trago me daba por

hacerle lo mismo. Entonces ella se arqueaba un poco para no sentirlo entre las piernas y el trasero le quedaba un poco paradito. A estas alturas de la noche yo le comenzaba a decir que ya estaba bueno que nos acostáramos. Que ya no estábamos para andar como las otras parejitas huevonas. Que llevábamos un año de pololeo y qu'iubo.

Al cabo de estas conversaciones tampoco pasaba nada. Excepto que ella se ponía a llorar y yo la ocultaba en una escalera y un poco la consolaba y otro poco le tocaba las tetas. A esa hora exacta, en todos los rincones pasaba lo mismo. Había entre las parejas más tira y afloja que en las compraventas de los turcos. Conclusión, que los cabros quedábamos con las manos pasadas a laca de tanto sacudirles el pelo y con unas ganas locas que ahogábamos en alcohol, como decían los tangos. A las muchachas se les descomponía el maquillaje, las caras se les amofletaban de calentura y no les quedaba otra que meterse al baño un par de lustros a ponerse en orden.

En eso dejé a mi Francisquita, tan rica ella, y acomodándome los estragos con las manos en los bolsillos, caminé por el segundo piso hasta la terraza y me puse a mirar la luna. Cuando no miré más la luna comencé a pasear por la terraza aliviado de que mi pico se fuera aplacando.

Éramos en el fondo tan cabros chicos que nos pasábamos todo el santo día hablando de tirarnos una mina. En los bancos ya no cabía ni un simple coco más. Ahora habíamos comenzado a dibujarlos en los respaldos. Por eso, cuando me asomé por la ventana en la terraza y vi lo que mis propios ojos vieron, me eché de bruces a un costado temeroso que el ruido de mi corazón entrara a la pieza. Me apoyé contra la pared, saqué hacia el vidrio un cachito de nariz y todo este ojo, y los fijé como un alfilerazo sobre la cama.

El Gordo tenía a su polola desnuda en la frazada. No totalmente. Quiero decir totalmente abiertos los pechos, sobre los que caía una inolvidable luz rosada desde la pantalla del velador. Y totalmente abiertas las piernas, entre las que abruptamente saltaba una motuda verdura repolluda como col y brillosa como una crin. Lo único que le quedaba sobre el cuerpo era la falda enrollada en la cintura. Más hacia arriba, su cabellera derribada como un agua oscura sobre la almohada lila, y entre medio de todo ese pelo que temblaba como una espuma, como una danza, le salía una lengua roja, ancha, mojada, extensa, y esa lengua pedía lamer, pedía otra lengua como la suya, quería abrir todos sus poros calientes y morder y estrujar en ellos otra lengua, amasar otro animal dentro de la boca.

Pero Juan Carlos no se apuró en recibir el recado. Apoyado en una ridícula rodilla, su propia masa le entrababa la maniobra de arrancarse el pantalón. Entre sus movimientos, a veces la luz del velador le hacía relumbrar la cara fláccida empapada como una

esponja. Finalmente el pantalón cedió, pero el movimiento con que lo culebreaba hacia los calcetines era pesaroso, milimétrico, y ahora las manos de ella se unían a la lengua y le tocaban el sudor bajo las axilas y seguía esa cortina negra allá arriba en la cabecera y el Gordo entonces tironeó fuertemente el calzoncillo, y ahora sí se le asomó su pedazo, vibrante, granítico, como si hubiera saltado desde una caja de resortes, igualito a esos payasos que vienen en los paquetes sorpresas. Un pedazo que era como todo el Gordo: ancho y corto. Es decir, visto el Gordo, uno no hubiera necesitado de más explicaciones para dibujar su pedazo.

Pero todo, absolutamente todo lo anterior (aparte que rápidamente su pedazo se perdió entre esa verdura preciosa) no tuvo comparación con la magnífica popa blanca que comenzó a bambolearse sobre ese campo eléctrico que era la morocha de allá abajo.

En mi vida había visto un culo más poderoso, más blanco y más muelle. Un poto enorme y glorioso como un acordeón que se apretaba y contraía igual que el corazón de una fiera.

El culo de Juan Carlos era un culo absolutamente feliz.

Hernán González estaba ahora a mi lado y en la rápida mirada de reojo que le concedí lo vi entre fascinado y molesto.

—Huevón —me dijo—. Yo creo que la estamos cagando.

—¿Cómo? —pregunté, mientras miraba las proezas que ese poto era capaz de hacer cuando se le imprimió movimiento.

—Es una mariconada que estemos mirando al Gordo hacer esto —declaró como en un trance.

Yo tragué saliva cuando vi subir el vientre de ella medio metro mientras sus hombros seguían pegados en la cama.

—Vámonos —dije.

—Vamos.

El 19 de noviembre hay decretado paro nacional pero igual los papis nos mandan a clases. Hay profesores que no faltan una así se estén muriendo. Ese mismo día el Gordo vuelve a sacarse chancho siete en clase de inglés. Rayaba una hoja de cuaderno con cualquier cosa, cuando Mr. Smith se le apareció en el pasillo y le golpeó delicadamente el hombro con un puntero. Después se metió el puntero bajo el brazo como un cantante de *music hall* y adelantó insinuante el costado derecho de su cadera.

—*May I know what are you writing*, Mr. Osorio?

—*Nothing* —contestó el Gordo, en un inglés chirriante.

Smith insinuó lavarse aquella hórrida pronunciación en la oreja, pero lo que hizo en verdad fue pellizcarse un lóbulo. Mirándolo a los ojos, tomó el cuaderno de Juan Carlos como tirando la cola de una

rata:

—*May I see it*?

El Gordo se encogió de hombros y apartó la vista. Justo en ese momento advirtió que en la ventana había un chico haciendo señas. El Gordo se indicó el pecho con un dedo y levantó las cejas consultando si en verdad era con él la cosa. En la ventana el otro le dijo que sí con un estridente dedo.

—*What's this, Good Heaven?* —declaró ampulosamente Smith, sacando de entre las hojas del cuaderno una foto de regular tamaño.

Juan Carlos ignoró la foto y en lo que dura una pestañeada alcanzó a ver que el muchacho de afuera tenía una radio a pilas sobre la oreja y le indicaba el artefacto con la mano libre.

Ahora era yo el compañero de banco del Gordo. Sentí su rodilla urgente y me puse de pie arreglándome el nudo de la corbata. Este pechito tenía siete en Inglés, no mediante Shakespeare, sino vía Nat King Cole, Brenda Lee y Beatles.

—*Tat's a photograph*, Mr. Smith.

El profe congeló la cara y levantó una milésima de labio superior. Con ayuda de una lupa hubiera sido una sonrisa.

Me puso la foto bajo la punta de la nariz e indicó con las cejas que la mirara.

—*I know is a photo. But who are the characters, for God sake*?

Aun con el material demasiado encima vi que era una simple e inmunda foto de cajón, de esas que sacan los profesionales en las plazas con sombreros hallullas, delantales blancos, y aproximadamente siglo y medio de plácida vida provinciana en la galaxia. Y ahí aparecía el Gordo abrazado a una rubia y también la rubia abrazaba al Gordo pasándole la mano por la espalda. Miré a Juan Carlos y le devolví la foto a Smith.

—*Te characters are* Juan Carlos Osorio *and a girlfriend, sir* —dije.

Sentí el segundo rodillazo en el muslo. Antes de que Smith comenzara a abanicarse con la foto, continué:

—*Sir*, Osorio *says he's very sorry but he has to leave right now because he feels extremely sick*!

Le dije al Gordo:

—Puedes salir no más.

Se levantó y rodó muellemente por el pasillo hacia la puerta. Smith lo siguió con la mirada, y cuando hubo salido, acercó su nariz a mis ojos, dejó caer la fotografía sobre el banco, y después desenvainó el puntero para hacer una pirueta guaripolesca.

—*It's curious* —dijo.

Enseguida se rascó uno de los dientes superiores con la puntita de la uña y me puso el puntero sobre el hombro.

—Siéntese.

Al recreo salíamos comiendo un sándwich que Dorfman había trozado para compartirlo conmigo, cuando vemos que el Gordo se nos aproxima a grandes y mofletudas zancadas seguido por el chico de la radio.

—¡Al gimnasio! —dice.

Lo seguimos con la radio a pilas apagada. Estaban comenzando los Beatles y oíamos a los Beatles casi tanto como respirábamos. El primer mes de clases resultaba extraño ver una mano sin receptor. Finalmente los inspectores iniciaron una *razzia* y las radios confiscadas las tuvieron que venir a buscar los meros papis.

Cuando cerramos la puerta del camarín, el chico de la radio instaló una barrera con el caballete y enseguida yo y González nos sentamos sobre él.

Juan Carlos le dio volumen al receptor y prácticamente nos lo metió en las orejas.

—Oigan —dijo.

Al comienzo no entendimos nada de nada. Lo único captable era un locutor de tono estrangulado. Parecía que hablara por micrófono y teléfono al mismo tiempo. También había un trasfondo ruidoso, igualito que cuando se acaban los programas en la tele y aparecen esas rayas locas en la pantalla y suena *chrr*. Solamente una vez antes había oído tan mal la radio y fue cuando lo del terremoto grande en el sur que informaban todo por teléfono. Ese ruidito por la radio me pone los pelos de punta.

—Oigan —dijo el Gordo, con los ojos redondos muy apretados entre los pómulos y las cejas, mientras usaba los dedos explorando un puntito del dial que afinara la transmisión.

—¿Qué pasa, Gordo? —dijo Dorfman, apartando un poco la radio—. No se oye ni cresta.

Juan Carlos arrebató el receptor del centro y lo desconectó al mismo tiempo que empezó a hablar.

—Compañeros —dijo—. El gobierno disparó contra los trabajadores. Mataron a ocho pobladores en la Caro. Los mataron, compañeros.

—¿Por qué?

—Pusieron durmientes en la vía del tren. Es por el paro nacional. El gobierno sólo quiere dar un quince por ciento de reajuste.

Nunca pensé que el Gordo pudiera desplazarse tan rápido por un cuarto pequeño. Curiosamente ni transpiraba. Eso sí que tenía el rostro apretado como una bala y la lengua se le asomaba vertiginosa a humedecer los labios y la Nuez de Adán le bailaba para arriba y abajo. Golpeó con el puño entre el hueco del taburete que dejábamos González y yo.

—¿Vamos a aguantarlo? —gritó—. Hay paro nacional para que el gobierno pague el cincuenta por ciento. ¡Hay paro nacional y nosotros

aquí hueveando!

Yo tenía un dedo en la nariz y Dorfman estudiaba hechizado los puñeteos del Juan Carlos en el taburete. El cabro de la radio volvió a instalársela en la oreja.

—¿Vamos a dejar que cabrones maten a nuestros hermanos mientras nosotros nos quedamos aquí pajeándonos?

Me limpié la transpiración de las manos sobre la tela del pantalón.

—No —me oí decir.

—No —repetí, mirando ahora al Gordo y saltando al piso.

Y luego dije «por supuesto que no» mirando a Dorfman y a González. Entonces González:

—Por supuesto que no.

Y Dorfman:

—Ni cagando.

El Guatón se adelantó y nos tendió uno por uno su mano mofletuda y vigorosa. A mí me pareció haber visto esta escena en una película. Pensé que la primera vez que había dicho «no» era porque el Gordo estaba indignado y era mi compañero y simplemente no lo iba a dejar solo. Pensé que la segunda vez que dije «no» era porque quería impresionar al González y al Dorfman. Pero algo distinto vislumbré cuando dije «por supuesto que no» saltando al suelo; algo que me saltó desde el estómago, un puñetazo que me desgranaba sus dedos quemándome hasta la garganta.

Juan Carlos nos midió con la vista despacito y antes de hablar se mordió la punta de la lengua y empujó con las manos el espacio vacío como si estuviera probando su densidad.

—En todas partes el pueblo está alzado. En Dávila, en la Feria, La Esperanza. También en Lo Valledor. Formaron barricadas con piedras y bloques de cemento.

Hizo una pausa para respirar hondo.

—Va... mos... a... de... jar... la... ca... ga... da.

El Gordo lo silabeó sin ningún aparataje. Incluso con las manos siguió palpando el aire. Como sujetando el aire para que no se derramara.

—En cuanto termine el recreo, te vas al segundo piso y recorres las filas de los sextos. Dorfman las de los quintos y González y yo nos encargamos de los pendejos. Les dicen: vamos a la huelga. Les dicen: júntense en el patio. Recorran las filas rápidamente y griten que es orden del Centro de Alumnos. ¡Que bajen al patio!

Curiosamente los cinco nos estábamos arreglando el pelo o nos sobábamos las manos.

—Que bajen todos al patio —repetí.

González:

—¿Y entonces?

El Gordo:

—Entonces yo les hablo desde el segundo piso.

Nos miramos entre todos por una fracción de segundo.

—Gordo, no es fácil entrar a este colegio. Tú eres nuevo, y si te metes en política, bueno...

Dorfman:

—Te van a sacar cagando, Gordo.

El Guatón se acomodó el pelo mesándose con las dos manos y luego cruzó sus cortos brazos sobre el abundante pecho.

—Después que yo hable nos juntamos en la esquina de Alameda para el desfile. ¡Partieron! —dijo el Gordo.

Mientras corría por las escaleras me acordé que no había comido mi trozo de sándwich. Solía darme un hambre endemoniada a esa hora. Pero en ese momento hubiera sido incapaz de tragar una aceituna. Quería tomar agua, una jarra de agua, una jarra de esas plateadas que se humedecen por fuera y es rico tocarlas y limpiarles el sudor.

Me metí por la fila del Sexto Matemático golpeándoles los codos.

—¡Huelga inmediatamente, compañeros! ¡Bajen al patio! ¡Orden del Centro de Alumnos!

Mientras pasaba algunos grandulotes ahuevonados me coscachearon en la cabeza y los más chicos de la cola me pateaban el poto y después se hacían los giles.

Cuando llegué a la punta de la doble hilera, los cabros más interesados se habían agolpado a mis espaldas.

Grité dramáticamente, cuidando con el rabillo que no viniera el inspector.

—Huelga inmediatamente, compañeros. ¡El gobierno asesinó! ¡Orden del Centro de Alumnos! ¡Bajen inmediatamente al patio!

A mi lado se puso un morocho de nariz espinilluda y aguileña. Le decían el Cuervo, y era el capo del Quinto Efe.

—Bajen todos —gritó—. ¡Se acabaron las clases!

Sin mirarme, me agarró el codo, y susurró antes de seguir gritando:

—Yo *movilizo* a estos huevones.

Mientras me metía en la fila del Sexto Humanista fui repitiéndome la palabra «movilizo». La fui bailando a brincos por las hileras. Me sonó dramática, adulta. Sentí que en mi boca abundaría como una camisa fresca en verano. Supe que se me había clavado en la lengua y que me costaría sacarla.

—¡Huelga! —dije—. ¡Bajen todos al patio inmediatamente! ¡Orden del Centro de Alumnos!

Junté en un choclón a las dos filas en el centro del pasillo.

—¡Bajen! —grité—. El gobierno asesinó a trabajadores en la José María Caro. Orden del Centro de Alumnos. ¡Bajen! ¡Movilícense!

Vi a los muchachos derramarse en una estampida por las escaleras.

Me pasé la mano por la boca. Solo en el pasillo, mientras los pendejos se despeñaban como una jauría de indios seguidos por cowboys, bang bang y iuju dije para mí mismo:

—Listo, Gordo.

Un rato después, la expulsión del Gordo estaba resuelta. Se lo comunicó el rector en persona cuando la barrera que formamos alrededor de Juan Carlos le flanqueó la entrada. Cargo: incitación a la violencia, promoción de huelgas e insolencia hacia las autoridades.

Juan Carlos oteó los gestos patricios del rector como quien contempla un programa de títeres en la tele.

Dentro de la escuela no quedaban pendejos ni pa muestra. Desde arriba vimos explotar a los cabros como un fuego artificial, descamisados, moquillentos.

El Gordo siguió mirando al rector, pero en realidad no lo veía. Yo me di cuenta que ahora repasaba mentalmente lo que él mismo había dicho. Que estaba revisando el final del discurso. Desde un punto de vista social, e incluso teatral, fue muy raro que se alejara mientras el rector le seguía hablando. Se acomodó las chalchas bajo el pantalón y dijo como si recién se hubiera acordado:

—Perdone, señor, pero tengo que ir a la esquina.

Me acuerdo por lo que siguió y también porque esa fue una de las últimas veces que vi a Juan Carlos en mi vida.

Lo que siguió fue que cuando el viejo se quedó propiamente sin interlocutor, nosotros, que estábamos aireando la jeta, pagamos el pato.

—Ustedes —dijo el rector— quedan suspendidos por una semana y vienen con sus apoderados.

En la esquina el Gordo despachó a la mitad del grupo por Ahumada y a la otra mitad les indicó la Moneda. Les dijo: ¡Griten fuerte, maricones!

Compró un pan amasado con jamón y mientras caminábamos a la delantera de los más pendejos lo masacró en un par de mascadas. Yo lo rechacé con un gesto cuando me puso el concho cerca de la boca.

—Gordo —le dije—. Estuvo descueve la movilización.

Trasladó la masa de pan de un carrillo a otro y tragó saliva largamente:

—Eso no es nada. Ahora viene lo bueno. Van a llegar los pacos y nos van a sacar la chucha.

Ladeó el cuello para mirarme y me habló entre divertido y serio.

—¿A ti te importa morirte?

Hice como que me apoyaba en una pared para no desmayarme.

—Che, Gordo —hablé como compadrito argentino—. Yo de filosofía

no entiendo, ¿viste?

—Te pregunto en serio.

—Bueno, ¿morirme de qué? ¿De enfermo o algo?

—No, de que te apaleen, no más.

Sentí que íbamos rápido y que un chorro de transpiración se me desprendía de la axila. Iba liviano y saltarín como un canguro. Pasó una hembra estupenda por mi lado y me miró un segundo larguísimo y me sentí descueve.

—Mira, Gordo. En verdad preferiría no morirme. También preferiría que no me sacaran la chucha. Preferiría pasar la vida tirándome minas como esa.

Juan Carlos se limpió la transpiración con la manga de la camisa y ni me miró cuando volvió a hablar.

—¿Y tú sabís lo que pienso yo?

—¿Sobre lo de morirte o no morirte?

—Sí.

Me limpié feliz las manos sobre los pantalones.

—Te importa una hueva —contesté.

El Gordo sonrió.

—Es decir, guataca —agregué—. Te da lo mismo la huevada. ¡Te importa una hueva!

—Exacto.

—Porque yo te caché, Gordo. Tú eres un agitador marxista.

—Justamente.

—¿Sabís por qué?

—Porque los explotadores son unos hijos de puta.

Sin dejar de caminar me tendió su mano espaciosa y sudada.

—Compañero —me dijo.

A la una de la tarde estábamos meticulosamente aporreados estudiándonos nuestras heridas en el calabozo. Mi mejor aporte consistía en las huellas no visibles de un lumazo seco y entrador entre el hombro y el pescuezo. Recuerdo que fue a dar ahí en la ligera maniobra que inicié para salvar mi oreja. Levantando y tirando hacia la derecha el cuello de la camisa, emergía el espectáculo de una mancha violeta gruesa como un plato y triste como un anillo. Juan Carlos la estudió con indiferencia de enfermero, o de barman, y dijo:

—Hijos de puta.

Más para darme ánimo que para lamentarse. En retribución tuve que opinar sobre su contusión encima del párpado. Por cierto que la de él tenía mejor ángulo ya que de alguna manera el lumazo le había aserruchado parte de la nariz. Y aunque la sangre se hubiera secado le quedaba aún una abundante costra roja. Yo no sabía si era más grave

una mancha morada de este vuelo o un chichón en la frente más una costra de la nariz.

Cuando llegó mi viejo a sacarme, daba por sentado que también saldría Osorio. Hasta caminamos juntos del calabozo al hall. Ahí mi viejo firmó no sé qué cresta, me tiró un cachuchazo que recibí gruñendo y luego se dio vuelta para mirar a Osorio.

—Ese no —dijo el teniente.

Y agregó:

—Es Juan Carlos Osorio.

Su voz me pareció mágica, crecida. Se me ocurrió que el teniente era un cura y que acababa de decir la misa. Se me ocurrió que el Gordo era gordito como todos los niñitos Jesús que había visto. Me acerqué todo ceremonioso y le tendí la mano.

—Te cagaron, Gordo.

El Guatón se acomodó las chalchas lo mejor que pudo, apretó fuertemente la boca, y los pómulos se le vieron cómicos y esponjosos como los de Dany Kaye cuando juega al payaso. Cuando me estrechó la mano movió orgulloso la quijada.

—Tengo hambre —dijo.

Miró significativamente la mano de mi viejo apretándome del codo para llevarme.

—Nos sacaron la cresta, Gordo.

—Como te dije.

—Como tú dijiste.

Le extendí otra vez la mano y tuvimos un apretón largo y sentimentaloso.

Dos semanas más tarde estaba inscrito en el partido y había formado un núcleo en el Liceo. Ahí están González, Dorfman, Llanos, Petit Fleur Millar y Escobedo. Antes de las vacaciones teníamos una biblioteca política de treinta libros y sesionábamos todos los sábados en mi casa. En marzo elegimos Centro de Alumnos y sacamos a Millar con el setenta por ciento de los votos. Petit Fleur se queda a cargo del Centro del Colegio y todos los de Sexto nos vamos a trabajar en las poblaciones. Los profes me miran con respeto y me paseo con el *Granma* y el *Marcuse* debajo del sobaco.

Dos años más tarde vienen las presidenciales y cagamos fuego. Gana Frei. Esto es el 64. Estoy de alumno brillante en la Universidad y de novio con una mina descueve. El 66 el gobierno masacra obreros en El Salvador. El 69 masacra pobladores en Puerto Montt. El mismo año me eligen dirigente de la juventud del partido para todo el país.

El 70 ganamos las elecciones presidenciales con el Chicho Allende y ya tengo un hijo. Yo, que he sido todo un capo en la Universidad y el

partido, termino de Intendente en el sur de Chile. Soy el pendejo más joven con un cargo de tanta responsabilidad. Llevamos meses en el gobierno y la reacción no halla por dónde buscarnos el golpe de Estado. ¡Nada!: les nacionalizamos el cobre, les liquidamos los monopolios, les estatizamos la banca, pasamos fábricas al área social, les controlamos los dólares, redistribuimos el ingreso. Los momios están desesperados.

En el sur, yo tengo problemas con la línea de los compañeros del MIR que quieren el proceso a *su manera*. Nosotros con leyes, de acuerdo a nuestro análisis. A mí se me arma la grande, porque el ministro no se hace cargo de estos quesos con la pega que tiene. Ayer los nazis mataron a un mapuche y se armó una casa de putas con los cabros del MIR que protestaron con violencia. Conclusión: los carabitates me avisan que traen a uno del MIR que quiere hacerme unos planteamientos.

Me meto a mi oficina, enciendo un cigarrillo y pido que lo entren.

Viene un teniente, y detrasito de él Juan Carlos Osorio.

Viene un teniente, y detrasito de él Juan pantalones marengos. Trae ojotas y las patas sucias, igual que los campesinos de esta tierra. Igual que los campesinos trae la camisa blanca sin corbata y el cuello doblado hacia dentro.

Sé que esto es totalmente sentimental pero se me encogen las rodillas. Tengo el estómago y las bolas apretados. Achunto la ceniza fuera del cenicero y le digo al policía:

—Gracias, teniente.

Deja un expediente sobre la mesa, se lleva la mano a la gorra, y sale saludando.

Yo me abalanzo sobre el Gordo y nos abrazamos debidamente. Y nos separamos para mostrarnos nuestros cuellos anchos y orgullosos, y cuando pongo las manos sobre los fláccidos hombros de Juan Carlos me parece sentirlo más ancho.

Yo hablo:

—Putas, compañero.

Juan Carlos:

—Putas, compadre.

Yo hablo:

—No la cague, compañero.

Él habla:

—No la cague usted, compadre.

Él se sienta por su cuenta en la punta del escritorio. Yo voy hacia el sillón y también me siento.

Y ahí nos quedamos mirándonos.

Hombre con el clavel en la boca

Sinto ânsias, desejos
Mas não com meu ser todo. Alguma cousa
No íntimo meu, alguma coisa ali,
Fria, pesada, muda permanece.

FERNANDO PESSOA

La muchacha bordeó los árboles con el impulso veloz de una mujer sola en un lugar público, entre digno, cauteloso y distraído, como si la soledad fuera una vergüenza y las bocas de todos los hombres estuvieran a punto de llegar a lamerle el cuello o morderle los labios.

Fingió ese aspecto de llevar un destino hasta que hubo atravesado el ancho de la plaza. Cuando llegó al límite, se detuvo concediéndose un largo respiro. Los hombros libraron su rigidez, la barbilla cayó tumbada por una sonrisa, y los codos se aliviaron en un gesto alentador para sí misma. Se había sorprendido otra vez hija de las tensiones y formalidades que despreciaba, de la desconfianza, de la miseria de artificios en la cara, del egoísmo de inútiles dignidades. Pensó: «Igual caminaba desde la salida del colegio hasta la casa. Igual iba al cine los domingos. Todas caminábamos igual. Como si la soledad nos transformara en putas.»

Los hombres y mujeres de la plaza levantaron las muñecas y pusieron atención a la hora. Compararon relojes, atisbaron calles laterales, miraron hacia el cielo como esperando que toda esa inquietud fuera amarrada en algo. Estaban juntos, pero al modo como siguen juntos los que sobreviven a una fiesta muy animada; manoteando el brazo del tocadiscos cuando ya no hay música posible para complacer a todos. Faltaban segundos y nadie quería que el año se fuera como quien despacha una carta en el buzón.

Miraban otra vez a las esquinas. Insistían también en el cielo, llevaban las muñecas a los oídos, y la chica sintió que la brisa hacía temblar su flor sobre la oreja.

Entonces supo que había un hombre a sus espaldas.

Y en el exacto segundo de los abrazos, supo también que ese era el hombre que la estaba abrazando; no con un abrazo de año nuevo frontal, estridente y enfático, sino con la mitad de un abrazo, una insinuación, como se cuelga alguien de un hombro familiar, pero también con la suavidad de quien sabe que ese hombro es frágil.

Ella quiso quedarse en ese silencio ignorante y divertido, prendida en esa captura anónima, claudicando del resto de la escena, los personajes, el decorado de luces irreales, la ciudad, Portugal y la galaxia, pero ya había girado su cuello y ya curioseaba, con una leve tensión en los ojos, los rasgos del muchacho que sólo le dedicó una sonrisa distraída, relajada, accidental, como si llevara tres noches pendiendo de su hombro y ya aburrido de charlar con ella se dedicase a considerar las pequeñas excentricidades de los transeúntes, los gritos y los saludos, igual que si fuese un juez de gritos y saludos.

Con mucha destreza, el joven prendió con la lengua el tallo del clavel que tenía en la boca, y con una curiosa pirueta lo depositó entre las comisuras del labio izquierdo. Allí lo retuvo con la mandíbula apretada.

Ese fue el momento en que la chica corrigió en su mente «feliz año nuevo» y dejó que su propia fluidez hablara por ella.

—Por si acaso, ese es mi hombro —dijo.

—Sí, ya sé —farfulló el joven (más joven que ella), sin mirarla (pero arreglándoselas para mirarla)—. Me colgué del tuyo porque el mío ya no me interesa.

Para conseguir hablarle sostuvo el tallo del clavel con los dientes. Ella alzó la mano libre y le punzó la flor con un dedo.

—¿Parece como que eres vegetariano, cierto?

—No, no me los como. Me los dejo ahí en la boca simplemente.

La concurrencia de la plaza comenzó a desbordarse febril hacia la esquina izquierda. Desde una calle lateral, precedida por bocinazos que acompañaban el estribillo «el pueblo unido jamás será vencido», avanzó una caótica columna de estudiantes y obreros. Ambos se dejaron conducir por la onda y descendieron la cuneta hasta quedar unidos a la cabeza de la marcha. Un viejo de nariz aguda, anteojos abultados, y el tranco visiblemente rengo, sostenía el palo de una inmensa bandera roja. Aunque la gente lo aplaudió con fervor mientras iba pasando, el hombre parecía ausente, nimbado de una pequeña gloria, atento a una música sinfónica que sólo dictaba para él su propia cabeza.

Marcharon un poco delante de él, sin soltarse, mientras que en la plaza se formaban rondas al compás del mismo estribillo. Por todos los huecos se asomaban botellas chorreantes. Provenían de las ventanillas de los coches o las infiltraban ciclistas embanderados. Los estampidos del champagne sonaban aislados entre los gritos, los cantos y las bocinas, revueltos por una brisa apenas fresca, exactamente como si no fuera invierno.

El joven la apartó hasta el restaurante Piquinique y le indicó que se sentara en el snack bar. Pidieron dos sandwiches y un tinto de marca.

—Bueno —dijo él—, yo me llamo Jorge.

—Carmen —dijo la muchacha.

Se pasaron las manos, se las apretaron, y esperaron el vino en silencio. En el intermedio se miraron un poco con sonrisas divertidas y gestos imprecisos. Ella concluyó que no estaba en el estilo del joven preguntar más cosas, aunque sí en el de ella. Pero finalmente tampoco preguntó nada. Trajeron el vino y tomaron la primera copa con una velocidad cómplice. La muchacha paladeó el gusto y el calorcillo en sus pómulos. Él se derrumbó riendo sobre el mesón y hundió la cara entre los brazos. Se sacudió algunos segundos mientras ella servía dos nuevas dosis, y luego levantó el rostro limpiándose las mejillas húmedas. Puso el clavel en la abertura que dejaban sus dientes centrales, imperfectos, y asintió para sí mismo esforzándose por no reír más.

—Estoy muy contento —dijo en español.

—Se ve —dijo la joven.

—Estuve preso un año. Mi viejo estuvo preso cinco años, hasta que se fugó de la cárcel. Murió en Francia.

La chica lo invitó con las cejas a que alzara su vino. Pusieron los sandwiches humeantes sobre el mesón y los comieron con avidez. Cuando sólo quedaron unas migas desparramadas y el mozo hubo ultimado la botella en las copas con destreza profesional, el muchacho dijo:

—Ahora pago y nos vamos a casa. Te quedas a dormir conmigo.

Esperó la reacción a las novedades con un exceso de alerta, fuera de estilo. Estiró los labios hasta permitir que todos los dientes se exhibieran coronados por el clavel rojo con el agujero medio.

—No quiero —dijo la muchacha.

—¿No te gusto?

—No, si de gustarme, me gustas.

—¿Y entonces?

—No quiero.

El joven se mesó el pelo.

—Lo que pasa es que te enojaste conmigo porque no me saco el clavel del hocico.

Ella lamentó que no quedara nada en su copa. El joven le alcanzó la suya, y la muchacha sorbió un poquito, súbitamente seria. Golpeó una miga con un dedo y la recogió en la palma de la otra mano.

—Hice una promesa cuando cayó el fascismo que me pasaría toda la primera noche del año con un clavel en el hocico —dijo, escarbándose suavemente una oreja—. Me puedo acostar contigo, pero no podría ni besarte ni lamerte por el problemita este.

La chica se rascó la cabeza. Supo que en la sonrisa con que ahora lo miraba, terminaba de defraudarlo.

—No puedo —dijo.

El joven pagó la cuenta desembozando un bolsillo con arrugados billetes de poca monta.

Caminaron, entre jirones de desfiles ruidosos y consignas persistentes, separados, en un silencio que él acentuó con la cabeza gacha y las manos profundas en los bolsillos. A metros del hotel, la muchacha decidió plantearle un consuelo:

—Tengo un hijo de cinco años. Está conmigo en la pieza.

Él pateó una pelota imaginaria y se encogió de hombros.

—¿Y tu marido también?

—No. Soy viuda.

—¿Y entonces?

Estaban en la puerta. Ella dijo:

—Buenas noches.

Él dijo:

—Buenas noches.

Y le volvió una espalda rotunda.

La última visión que tuvo la chica fue la de su pelo enmarañado fundiéndose en la esquina con el fatigoso tranvía 11, Graça. Sacó un cigarro con destreza y luego le aplicó una precisa llamarada.

La mucama estaba en su lecho leyendo una historieta de amoríos.

—Todo bien, señora —se anticipó—. Todo perfecto.

—¿No despertó?

—Ni un poquito.

—No sé cómo agradecerle.

—¡Por favor, señora! ¿Estaba linda la plaza?

—Sí —dijo.

—¿Dio una vueltita?

—Sí.

—Año nuevo, vida nueva, ¿no es cierto?

—Estuvo muy lindo.

La mucama bostezó espontáneamente e intentó disimularlo con un pequeño cantito. La muchacha se desabotonó la blusa y puso el cigarrillo en el borde del cenicero.

—¿A qué hora viaja?

—A las diez. Despiérteme a las ocho, por favor.

—Seguro. ¿Y adónde van, señora?

—A Rumania.

La chica estrechó la mano de la mujer en la puerta.

—Fue muy gentil. Se lo agradezco.

—Hasta mañana, señora.

La mucama descendió los escalones y se dispuso a apagar la luz de la recepción. No acababa de pasar el picaporte del vestíbulo, cuando advirtió a un joven con un clavel en la boca asomado en la parte exterior de la mampara. Sin golpear, le indicaba con un dedo

engarfiado que levantara el cerrojo. La mujer adelantó un oído, con curiosidad y reserva.

—Una señorita —dijo el joven a través del vidrio—. No me acuerdo el nombre. Una que tiene un hijo.

—Sí —dijo la criada— la chilena.

El joven la miró gravemente y pestañeó con abundancia. Con un manotón desordenado, quiso reagrupar el pelo que se le derramaba en la frente, sin conseguirlo.

—Exacto —dijo—. La chilena. Tengo que subir a verla.

—Ya se acostó.

—Bueno, no importa. Ábrame.

La mucama levantó el cerrojo y el muchacho trepó los primeros escalones.

—Mire que debe estar durmiendo.

—¿Qué cuarto? —gritó el joven desde el segundo piso.

—El once —dijo la mucama, asomándose a la escalera.

El joven golpeó la puerta, pero no esperó a que le respondiesen. Accionó la manilla e irrumpió en la habitación. La muchacha se mostró desnuda, excepto por el pequeño calzón que estaba a punto de hacer resbalar sobre la cadera. El joven avanzó sin titubeos y desprendió la flor de su boca. La puso en el florero, junto con los otros claveles. Miró los pequeños senos de la joven y volvió a hundir las manos en los bolsillos.

—Bueno —dijo, antes de abandonar la habitación— para otra vez sé más explícita.

Setúbal, Portugal, 1975.

De la sangre al petróleo

Una mañana de garúa en Roma. Para el pasajero en el taxi, recuerdos de películas de hace una década. Algo de Antonioni en las carreteras. Consideradas las cosas después de sucedidas, el pinchazo del neumático pudo haber sido un presagio. El chofer cambió la rueda, imprudente, no demasiado fuera de la pista. El mismo desorden de todo Roma, su exuberancia, sus teléfonos descompuestos, su multitud de curas y militares en cualquier calle.

A las 12.15, el aeropuerto. Un monótono circo de metal y vidrio lleno de kioscos con chucherías deslumbrantes e inútiles apreciadas indiferentes por hombres de negocio, adolescentes pálidos, cruzados americanos dispersando la juventud en una Europa que se repite a sí misma día a día. Y blancas túnicas árabes en solemne abundancia.

LH 303. El pase verde del embarque. 1000 liras derecho de aeropuerto y la voz del empleado: «Puerta 10 u 11. El vuelo está un poco atrasado». ¡10 u 11, LH 303, 12.35 hs.! Cifras que no toleran la fiebre, claves con que la sociedad contemporánea se fija a sí misma en una fotografía. La dulce precisión de un mundo de ejecutivos y ejecutores. Un planeta que es un cuerpo compacto, pero con petróleo en vez de sangre. El líquido fluye suave de las cisternas a los aviones detenidos en la pista. Recordé la vieja canción de Frankie Laine en «Blowin Wild» (¡Exacto, amigo, Gary Cooper y Barbara Stanwick!): *And this girl loved more, loved me back, more than black gold.* Era suave, y escéptico, divagar en el aeropuerto de puertas electrónicas que ya nadie pudiese amar a nadie más que al oro negro.

Vi llegar al Lufthansa e instalarse en la pista mientras en los parlantes hervía un último llamado para el vuelo PANAM. Miré descender los pasajeros del LH 303 con esa envidiosa mirada que conceden los que van a partir a los que llegan. Pensé que tardarían mucho más en llamarnos. Coqueteé con la idea de ir al restaurante y saborear un plato de ravioli, pero me arrepentí. Roma nunca me ha traído suerte y mis esperanzadas monedas en la Fontana de Trevi jamás han sido generosas con los caprichos de mi destino. (Era un día de cine. ¿Te Four Aces? ¿Romanticolor y Clifton Webb?). Decidí atravesar desde ya el control de maletín de mano y pasar en seguida por el escueto arco del detector de metales. Una proeza con cierto suspenso que todos pasamos con su gotita de orgullo. Al descender, el policía me golpeó las monedas en el bolsillo derecho del pantalón. Sonaron cantarinas.

—*Money* —dijo el guardia. Yo le sonreí. Siempre soy muy amable con la gente que desempeña oficios que de ningún modo me gustaría

realizar. Y esa sonrisa lo comprometió, porque se quedó suspirando mientras me alejaba: *«Money, money, money»*.

En seguida, tentativas miradas sobre las pasajeras. Varias caras familiares, las mismas que había encontrado en el festival de cine de Sorrento algunos días antes. De pie, esbelta y aderezada como un modelo publicitario, una mujer se apoyaba en los ventanales que miraban a la pista. Pensé que me gustaría conocerla, que sería alguna actriz que lanzaba al aeropuerto la resaca del festival. Pasó el control otra mujer de quien *sí* sabía que era actriz. Tenía un kilo de sofisticación encima y en cuanto la vi recordé que en el aeropuerto de Nápoles intercambiaba direcciones con un petimetre francés. No me olvidé de ella, porque mientras hablaba con él, se sacaba y ponía los anteojos de una manera bastante fatal. Del resto, no aprecio nada: gente que como yo pertenece a la opaca comunidad de los pasajeros irrelevantes.

De pronto recordé que había olvidado, en la barra del baño del motel, mi camisa predilecta. Pensé que en verdad no me gustaría perderla, y me dispuse a telefonear a un amigo del motel para que me la enviase a München. Emprendí la salida hacia el detector mecánico. En la prensa leí al día siguiente que eran las 12.51. El LH 303 de las 12.35 llevaba 16 minutos de atraso en la puerta 10. Creo que di el primer paso. O lo retrocedí. Alrededor del umbral del arco había un grupo numeroso.

Y entonces el balazo. Uno. Y luego otro, otro y otro aún. Y la quebrazón de vidrios. El tenso ruido de algo que se astilla. Nunca había visto de frente el fuego que dispara un arma. En el cine, por cierto. ¿Habría pasado un segundo siquiera?

Aun de pie, junto a los ventanales izquierdos de la sala, pensé en un momento que la acción tendría que ver con el secuestro de Paul Getty, a quien la mafia había soltado en Nápoles apenas dos días atrás. Supuse que serían los gánsteres huyendo con el dinero del rescate, o el robo de un banco. En todo caso, por un instante tuve la absurda seguridad de que todo terminaría luego. En ninguno de los films la policía deja escapar a la presa en el aeropuerto. Pero, como para desmentirlo, la balacera arreció. Vi que casi todos los pasajeros se arrojaban al suelo. Me dio la impresión que el baleo era indiscriminado, que no se apuntaba a nadie. Que en verdad las balas se rifaban. Y entonces me tendí en el suelo, la cabeza parapetada tras un estante de metal.

Miré hacia atrás, y vi lo que era el pánico. Entendí por qué los directores de cine nunca logran estas escenas. El pánico no tiene ruidos. El pánico es un silencio frenético que se derrama de los ojos, de las bocas tensas y las narices, inciertas, temblorosas. En el pánico todos somos hijos del mismo silencio final. Hijos consternados de la

metralleta madre y del silencio padre, con un gesto que quiere decir: «pasarme esto, a mí, pasajero de avión, ciudadano correcto, puntual en el pago de las deudas, festival de cine, comerciante honrado». Con los cuellos estirados al máximo, todos esperaban que alguien de una compañía de aviación, puntual, uniformado, eficiente, acudiera a resolverles este pequeño incidente en el itinerario. «Por aquí por favor, *please*, *prego*, *bitte*, *s' il vous plaî*».

Y los problemas del pánico no son metafísicos, De estómago al suelo, la mejilla en la baldosa, calculé si el mueble que me protegía haría alguna resistencia a las balas. Deduje que no. Que las balas atraviesan los metales livianos como los cuerpos y las maderas. Que estábamos en el suelo porque así éramos un blanco menos fácil, pero de ninguna manera salvos. No excluí que también tiraran al suelo. En aquel momento no habíamos comprado los diarios del día siguiente con la masacre de Fiumicino en la portada. Las balas y los revólveres no tenían entonces nombre. Proyectil sin apellido, pero con un destino caprichoso que podría ser mi cabeza.

Ahora el tiroteo se acumulaba y reproducía en la caja frágil de la sala de espera. Intuí que todos sentimos lo mismo. Que habría una guerra entre policías y «los otros», en esta misma sala, y que terminaría cuando todos estuviésemos con el cuerpo desgranado. Alcé un poco la cabeza y miré hacia atrás.

Y allí lo vi a ese tipo. De pie, casi casi con las manos en el bolsillo, casi fumando un pucho en la esquina más querida de su barrio, absorto y maravillado del tiroteo, casi como si sucediese en un país lejano, con las cejas levemente divertidas, como diciéndose esto es una patraña, nos están cachando, es Candid Camera, es la imaginación de un joven director afiebrado.

Lo relevaron del sueño mi grito y la munición que voló por su flanco. Entonces se tiró al suelo y gateó hasta la columna. ¡Ahora, abruptamente, el ventanal del frente era DESTROZADO A BALAZOS! En seguida, un hombre corpulento, con impermeable claro, acabó de romper el vidrio con el cuerpo y saltó por la puerta diez sobre la pasarela que llevaba a la losa con los aviones.

Sentí miedo de ver eso. Creí que me comprometía con algo muy peligroso y lejano. Me acurruqué más en el suelo. No quería ya mirar nada más. Ahí vino un silencio. Una pausa que pareció definitiva. Detrás mío había un grupo de cinco personas tras la columna y entre ellos un niñito de seis años. Nos levantamos en silencio y caminamos un poquito, casi en cuclillas. Y allí estallaron los otros ruidos. Ya no balas. Parecían bombas. Alguien aulló algo en alemán relacionado con los aviones. Una nueva lluvia de balas sobre la sala, ahora desde la losa. Tomé al pequeño y lo cubrí con mi cuerpo. Pensé que era inútil, que los proyectiles atravesarían dos, tres, mil cuerpos.

En medio del estruendo brutal, un empleado de aerolínea señaló una puerta de vidrio tras la espalda y nos incitó a salir corriendo. Desembocaba en una rambla igual a la que conducía a los aviones, pero por el lado opuesto. Mucha gente se precipitó sobre la puerta. El niño estaba ahora con el padre. Pronto todos corrían por la pasarela hacia el exterior del aeropuerto.

Yo me quedé donde mismo, agazapado, pensando que tal vez no fuera adecuado correr. Que tal vez a los que *corrían* les metían bala. La policía o quienes fueran. Ridículamente opté por una solución que Peter Sellers habría envidiado. Una cosa entre tranco rápido y comienzo de trotecito. Recapacito que lo que tenía en mente en los últimos segundos era la «ley de fuga». Es decir, la que se aplica al prisionero cuando los guardias le dan ocasión de escapar sólo para matarlo por la espalda. Ese tramo de la losa se llenaba ahora de gente que huía desde los mismos aviones. Allí tuve la primera noticia de que había ardido un avión. Desde mi posición horizontal en la sala de vidrios, no capté nada de la acción contra los aviones. Pero ahora presenciaba los residuos del atentado. Mujeres con las ropas destrozadas, heridos que se arrastraban gritando con las caras y los cuerpos desencajados.

Entramos en uno de los bloques del aeropuerto. Había varias salas pequeñas con escasos muebles. Afiches en las paredes. En el sofá más largo, dos mujeres lloraban incontrolables. Una de ellas se apretaba fuertemente el estómago, como si estuviera embarazada. Se me acercó un japonés que no soltaba el maletín de mano y me habló en inglés: «¿Cree usted que demorará mucho en normalizarse esto? ¿Sabe usted a qué hora hay un tren para Milano? ¿Sabe cuánto demora el tren a Milano?».

Me encogí de hombros. Entraron el padre con el hijo. Eran franceses. El hombre sentó al pequeño y le limpió las rodillas. «Tuviste suerte que estaba tu papi contigo, eh?», le dijo. El nido sonrió. El padre le pasó la mano por la cabeza.

Ahora entraron dos gruesos alemanes que iban o volvían de esquiar en Austria. Uno de ellos, sus ciento quince kilos de peso, tenía en el impermeable blanco manchas de petróleo. El otro era corpulento y con una desprolija barba de pocos días. Un griego de pelo ensortijado y modales altaneros inició un violento griterío con el alemán grande que no alcancé a descifrar. Sólo sé que el hombretón en un momento buscó con la mirada que todos apoyáramos lo que gritó en inglés: «¡Radicales asesinos!». Me llamó la atención el término «radicales» aplicado en nuestro contexto. El gordo de la barba desprolija describió a dos de «ellos», e hizo el gesto de quien dispara con la metralleta. Una de las mujeres dejó de llorar y me miró con una sonrisa nerviosa.

Dos policías se asomaron por la puerta abierta y siguieron camino

corriendo. Me pareció que eran los primeros agentes que veía. Incluso dudé de si en el tiroteo hubiera intervenido a balazos la policía. El alemán de la barba sacó su botellón whiskero del bolsillo y lo convidó con prodigalidad. Todos bebimos un sorbo, menos el japonés. Quise preguntarles, uno por uno, qué habían visto. Muy pronto llegué a la conclusión de que el pánico es ciego. Nadie había visto nada. *Encima* de los hechos, no recordaban un detalle. Habían estado atentos sólo a su propio terror, su desamparo.

Al cabo de media hora, salimos de la sala. «Todos juntos», gritó el alemán gordo, organizándonos. Avanzamos por la parte trasera de la losa, y a poco andar divisamos la entrada principal del aeropuerto. Cientos se agolpaban sobre las puertas de vidrio, cuidadas por guardias, y encima de las pasarelas de acceso. En el trayecto había un tramo desprotegido que dejaba un peligroso claro hacia el lugar de la acción. Un policía nos hizo señas de que nos apartáramos de allí, que siguiéramos el camino por el frente. Sería la 1.30. Ahora venían decenas de coches policiales. Bombas contra incendios. Luego militares. Y ambulancias. Muchas ambulancias. Los viejos árabes se sentaron en las cunetas y las baldosas, sin palabras. Me acerqué a la actriz que conversaba con la chica espigada. Le dije una estupidez para identificarme en su mundo: «Este film sí que no fue presentado en Sorrento». Me miró con distante sorpresa. (Sólo dos horas después mejoraron mis bonos, cuando dije que había visto una película de ella en la tele y que me había gustado.) Comencé a oír lo que la gente hablaba. Con las versiones de varios testigos desconfiables, me formé una idea de lo que había pasado. Los muertos los calculaban de diez hasta cien. Justo en ese instante, el avión de la Lufthansa se encontraba en el cielo negro y lo miramos largo-largo, hasta perderse. Después bajamos la vista, nos buscamos las caras y nos calculamos el desconcierto.

Nadie se movía. Nadie proponía nada. Todos murmuraban: «La compañía debiera hacer algo». Después de la tempestad vino un espeso remanso. A dos horas de la masacre ya casi no les importaba la muerte, ni cuántos, ni cuáles, ni la causa, ni el desenlace, ni nada. Ahora todos pensaban que estaban cansados, que tenían hambre, que querían orinar. (¿Dónde, dónde?) Pensaban que las compañías no hacían nada. Ni la alemana, ni la japonesa, ni la francesa.

Pronto, muy pronto, ya no fueron sobrevivientes de una desgracia, sino simples pasajeros ultrajados. Preocupados de sus tripas, del maquillaje, de las valijas. Y en ese momento ocurrió algo curioso, propio tal vez de los inefables caprichos de Roma. Los guardias abrieron las puertas de uno de los accesos del interior. Eso fue un poco demasiado. Árabes en blancos tocados, negros esbeltos, ancianas débiles y mocetones norteamericanos, se enredaron en una sola ola, se

ovillaron rumbo al cartel «control de pasaportes», y en un minuto formaron colas ávidas, feroces, sedientos consumidores de aviones, hambrientos de cinturones de seguridad, de carteles «No Smoking'», de whisky y cigarrillos a precios libres de impuestos.

Entonces sí sentí ganas de llorar. El aeropuerto de Roma era una metáfora del universo, de todas sus razas, sus vestimentas, sus culturas, sus sueños, y ahora, justamente ahora que muchos de ellos habían muerto, que unos pocos de ellos habían matado, esa humanidad, esa multitudinaria existencia no tenía tiempo, ganas, vocación, de pasar del terror al sobrecogimiento. ¡Tan pronto todos de vuelta a sus propios ombligos, sus maletines, sus peregrinaciones a orar a dioses incomprensibles!

¡Tan rápido de la sangre al petróleo!

Sentí ira de mí mismo. Por pertenecer a una especie que aún me provoca esperanzas, a pesar de las masacres que infectan el Medio Oriente, y Asia, y Europa, y mi herida América. Sentí una tristeza larga y húmeda por todas nuestras pequeñas obligaciones, compromisos sentimentales, ideales acomodados a la seguridad social y económica.

Y todavía faltaba algo. Desde la otra puerta de acceso al interior, apareció un piquete de policías corriendo con sus armas en las manos vociferándoles gestos a la gente de que saliera rápido de allí, que quién les había permitido entrar. Ahora a correr hacia la salida, los pasaportes en la mano, la respiración acezante, a tropezones, a mordiscos unos con otros. Otra vez al día nublado, al cigarrillo abusivo, la boca seca, el hambre, la pegajosa autocompasión de los sobrevivientes.

Pero ya la actriz tenía en sus manos el primer diario de la tarde y extendimos los cuellos por los bordes de sus finas orejas para leer en toda la portada: MASACRE EN FIUMICINO. Surgió entonces un pequeño orgullo, discreto, pero insoportable. Ahora todos tenían algo que añadir o rebatir a los informes de la prensa. En el lapso de una hora, habían elaborado sus aventuras. Todos con un aire de viejos héroes cansados, de luchadores de una batalla en la que ni perdieron, ni ganaron, ni siquiera pelearon o vieron.

A las seis estaba oscuro. La mujer me convidó un dulce que masqué con avidez y desconsuelo. Los mesones de las aerolíneas abrieron. Nadie le preguntó a las muchachas de las compañías qué sabían de sus compañeros del avión, de las hostess, del piloto, de la máquina misma. Querían desentenderse del tema como de un percance ingrato, una aventurilla que las horas, los días, los años, van a agrandar y mitificar, hasta que llegará el momento en que para los nietos ellos serán auténticos héroes. Tal vez en ese momento olvidemos que preguntamos en el mesón «cuándo es el próximo vuelo, dónde está mi

equipaje, nos pagarán el hotel, nos enviarán en taxi al hotel, nos pagarán la comida en el hotel».

Sí. Nos mandaron en taxi al hotel. Y pagaron la comida. Y la cama del hotel. «Satélite Hotel». La propaganda dice a cinco minutos del aeropuerto y a diez de la ciudad. En verdad está a quince del aeropuerto y a treinta de la ciudad. En el limbo. Un enorme, voraz avión que nunca caerá. En el restaurante la mesa se alargó y los recepcionistas deliraban entregando llaves, anotando pasaportes. Los teléfonos enfebrecían. El Satélite, hoy, era el planeta principal. En la mesa del restaurante, la chica espigada me indicó que me sentara a su lado. Me dijo que era psicóloga.

Tan estúpido como antes le dije que parecía actriz. Ella que quería desesperadamente llamar a München. Yo que la juventud de Berlín es así y asá. Frente nuestro, a lo largo de toda la mesa, se ubicaron treinta árabes. Cada dos platos, había botellas de vino tinto y blanco. Esperaron la cena en silencio, bebiendo agua mineral. Ninguno de ellos tocó el vino siquiera. En un par de minutos, un inmenso negro los arengó desde la punta de la mesa. «Creo estar en un sueño», dijo un actor polaco a mi izquierda.

Cuando sirvieron el pollo, los árabes dieron vuelta sus platos en señal de rechazo. Uno corpulento, que nos vio apurar la botella de vino blanco, me extendió la suya.

—¿Habla español? —preguntó.

Asentí.

—Está bien —dijo—. Yo hablo el español.

—¿De dónde son ustedes? —pregunté.

—De Maroc.

—Bien —dije—. Yo conozco Ouarzazate, 200 kilómetros al sur de Marrakech.

Pensé: «Dos ministros en el avión».

—Yo soy de Agadir —dijo un árabe delgado.

—¿Dónde aprendió el español?

—En la Guerra Civil Española.

—Bien —dije yo—. ¿De qué lado peleó?

El árabe vaciló un momento y partió un trozo de pan.

—Ese es un secreto entre Alá y yo.

—Bien —dije fastidiado.

Fui al living a ver la televisión. Ahora la aventura era de todos. La tragedia era de todos. Los participantes en el drama sintieron un poco robada su hazaña, un poco domesticado por las imágenes del receptor el verdadero espanto. El actor polaco bebió mucho en el bar, la psicóloga quería telefonear a Alemania, los árabes se desplegaron lentos y desaparecieron, a la actriz se la tragó la noche de Roma. Compré un frasco de champú para lavarme la cabeza.

Al día siguiente hubo otro vuelo LH 303. *Todos* compramos *todos* los diarios de Italia y nos sentamos con los gruesos bultos de papel en las rodillas. Estábamos otra vez en la antesala. Rumbo a la pista del despegue, un remolcador arrastraba lentamente el jet PANAM. Lentos, fúnebres, lo seguían una ambulancia y dos carros bomba.

En el aeropuerto de München, un hombre se acercó a la actriz con un ramo de flores y ella hizo como que no advertía la presencia del fotógrafo. La prensa alemana daba la última pátina de notoriedad, el detrito final del verdadero pánico.

Entonces a casa. A contarlo. Y a contarlo y contarlo. Hasta olvidarlo.

El amante de Teresa Clavel

Mi relación con Estévez comenzó con algo tan tenue como la letra inicial de nuestros apellidos. El mío lo omitiré pues más bien pertenece a los anales de la ignominia. Baste saber que al igual que en esos días escolares cuando el maestro interrogaba junto al pizarrón a los alumnos de a dos, uniéndolos por su consecutividad en la lista, así Estévez y yo fuimos sorbidos de la cárcel y embalados en un avión Swissair a Zúrich, donde un grupo de idealistas había actuado frente al dictador de nuestra patria conminándolo a que nos soltara. Cuando el director del presidio nos llamó ese día de lluvia tropical, lo hizo con un grito que bien podría servir de título a esta confesión: «Salen Estévez y el otro».

Yo soy el otro.

Una variable en este ejercicio turbio, un comodín en la noche de los tahúres.

Cuando aterrizamos en la consecuente llovizna de Europa, cinco o seis personas nos esperaban en la losa del aeropuerto. Una muchacha de atuendos casi gitanos, rizos pelirrojos alborotados, nariz enfática, y baratijas en sus muñecas, sostenía un cartel: «Estévez».

—Usted debe ser el otro —me dijo emocionada, untándome un beso en cada lado de mi barba de meses de cautiverio.

Cuando preguntaron por nuestro equipaje, Estévez exhibió un papel donde sólo se consignaban nuestros nombres y fecha de expulsión, y agregó, con una sonrisa que tuvo un efecto contagioso:

—Esto estaría siendo todo.

—Miserables —rugió la pelirroja con anteojos Lennon—. Ni siquiera los dejaron traer sus cepillos de dientes.

Era una chica con enorme energía y carencia de humor. Cuando extraje del bolsillo trasero de mi pantalón la peineta con exactos cinco dientes, como las del popular Billy Bayley, y dije: «No hay que dramatizar. A mí me permitieron traer esto», me miró cítrica y compungida.

Del aeropuerto fuimos a un gran almacén donde nos probamos pantalones, camisas, zapatos, zapatillas de gimnasia y una chaqueta blanca cruzada, irónicamente de un modelo idéntico al que tenía el oficial que me arrestó en Puerto Príncipe, para llevarme luego a un lugar secreto, donde tras unos golpes admití que había alojado en mi departamento a un hombre que buscaban con ahínco. Un par de bofetadas más alcanzaron para sugerirles un nuevo paradero. El azar, o su buen conocimiento de mi vulnerabilidad, hizo que mi amigo mudara su domicilio y, a la espera de que se me ocurriera una

delación más precisa, me tuvieron preso algunos meses.

Allí conocí a Estévez.

Por cierto que lo había visto en las fotos de los diarios, el mentón decidido, la vena de la sien alborotada, los ojos de sus interlocutores magnetizados, pero en la realidad de la celda estaba disminuido por la tortura, la tristeza, la frugal comida y la derrota. El mismo día en que me trajeron percibí su prestigio. Los prisioneros querían enterarse de mi trayectoria presumiendo en mí un pez gordo de la democracia fracasada o un activista del movimiento Lavalas. Estévez me recibió con un abrazo y me alcanzó un cigarrillo que fumamos en un silencio fraterno y lento. Tras tirar la colilla por las rejas, quiso saber mi nombre y mi militancia. Cuando le dije que carecía de ella, pareció disfrutar de mi discreción. Era el lugar común de todos los partidarios del Gobierno depuesto.

¿Por qué me pusieron con él? ¿A mí, que hubiese dado todo por aparecer un día en la prensa? A poco andar me contagié con las especulaciones del ambiente, y un día, en esas promiscuidades entre guardias y cautivos, donde los primeros se muestran ostentosamente «humanos», se lo pregunté al sargento Couffon:

—Cuando el perro es grande, qué importa el tamaño de la pulga —dijo con brusco mal humor.

En las noches oíamos una pequeña radio portátil que a veces traía ondas del extranjero. En ellas se afirmaba la inminencia de una sublevación popular en Gonaïves, y se hablaba de campañas en Europa para demandar, entre otras granjerías, la reposición de Aristide y la libertad de Estévez. Que pronto se la concederían me resultó claro al advertir que dejaron de martirizarlo y que le trajeron brocha, navajilla y jabón. Desbrozado de esa maraña de pelos y costras de cicatrices frescas, era un hombre distinguido, de una belleza altanera.

Al lado suyo, yo parecía un signo de admiración al fin de un adjetivo. Fui flaco toda mi juventud, y los meses en presidio habían perfeccionado patéticamente este talento. En las pocas rondas de presos sobre una cancha de fútbol improvisada con piedras en vez de arcos, Estévez daba palabras de aliento a los decaídos, repartía algún cigarrillo traficado en quién sabe qué operación, recitaba un párrafo futurista que minimizaba la catástrofe que padecían, oía con intensidad rayana en el fervor las letanías de sus interlocutores. Era como si naturalmente hubiera ocupado el puesto de imán del presidio. Igual que si una tácita elección lo hubiese nombrado presidente de esas sombras.

Por mi parte, pasaba las horas entretenido en mi falta de perfil. Ni los días previos al derrocamiento, ni en mi cautiverio, había contado el depuesto Jean Bertrand Aristide con mi adhesión o interés. Sus

utópicos simpatizantes me causaban un soponcio tan abismal como el de sus brutales detractores. Que entre tantos vociferantes hubiera caído yo con mi silencio pusilánime a la cárcel podía interpretarse como una ironía que hasta mis guardianes terminaron por entender. Sólo con alguna imaginación podía amenizarles los interrogatorios, pues en mi alforja no había nada nutricio. En la cárcel no preguntaron mi nombre, menos por discreción que por desinterés. Cuando me llamaban lo hacían con un apodo genérico en el cual me sentía —al menos lo creí así entonces— holgado: «Flaco». No sabían cuánto me humillaban cuando me preguntaban si mis hazañas en la resistencia habían salido en algún diario.

Un sábado en la mañana se anunció para el mediodía la visita de un político francés y nos concedieron a cada uno un minuto bajo la ducha y un trozo de jabón. La fugaz ocasión me puso al tanto de las llagas en el cuerpo de Estévez, pero también de sus atributos sexuales. No precisé en ese instante el significado de la agradable emoción que me impregnaba: en ese rubro podía competir con Estévez de igual a igual, y dependiendo de sus inflexiones en el momento preciso, quizá hasta con ventaja. Esta constatación me vigorizó tanto como los escalofriantes chorros de agua frígida. Sólo que aún no se me ocurría cómo darle curso a este relativo talento.

La despreciable ocasión comenzó a germinar en Suiza. Nuestros incandescentes anfitriones no estaban por cierto en el poder. Su escasa influencia la obtenían estrujando arcas religiosas, conglomerados humanitarios, políticos oficiales a quienes convenía un tinte disidente, y el corazón de muchachos bienintencionados, quienes, convencidos de que hacer la revolución en su país era tan peligroso como imposible, proyectaban sus utopías en revueltas lejanas, cuyos detritos recogían luego con unción. Natural que a estos potros fogosos el Estado les aplicara las riendas. Para sernos permitida la libre circulación en los cantones debíamos pasar una temporada en un campo de refugiados inserto en una pequeña localidad, donde se chequeaba nuestro pasado, las actuales intenciones, y se nos ayudaba a definir un futuro honorable. Exámenes médicos, revisión del currículum político, clases elementales de idioma, psicoterapia, era la rutina de tres meses antes de soltarnos a contaminar sus urbes.

El precario destino seguía uniéndonos. Las habitaciones estaban diseñadas para dos postulantes, y ni Estévez ni yo teníamos ninguna razón para prescindir del otro. Antes bien, la ignorancia del idioma podía duplicarse si nos metían en la habitación de un polaco, nigeriano o vietnamita. El comité de recepción vino a hacer sus indagaciones en nuestro territorio. Comenzaron con Estévez. Yo hojeaba desmañadamente un *Paris Match* aportado por el cura de la localidad, que acompañaba a un traductor ya contagiado por algunos

giros *patois* oídos en los aeropuertos. El funcionario me miró con simpatía y le preguntó a Estévez si prefería hablar con él a solas. Este se limitó a levantar los hombros: le daba lo mismo. Tras diez minutos de escarceos médicos más bien pueriles (si la peste cristal, si la tos convulsiva, si sarampión, si prepucio ceñido o cortado) se llegaba al grano. ¿Qué había hecho Estévez que ameritara se le concediese asilo político?

Un rosario de beata no tendría tantas cuentas como las de mi camarada de cautiverio: dirigente de un partido insurreccional durante la enseñanza secundaria, profesor de teoría a cuadros militares, organizador de juntas vecinales, ejecutante de una alianza obrera-campesina capaz de paralizar el país en un par de horas, y (dejé de mirar las fotos del *Paris Match*) amante de Teresa Clavel, célebre princesa de la clandestinidad, apodada así por la última foto de ella que publicara la prensa, con una flor roja en la boca, antes de que se sumergiera en su arriesgada ilegalidad.

Luego vino mi «turno». Mi relato fue no solamente magro, sino imprudente. No se trataba en este caso de probar al funcionario «buena» conducta, sino todo lo contrario. Garantía para la concesión de asilo era que nuestras vidas corrieran peligro en el país de origen. En un momento en que yo transitaba de un aburrido monosílabo a otro, Estévez intervino diciendo que mi «modestia» era ya patológica y transformó mi breve hospedaje a alguien que no quiso pasar una noche conflictiva en su casa en una valiente gigantomaquia. Aun así, el funcionario y su traductor no parecieron convencidos de que se me otorgase refugio. «Tú eres más bueno que el pan», dijo el traductor. Y agregó en un coloquial *patois* de chirriante acento: «*Ne sois pas sainte nitouche*». No te hagas la mosquita muerta.

Esa noche avanzamos sobre uno de los dos bares del pueblo, donde la gerente practicaba una promiscua democracia ante la ira de los vecinos que pedían la clausura del local y el cierre de las fronteras a los negros. La señora Martina tenía una mandíbula prominente y dos rojas mejillas del tamaño de un melocotón. A los vietnamitas, polacos, nigerianos, rusos y turcos los condecoraba siempre con la misma frase y la misma risotada: «Aquí se toma cerveza. No me importa que el que tenga sed sea amarillo, negro, azul con pintitas rojas, o lila con pecas verdes». Fue en ese local donde oscuramente animado por algo que aún no precisaba le pregunté a Estévez por Teresa Clavel.

—Olvídate de lo que oíste —me dijo.

—¿Mentiste?

Estévez casi me mata con la mirada. Pero de inmediato, siguiendo su superior talante generoso, dijo:

—No conviene que se sepa.

Me humedecí los labios anticipando la cerveza cuya espuma la

matrona apartaba con una brocha.

—¿Tú sabes dónde está?

Hizo una pausa lo suficientemente dramática para enfatizar que su respuesta implicaba un gesto de confianza hacia mí que ponía nuestra amistad en otro nivel.

—Sí —dijo parco.

Una cerveza llamó a la otra, y quizá movido por la nostalgia de su amada, y el largo celibato, Estévez entró en detalles de su vida erótica, con una voz más ronca que lo habitual, y cierta noble objetividad ajena a toda grosería.

Según su relato, Teresa Clavel era una mujer de excitaciones rápidas, prodigiosa de humedades, muscular, con un sexo que se «amoldaba» (usó ese verbo) tan enérgica cual muellemente al suyo, vivaz y profunda con su lengua dondequiera que la aplicase, y en sus finales: agónica, derramada.

Si en la acción era alguien capaz de disfrutar del amor tanto en la forma que lo daba o lo tomaba, en la quietud era simplemente bella: la piel enmarcada en un brioso cabello trenzado, la boca ancha y frutal, el cuello suave y curioso, las manos reflexivas sobre sus pómulos levemente huesudos. Era sensible y excitable con los juegos corporales y los verbales. Algunos vocablos dichos con la respiración imprudente de sus lóbulos podían volverla *loca* (puso ese adjetivo).

Su conversación era apasionada. Seguía la actividad política con cierta fiebre poética que divertía al realista Estévez, quien al hacerle resistencia con razonamientos pragmáticos recibía epítetos de «amarillo», blando, inconsecuente, cínico. En todo caso, estas polémicas —suspiró Estévez— se licuaban tanto en el lecho como en la acción política. Teresa Clavel no podía venir a verlo a Suiza, pues tendría que salir clandestinamente de Haití.

—Y ahora olvídate de lo que oíste.

—¿Si quieres que lo olvide por qué me lo contaste?

Frotó sus manos sobre el vidrio labrado del jarrito cervecero.

—Es que tú eres como…

Estévez dejó la frase inconclusa. Creyó que suspendiéndola sería menos hiriente. Hizo un pequeño gesto con los hombros como disculpándose por no hallar la palabra. Lo odié. Lo odié minuciosamente. La virilidad de su voz, el magnetismo de su mirada, el bigote que matizaba sus labios enérgicos, el desprecio que sentía por sus llagas, la falta de patetismo con que se refería a sus padecimientos en la cárcel, la modestia con que disminuía sus hazañas, el estoicismo con que dejaba pasar los días, la certeza de sus convicciones políticas que lo llevarían otra vez a la lucha contra la dictadura en su patria y a la cama de Teresa Clavel. En cambio, yo era un profesional de la desidia.

La evocación de su amada lo había deprimido. Pero la nostalgia, en vez de ensombrecerlo, le daba una ternura de galán de cine, una atmósfera de cálida tristeza. La mesonera se le acercó y le dijo: «¿Qué te pasa, mi amor?», y Estévez le sonrió y pasó el dedo índice primero por la mejilla de la muchacha y luego lo atravesó sobre los labios e indagador se los separó con el dedo, y la chica, cambiando la expresión lúdica a una ceremonial, extrajo su lengua y se lo lamió.

Salí solo del bar humillado por la llovizna. Hasta me parecía raro que en esas callejuelas se proyectara mi sombra. Sentía mi cuerpo flaco electrizado por una furiosa emoción: quisiera estar en el lugar de Estévez. Hubiera deseado, así con esa prisa, poner mi sexo donde él había incursionado con el dedo. Abominé de mi anonimia. De esa estúpida sombra que iba por delante indicándome el camino hacia ninguna parte.

Envidiaba de tal modo a Estévez que esa noche, a solas en la habitación, mientras él holgaba con la camarera, me propuse hacer el amor con su Teresa Clavel.

Ignoré en ese instante las dosis de infamia que aplicaría en el empeño y el desenlace que hoy retengo menos por técnica narrativa que por vergüenza. Que les alcance saber que los días pasaron con perfecta irrelevancia. Clases de alemán a cargo de un maestro humanitario y sentimental, documentales sobre los ríos y castillos de la zona, campeonatos de ajedrez y ping-pong, fotos de perfil, de frente, de espalda, firma de solicitudes, colas ante la caja para recibir nuestras mesadas.

Hasta que una noche llegó agitado a nuestro cuarto el funcionario que tramitaba los asilos.

—Tengo el corazón dividido pues les traigo noticias buenas y malas. —Se frotó la barbilla y respiró hondo—. La buena nueva es para usted, señor Estévez. La comisión acordó otorgarle el asilo y financiar su estadía en nuestro país hasta que encuentre una ocupación… digna. La mala noticia es para usted, ¿señor…?

Se sumergió en los expedientes a la búsqueda de mi apellido, ocasión en que adiviné lo que me referiría. Mi modesta imaginación no había ayudado a mi parco prontuario, y la generosa fantasía de Estévez les resultó sospechosa a los burócratas. *Bref*: habían enviado un fax al ministro de Interior de Haití con los antecedentes consultando si había algo contra mí, y la respuesta yacía en el expediente: «Absolutamente nada, interrogado y detenido por mera rutina de los servicios de inteligencia, ciudadano haitiano honorable, de buena familia, se le garantiza plena libertad y seguridad en todo el territorio».

Las autoridades suizas ponían a mi disposición el pasaje aéreo hasta Puerto Príncipe y una suma simpática de dinero que me permitiría

adquirir cigarrillos en el *free shop* del aeropuerto de Zúrich. Puesto que el primer vuelo era al día siguiente, se me concedía esa noche para empacar mis cosas (el funcionario miró mis dos camisas colgadas en el perchero), y eventualmente unas horas de reflexión para ver si decidía apelar contra el retorno forzado.

Consta con creces que no soy un héroe, de modo que cuando le dije al funcionario que aceptaba sin dilaciones la expulsión, era porque me animaba la emoción de hacer más temprano que tarde el amor con Teresa Clavel.

Cogí pasajes, dinero, credenciales, folleto explicativo de las acomodaciones del aeropuerto de Zúrich, y los puse sobre la humilde mesa. En cuanto a Estévez, la policía lo derivaba a Berna. Había allí muchos organismos internacionales, oficinas hospitalarias para las ideas democráticas. A modo de confidencia, el policía le informó a Estévez que en el expediente de su caso figuraba la opinión del ministro de Relaciones Exteriores de Suiza, según la cual se le auguraba a Estévez un ministerio en un régimen renovador de la dictadura. Luego me miró con indiferencia y me puso al tanto de los detalles de la partida.

En cuanto se marchó, le extendí lápiz y papel y casi como una orden le dije a Estévez que le escribiera a Teresa Clavel. Quería darle un testimonio de mi amistad haciéndole un favor, anhelaba probarle que era capaz de un acto de coraje, y quería ponerme a las órdenes de ella para alguna misión en la patria. Sólo le pedía que en el encabezamiento de la carta no constara ni su nombre ni su dirección. Yo los memorizaría. Ese sería su voto de confianza en mí: su compañero de cautiverio.

Estévez se miró los dedos y los estudió como si tuviera entre ellos una figura de barajas que podría combinar de distintas maneras. Luego entrecruzó sus falanges y las hizo crujir estirándolas. El hombre estaba tratando de precisar su intuición sobre mí. La posibilidad de contactarse con Teresa Clavel lo excitaba. El riesgo de que tras una azotaina en el aeropuerto yo cantara su paradero lo contenía. Entonces jugué mi carta de triunfo.

—Olvídalo —le dije con tono ofendido.

Era un tipo de sentimentalidad viril. No cabía en su universo que un hermano de cautiverio lo traicionara. Imposible concebir en otro la cobardía que él con tanto rigor ignoraba. Puso una mano en mi hombro izquierdo, me lo apretó fraternal, y a la luz de la fría bombilla se abocó a escribir febrilmente.

Cuando hubo concluido la página, se limitó a doblarla en cuatro y la puso en el bolsillo de mi camisa.

—Porte Verte —añadió lacónico.

Entendí que esa dirección podría darme un pasaporte a una

dignidad y a una identidad de las que carecía. El blando sentimiento de reconocimiento a su confianza que humedeció mis ojos fue en aquel instante sincero. Eso provocó que él subiera su mano hasta mi mejilla y me la golpeara con cariñosa complicidad.

En cuanto el DC-10 alcanzó su velocidad de crucero, acepté un cubalibre de la azafata y me aboqué a la lectura de su esquela. Estévez naturalmente no era un poeta, mas la cursilería de sus expresiones no ocultaba una pasión genuina y una enorme precisión de sentimientos. La carta contenía una paráfrasis del verso africanista de Carl Brouard que se nos enseña en la escuela: «Tambor, cuando suenas, mi alma ulula hacia África». En la ruda versión de Estévez: «Teresa, cuando mi corazón suena, ulula por ti». Ese era el momento lírico más sensible. El resto, pura literatura carnal: describía el frío de sus sábanas suizas, el recuerdo de sus axilas bajo las papilas táctiles de su ancha lengua, la sosegada calentura con la cual esa misma lengua recorría sus encías, la obsesiva memoria de sus propios dientes mordiendo la prominente esfera de «tu culito».

Excitado apuré el cubalibre. «Estévez», le telegrafié desde las nubes, «has amarrado al perro con salchichas».

Mis temores de que en el aeropuerto me succionaran los gendarmes del dictador se esfumaron frente al control de documentos. Los policías, fastidiados de humedad y hambre, dejaban pasar a la gente de color con un manotazo desganado, «*allez, allez*». Sólo a los visitantes blancos los sometían a un control en su computadora. El derrocado Aristide era bastante popular en círculos religiosos norteamericanos y se presumía en cada cara pálida un activista contra el dictador.

En mi departamento miré la guía telefónica y busqué la dirección del Porte Verte con la amargura anticipada de que todo hubiera sido un desvío ocurrente de Estévez, cauteloso político y experto catador de almas. El local existía en el directorio. Lo que sin embargo faltaba era el teléfono en mi casa. Había sido cortado de una cuchillada. Una revisión rápida de los clósets y de la cocina me revelaron que las habitaciones estaban considerablemente aliviadas. Sólo artículos macizos, la cama y el refrigerador, por ejemplo, seguían en su lugar, pero se habían llevado las manillas de las puertas, la escoba y el plumero, mi colección de discos de Edith Piaf, y naturalmente el tocadiscos. En un gesto muy haitiano, de respeto por la cultura, me habían perdonado los libros.

Los bienes que traía en mi valija eran mayores que los detritos de mi habitación. Usé la maquinilla de afeitar, la fina colonia del *free shop*, la camisa de seda turquesa, el impecable pantalón de napa beige, la chaqueta blanca cruzada que hubiera sido una ironía vestir en Suiza y el rápido encendedor al cual le saqué la llamarada que me condujo

al tabaco de la reflexión mirando la calle dormida. Un cigarrillo trajo a otro. Algo me decía que era *conveniente* buscar a Teresa Clavel en la noche húmeda y *patois*, en la discreción de la luna y las flojas ligaduras del alcohol tabernario. Porte Verte era un bar alejado del puerto, hacia el barrio más pudiente de la capital. Un lugar donde la clandestina mujer podría tener residencia insospechada.

¡Cuán indiferente es la naturaleza a la historia! Era una noche impecable, las estrellas equilibradas en la galaxia cual si hicieran algún sentido, la luna opulenta y delatora, los niños bailando rap en las esquinas valiéndose sólo del chasquido de sus dedos, y sobre todo el mar, inquieto como un telón que pide ser alzado. Con la ventana del taxi entreabierta se duplicaba la felicidad de esa brisa. Al fin y al cabo, me dije, esta es la patria. Este instante. La patria era para mí la anticipación de mi rodilla desnuda entreabriendo desde atrás los muslos de Teresa Clavel.

El taxista me miró malicioso por el retrovisor cuando pagué, y aún sostuvo su insolente actitud un rato. Me apreciaba como un nativo vuelto al terruño con dinero europeo, ropa jactanciosa y ansias de burdel. O quizá no. Tal vez, Porte Verte era una madriguera ya detectada por Michel François y el conductor era un *attaché* que se reía de mi inminente futuro en las mazmorras. No dejó de impresionarme mi propia conducta: en vez de beber la bulliciosa saliva de Teresa Clavel, quizá esa misma noche me enterrarían en los excrementos de los neoduvalieristas herederos de los *tontons macoutes*.

En el bar les di a entender a las copetineras que buscaba algo muy preciso y que sus avances eran vanos. Tenía una cita con cierta dama y no quería que me asediaran. El repertorio del pianista era el rutinario de todos los bares «elegantes» de Petionville: «Feelings», «Me olvidé de vivir», «La sombra de tu sonrisa», «Perfidia». Junto con el segundo cubalibre le indiqué al espigado barman que se inclinara.

—Traigo un mensaje de Estévez —le dije. Y enfaticé la importancia de esta información señalando con el pulgar hacia atrás—: De Europa.

Hay un momento en los países «sísmicos» donde la vida y la muerte dependen de un cara y sello, de un suspiro o una mirada. Del abrazo fraternal a la delación media un parpadeo. Todo es pantano. El mozo frotó hasta la saciedad una copa ya infinitamente seca. No quiso mirarme. Podía sentir como una catarata el paso de su saliva por esa estrecha faringe.

—Un mensaje para Teresa Clavel —lo rematé en un susurro.

Si hasta el momento había sido su turno de pavor, ahora venía el mío. Había desbarrancado mi juego sobre el mesón. De los minutos siguientes dependía mi dicha o mi tormento. Cuando el barman se alejó en silencio fúnebre hacia el camarín de las vedettes, bien pudiera haberme dejado a disposición de un comando que me agujerearía sin

inhibiciones. Pero, oh diosa ambigüedad, también ese hombre de mano segura para agitar cócteles tenía que contar tembloroso con que a mi retaguardia pudiera haber un eficiente pelotón de fusileros dispuestos a volar sus sesos y acaso el sensual cráneo de la belleza que protegía.

Había otra posibilidad: la del *crap*. Que saliera el siete en la primera jugada y que todos ganáramos. Que yo fuera de verdad un mensajero de Estévez y no un agente de Cedras, que él fuera en efecto un mozo democrático y no carnada para cazar incautos flamígeros como yo.

La incertidumbre sísmica que no recomiendo a nadie.

Concertado con el cambio de atmósfera en el cabaret, el pianista entendió que debía callar. Las tres copetineras, hace un instante protuberantes de senos y maquillaje, en la penumbra de la mesa del fondo donde se habían arracimado parecían oficinistas sin erotismo con sus minifaldas colorinches aptas para facilitar el manoseo de sus jefes adúlteros. Levanté con falso aplomo mi vaso proponiéndoles un brindis; un gesto que no les provocó ni la menor reciprocidad. Bebí ese ron local tras maraquear los cubos de hielo, con la sonrisa final de quien lo ha perdido todo.

Más tarde el barman vino y sin palabras extendió la mano. Saqué la carta de Estévez de mi chaqueta y se la pasé. Curvado, igual que si le hubieran caído encima diez años de un aventón, el hombre volvió hacia el camarín, y ahora pude *disfrutar* de ser, por primera vez en mi vida, el centro de atracción en un lugar público.

Casi como el grosor de un metal sentí en mí esa fuerza compulsiva con que almacenaba las miradas, los silencios. Identifiqué esa emoción con el modo de ser de Estévez. Él no era ocasionalmente este magneto. Él lo era todo el tiempo. Él era *profesionalmente* el protagonista de su vida. Sólo mi avieso propósito, mi vicaria fantasía, me daba la posibilidad de vivir un instante como un hombre.

Luego el mozo me introdujo al camarín. Detrás del espejo se abría una puerta falsa. Se asomaba un pasillo. Desembocaba en una escalera. Allí el hombre se detuvo y me indicó que la trepara. Alrededor había sacos de harina y de maíz. Me evocó menos reservas de alimentos que aquellas barricadas y trincheras que se forman en los enfrentamientos a balas. Los peldaños conducían a una habitación mínima, una especie de bodega improvisada como pieza, donde Teresa Clavel al lado de una lámpara de pie leía tal vez por quinta vez la flamígera misiva de Estévez.

La saliva se me agolpó en la boca. El modo como esa luz clandestina perfilaba su figura le atribuía un toque mágico a su sexualidad, algo que percibí como un efecto artístico, la degradación del color de los pintores holandeses, la melancolía de un filme americano de los años cuarenta. No la deseé menos. La codicié más y de otra manera.

Estévez, asediado por la continencia, había sido más bien impúdico en esa noche de confesiones, olvidando rasgos de su rostro que le daban ligereza a su energía erótica. La mandíbula delicada, las orejas pequeñas con unos lóbulos de los cuales brotaban dos breves perlas baratas, la nariz algo más suave que sus labios mulatos.

—¿Cómo se llama? —me preguntó.

La futura infamia, el análisis realista de mi existencia, la anonimia disfrazada de modestia, pusieron en mi boca este texto:

—Soy un amigo de Estévez.

La mujer agitó la carta por encima de la lámpara y luego vino hacia mí.

—Es una carta muy auténtica —dijo.

—Totalmente auténtica.

—Me refiero al contenido y no al autor.

—También yo.

—De modo que la ha leído.

—Distraídamente.

Se puso a una distancia mínima y besó tres veces mis mejillas.

—Se requiere valor para llegar hasta aquí.

—No lo llamaría valor.

Dentro del bolsillo derecho de mi chaqueta blanca apreté la navaja. Rocé el dispositivo que hacía que su filo saltara automáticamente.

—Yo a usted la amo, *madame*.

Teresa Clavel alzó la barbilla y bajando los ojos me recorrió con la vista desde los zapatos hasta la frente.

—Dado que no nos conocemos, me imagino que usted simboliza en mí su amor por la causa.

—La democracia me es simpática, pero en el fondo indiferente. Nunca he sido feliz en ningún régimen.

—¿Entonces?

—Quiero decirle que envidio la suerte de Estévez.

—¿Lo envidia? Usted tiene la dicha de estar en su propio país y él en el exilio. Lejos de todo lo que ama.

—Lejos de usted.

Sin sacar la mano derecha del bolsillo de la chaqueta, alcé la izquierda y con el dorso recorrí suavemente uno de sus pómulos. Los labios de la mujer se abrieron y la mirada se distanció cautelosa. Insistí en mi leve caricia, hasta que llevé uno de mis dedos hasta sus labios, lo hundí sobre el inferior, y enseguida lo pasé por sus voluntariosos dientecillos. Mi anhelo… Mi *locura* era que ella lo untase con su lengua, y que ese mínimo gesto desencadenara el amor. Anticipé el delirio de mi boca repleta con el jugo de su sexo. Pero la mujer alejó sus labios, leve y contundente.

—Eres un pendejo —me dijo.

—Un pendejo consecuente —dije.

Saqué la navaja e hice saltar la hoja muy cerca de su cuello.

Se dejó estar con desprecio. La apreté, hundí mis manos en sus nalgas, toqué sus senos, los mordí por sobre la tela delgada de su vestido rojo, la puse sobre la cama, le bajé el breve calzón blanco, la penetré, y en treinta segundos me fui eléctrico y convulso sobre ella. La mujer me apartó. Recogió del suelo la carta de Estévez y fue hasta la lámpara y volvió a leerla. Me apresuré a amarrar los pantalones y salir a la calle. Ni siquiera me había sacado la chaqueta.

Volví a mi departamento en Senghor y dejé correr días y noches viviendo en esa intemperie. Desde mi ventana veía pasar sin miedo ni interés las patrullas militares. Con el resto del dinero europeo compré un teléfono nuevo. Yo mismo hice la conexión, y un día marqué el teléfono de Estévez en Ginebra. Dejé sonar largo rato, pero no hubo respuesta.

En la biblioteca de la municipalidad de mi barrio, la jefa, una amiga de mamá, me ofreció una chance en la sección de libros ingleses. Un puesto inútil, pues casi no había clientes. Hay que decir que el sueldo estaba a la altura de la energía que requería. Como flaco empedernido, sin embargo mis gastos eran sólo el tabaco y el ron.

Luego las presiones de Estados Unidos y las Naciones Unidas, que a mi menguado entender son la misma cosa, hicieron fuerza para que retornara a Haití el derrocado presidente. Una noticia que no me incumbía ni emocionaba. Pero aledaña a ésta había otra. Para asegurar la transición, se nombraría como ministro a un hombre del presidente refugiado en EE. UU. que prepararía su retorno a Puerto Príncipe: Robert Malval. Debajo de una inmensa foto de este venía un artículo no menos extenso con el anuncio de que volvía ya un prominente grupo de exiliados. Naturalmente, con retrato y valija ad portas, el primero de ellos: Estévez.

Hice un balance de mi vida con resultados más bien frugales. Si a Estévez le esperaba un ministerio, a mí el tedio entre libros de un idioma que conocía solo por algunas canciones pop. Si a Estévez lo aguardaba Teresa Clavel, a mí el consuelo de mis sábanas solitarias.

Un escape en barco hacia Miami, frecuente en esos días, me impresionaba como riesgoso, promiscuo, melancólico, y lo peor, nadie podía asegurarme que mi vida en EE. UU. fuera más animada que en Haití.

Decidí quedarme. Al cabo de una semana sonó el timbre de mi departamento y salté de la cama para abrirle la puerta a Estévez. Se había dejado crecer los bigotes y tenía una mirada dura e intransable. En la mano traía una navaja cerrada. Accionó el dispositivo a la altura de su cadera e hizo brotar la hoja.

—Se te quedó esto en casa de Teresa —me dijo.

Casi como si lo adivinara, quise llevar mi mano al pómulo para protegerlo. En un segundo me convencí que sería un gesto inútil. Estévez me marcó la mejilla con su filo desde el pómulo hasta la comisura del labio superior derecho. Sentí el tajo profundo y caliente y me aguanté el dolor apretando los dientes.

Luego puso la navaja sobre mi cama, y en el furor de la hemorragia percibí que la colcha se manchaba de una línea roja. Cruzó sus dedos y, en un gesto que le era característico, hizo sonar los huesos. Consideró algunos segundos con desgano mi sangre alborotada, y ciertamente satisfecho de su faena se encaminó a la salida. Allí puso las manos en los bolsillos para enfatizar su indiferencia.

—Llegamos hasta aquí, porque si te mato, capaz que tu nombre aparezca mañana en la prensa.

Borges

Nuestras nadas poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que tú seas el lector de estos ejercicios, y yo su redactor.

Jorge Luis Borges,
«Fervor de Buenos Aires»

Hastiado de soledad decidí viajar.

Llamé a Miguel a Buenos Aires y no contestó el teléfono.

Marqué entonces el número de Tomás en Argentina y me dijo que Miguel había partido con Natalie. «*Il est a París*», ironizó. «Quiere triunfar en Francia.»

Pagué un pasaje aéreo a París con la tarjeta de crédito que imprudentemente me había ofrecido la agente de un banco y en un muro de mi departamento vacío puse un mapa del mundo y tracé con lápiz rojo el trayecto de Chile a Europa. Mi abandono era tan grande como ese mar que mediaba entre los continentes.

Busqué en la agenda los teléfonos de los amigos de quienes podría despedirme. Después decidí no importunarles. A quién podría importarle mi destino si tenía la melancolía de un hombre sin mujer: siempre el último en marcharme de las reuniones sociales cuando las cenizas y el vino tinto manchaban el mantel.

Todo lo contagiaba con mi melancolía. Un día vencí la timidez e hice una cita con la mesonera de un restaurant. Compré una tostadora eléctrica para servirle un buen desayuno. Pero no vino. Tampoco dio ninguna explicación. La busqué en el local y no estaba.

Marqué el número de Susana. Alguna vez hablamos de vivir juntos en la misma casa. Pero cometí la torpeza de enamorarme de ella. Eso, me dijo, cambiaba todo. No se impresionó con mi partida inminente. Me pidió que al volver le comprara en el *duty free* un perfume de su predilección. ¿Por qué suponía que este era un viaje con retorno? Todo el mundo parecía atribuirme proyectos mediocres.

En el avión la revista de la compañía aérea ofrecía un test psicológico. La última pregunta era: «¿Cuál es el rasgo más determinante de su persona?». A mis pies se extendía la inmutable pampa argentina. «La disponibilidad», escribí. Sumé y resté puntos y llegué a mi psicograma: «Es usted alguien sin convicciones, poco comunicativo y apático. Haga un esfuerzo por salir de su encierro».

Al pelo, me dije. Iba rumbo a París.

Llamaría a Miguel y me invitaría a su departamento. Desde hacía tiempo se había relacionado con Natalie. Ella era francesa y fue a Buenos Aires a escribir una tesis sobre Borges. Miguel la conoció a la salida del cine. La convenció de que él era más grande que Borges. Sólo que no había publicado más que un libro. Se hicieron amantes y Natalie comenzó a escribir su tesis sobre la novela de Miguel: *País sin orillas*.

Mi amistad con Miguel se origina en el mismo libro. Cuando lo publicó llegaron diez ejemplares a Chile. Escribí una enjundiosa crítica en un semanario donde era colaborador y los lectores agotaron el breve stock en tres días. Enterado por el librero, Miguel me ofreció su amistad «eterna» y su agradecimiento.

Siempre quiso irse a París. «Aquí la sombra de Borges es demasiado amplia.» Al otro lado de la cordillera, yo había renunciado hacía años al proyecto de ser poeta por la sombra de Neruda.

*

En Charles de Gaulle experimenté por algunos minutos una agradable excitación. Estaba en la ciudad de mis sueños, en el santuario de mis filmes predilectos. Aquí encontraría una muchacha de piel pálida, cabellos castaños y un viejo impermeable gris, como la violinista que es rechazada por el empresario en *Disparen sobre el pianista*.

El viaje en bus hacia la ciudad fue desmontando mi entusiasmo. Toda ciudad tiene su rutina, y cada alma la suya. Para calmar la súbita depresión bebí un *café au lait* en el terminal de buses y llamé a Miguel por teléfono, casi seguro de que no lo encontraría.

Cuando le dije mi nombre, preguntó por mi apellido. Me irritó saber que tenía otros conocidos que se llamaban como yo. Entonces repitió mi nombre y apellido en un tono que me pareció desanimado.

Le dije de inmediato que me iría a un hotel.

Él no lo permitiría. Yo era uno de sus grandes amigos. Tenía que vivir en su casa. Aunque había llegado en un momento muy especial. «Muy especial», repitió.

Cogí un taxi y me asustó la velocidad con que subía cuadra a cuadra la tarifa. Algunas mujeres cruzaban las calles con *baguettes* bajo los brazos. Era una ciudad inmensamente bella, pero los franceses caminaban deprisa como si no lo supieran.

El portero del edificio me miró con gesto adusto. No sabía pronunciar Miguel e identificó con desgano su departamento. Tampoco hizo ademán de ayudarme con la maleta. Espió en el ascensor la bolsa del *duty free*. Tenía ya el perfume para Susana y un *scotch*. El portero miró la botella y dijo algo que no entendí.

Cuando Miguel abrió la puerta estaba pálido y despeinado. A su

alrededor había muchos escombros: un espejo molido sobre el parquet, las plumas del sillón dispersas y, sobre la mesa, el cuchillo con que lo habían rajado.

Me abrazó compungido apretando su mejilla en mi barba.

—Natalie me dejó. Me dijo que se iba o me mataba.

—Ya veo —murmuré.

Una súbita brisa condujo mi mirada hacia el ventanal. Había sido trizado con algún objeto contundente que seguramente habría caído en la calle.

Me pareció prudente sacar la botella de *scotch* de la bolsa plástica y ponerla sobre la mesa. Al intentarlo vi que la cubierta de vidrio estaba rota. Cuando Miguel abrió la botella y trajo dos vasos de baquelita desde el baño, adiviné que también la cristalería habría sucumbido en la reyerta.

Brindamos sin palabras y hasta repetimos una dosis en silencio. Después abrió la puerta de un pequeño cuarto.

—Esta es la pieza de alojados.

—Puedo irme a un hotel.

—No es necesario. Creo que entraré un rato al baño. Necesito llorar.

—Puedes hacerlo aquí. Eres mi amigo.

Pero desapareció en el pasillo y enseguida sentí que echaba a correr agua. Golpearon la puerta de entrada y abrí. Era el portero. Traía un busto de hierro de Borges.

—Alguien tiró esto al patio —dijo.

*

Al llenar otro vaso de *scotch* descubrí sobre la mesita de luz un retrato de Natalie. La imagen sería de hace cuatro años, cuando estuve de visita en su departamento en Buenos Aires, y mirándolos juntos cocinar pasta y discutir banalidades había decidido que esa era la chica que yo buscaba. Una pareja como Natalie, que hablara por teléfono con los amigos del alma mientras yo rallaba queso parmesano en la cocina para derramarlo sobre los raviolis. Entre todas las mujeres que no me habían amado en la vida, ella era la que más me excitaba. Sólo a ella le conté que cuando tenía diez años sacaron a mamá de la casa en la madrugada y no la volví a ver. No sé por qué lo hice, ya que todo el mundo me tiene por taciturno. Es decir, aun en medio de los detritos de ese departamento, la sola foto de Natalie convocaba algo más amplio y rico que el espacio en ruinas. Golpeé la puerta del baño.

—Estoy bien —dijo Miguel—. No te preocupes.

Pero no abrió. El agua seguía corriendo sobre el lavatorio. Me imaginé que la miraba evadirse por el agujero sin fijar la mente en ningún punto. Volví al living. Me detuve frente a un archivador de

color azul nacarado con rúbrica en el lomo que decía «manuscrito novela». Levanté su contenido y lo revisé deprisa barajando las hojas con un dedo. Era una resma de quinientas páginas pero no había más de quince escritas. Las otras estaban en blanco. Más que blancas, vacías, pensé. Las puse de vuelta en la caja y miré el teléfono. Me senté con el vaso de plástico entre las manos y dejé que pasara el tiempo.

Después Miguel salió del baño, se me acercó y me puso una mano en el hombro.

—¿Cómo están las cosas en Chile?

Me encogí de hombros. Volvió a penetrar la brisa por la quebrazón y Miguel corrió la cortina. Se puso bastante oscuro. El living daba a un patio de luz y aún al mediodía había anchas sombras.

—Como tú comprenderás —me dijo, encendiendo una lámpara de mesa— con esto *Paris c'est fini*.

—¿Es definitivo?

—Me dijo que se iba o me mataba.

—¿Qué vas a hacer?

—Volver a Buenos Aires.

—Borges ya murió —le sonreí suavemente.

Miró hacia la caja donde estaba su novela y desvié la vista hacia el retrato de Natalie. Pensé en el mapamundi clavado sobre el muro del departamento en Santiago y el trazado rojo furioso que había hecho sobre el océano. Así como el cartógrafo reduce las distancias a proporciones ínfimas, así se había reducido mi vida.

—Ayúdame a hacer la maleta —dijo Miguel con súbita angustia. Lo detuve tomándolo del brazo.

—Tómate otra copa. Después lo piensas con más calma.

Miró la botella sobre la mesa y se frotó fuertemente las mejillas. Me fijé de repente que tenía puesta una corbata a lunares con el nudo perfectamente centrado sobre el cuello bañado en almidón.

—Decisiones —dijo—. Hay que actuar para que no duela.

—Créeme que lo comprendo —dije mirando mi propia maleta aún sin abrir.

—El mundo va y viene —dijo—. ¿Qué te trajo a Francia?

Contestar «tú», decir «Natalie», me pareció insensato. Dentro de la chaqueta tenía el ejemplar de una revista de actualidad chilena con un militar en la portada.

—Un reportaje —dije—. Me envió mi revista para un reportaje.

—¿Literario?

—Sí. Literario —dije.

—Sabes que aquí vive Kundera, ¿no?

Fue hasta su cuarto y trajo hasta el centro de la mesa una maleta. En otro viaje trasladó trajes, camisas minuciosamente dobladas,

zapatos bien lustrados, calcetines en muelles rollos. Cubrió todo con un impermeable estilo Maigret. Por teléfono hizo contacto con el aeropuerto. Quería saber si había vuelo esa noche. Pidió «ventana».

—Soy un pésimo anfitrión —dijo, peinándose las sienes con las manos—. Si ella se queda me mata, si me quedo solo aquí me muero.

—Yo que tú me tomaría la noche para pensarlo. Buenos Aires está lejos.

—Ya hice la reserva.

—Puedes anularla.

Miró la botella a medio consumir.

—¿Quieres que te prepare algo de comer?

—No, gracias.

—Una omelette.

—No hace falta. —Barrió unos trozos de cristal y los acumuló junto al felpudo.

Se puso la chaqueta y de ella extrajo un manojo de llaves. Recogió los últimos detalles del departamento y movió la cabeza indicando que no podía creer lo que estaba viendo. Puso el llavero en mi mano.

—Tu casa —dijo.

Jugué con las llaves sacudiéndolas en el puño y le mostré mi turbación.

—¿Pero qué hago? El arriendo, el teléfono…

—Te llamo por esos detalles.

Me abrazó y luego me golpeó suavemente en la mejilla. Muchos argentinos acostumbraban a hacerlo.

—Verás que París es una ciudad maravillosa.

—Sin duda.

—Una ciudad para ser feliz.

Levantó un enorme trozo de vidrio roto con la mano y lo puso junto con los otros al lado del felpudo.

Volvimos a abrazarnos y salió hacia la calle a coger un taxi. Miré largamente las llaves del departamento en mi mano y luego las puse sobre la mesa junto a la botella de *scotch*. El trabajoso cansancio que acomete cuando se ha cruzado el océano me subió a los párpados. Me detuve frente a la pequeña pieza de huéspedes con su cama perfectamente estirada y una mediocre reproducción de Botero sobre la cabecera. Esa asepsia me recordó el amoblado de Santiago.

Fui hasta el dormitorio de los dueños de casa.

El colchón había sido acuchillado en varias secciones y le brotaban plumas y resortes en muchos puntos de su superficie. La sábana se había derramado sobre la alfombra junto a tazas de té y rebanadas de pan negro. La cogí y en un impulso respiré hondamente su olor. Me perturbó el recuerdo de Natalie. Una noche fría en Buenos Aires me había prestado un jersey de cachemira blanca impregnado de ese

aroma.

Acomodé mi brazo bajo la almohada, un hábito que tengo desde niño, y me cubrí con la sábana sin dejar de olerla.

De a poco se hizo oscuro y las cortinas se agitaron movidas por el aire filtrado en la quebrazón. Encendí la lamparilla y procuré detener la ventolera pegando con cinta adhesiva un par de páginas de *Le Figaro* contra los restos del ventanal. Luego me hundí en el sillón y reflexioné sobre mi participación en algo que debiera importarme: mi propia vida. Concluí que había hecho un perfecto enroque en nadas. Había desplazado entero mi desvalimiento de Chile a Francia. La única beneficiada con mi travesía iba a ser Susana y su frasquito de *duty free*.

*

No tenía apetito, ni ánimo de visitar los posibles estragos de la cocina. Quería un café desesperadamente, pero no me levanté del sillón.

Entonces oí que introducían una llave en la cerradura y la violenta luz del hall se precipitó sobre mi cuerpo. En el marco de la puerta estaba Natalie, más pálida que en mi recuerdo, centrada en ese abrigo de corderoy negro. Presionó el interruptor y mantuvo su mirada en mí intentando pasar de la sorpresa al reconocimiento.

—Natalie, ¿no me recuerdas?

Se puso las manos en las mejillas y sus dientes brotaron tras la sonrisa.

—¡Pero si eres el chileno!

Vino a abrazarme y luego pareció no saber qué hacer con sus manos.

—¿Qué haces en París?

—Vine a escribir un reportaje.

—¿Sobre qué?

—Sobre Kundera. Sobre Milan Kundera.

Natalie se sacó el abrigo y lo arrojó al sillón. Estaba vestida con un polerón *beatle* verde musgo y una minifalda de cuero negro. Mi mirada vino y fue de sus rodillas a los ojos azules, los párpados cargados de un maquillaje del mismo tono del pulóver y las pestañas espesas de una pasta que le daban cierto toque de filme antiguo.

—¿Cómo me encuentras?

Clavé los ojos en sus pies, en los momentos en que ayudándose de ellos se descalzaba, quedando más pequeña, más vulnerable.

—Bellísima —dije.

Entonces miró por el pasillo y fue corriendo al dormitorio. Volvió hundiendo en el cuello su polerón y estirándolo como si le faltara aire.

—¿Dónde está Miguel?

Avancé hacia ella y le apreté suavemente las manos.

—Se fue.

—¿A qué hora vuelve?

—Se fue a Buenos Aires, Natalie.

Tomó el paquete de cigarrillos de la mesa y me apresuré a encenderle uno. Con un gesto dramático se echó el pelo atrás. Exhaló el humo, y luego se cruzó de brazos. Con la punta del pie descalzo empujó suavemente un trozo de cristal.

—Así que *Paris c'est fini* —dijo sin humor.

—Eso mismo dijo él.

Fue hasta el teléfono y comprobó que tuviera tono. Lo puso de vuelta en la horquilla.

—Todo esto —levantó los brazos abarcando mucho más que el espacio de ese living— es un naufragio. Un inmenso e inconmensurable naufragio.

Abrió la puerta de la pieza de visitas y comprobó que mi maleta estaba sobre el lecho.

La retiró y estiró la frazada con las palmas mientras sostenía el cigarrillo en los labios. Me habló sin quitárselo de la boca.

—Debes estar muerto de cansancio.

—Más bien confundido.

—Te hará bien dormir. ¿Quieres comer algo?

—No tengo hambre.

Se acarició la nuca como si quisiera recordar algo, pero finalmente no dijo nada. Me traje el whisky a la pieza y me serví otra dosis en el vaso de plástico. Fui a la cocina a buscar hielo.

Por la puerta entreabierta del baño vi a Natalie mirándose en el espejo. Volví a la pieza, me recosté y puse sobre el velador las llaves. Me quedé dormido mirándolas.

*

Desperté con apetito y con un estado de ánimo poco familiar. Abrí la maleta y saqué mi camisa y mi jersey predilecto. Me los puse con energía y, sin encontrar ningún recipiente en la pieza, metí la ropa sucia bajo la cama.

Fui hasta el salón y vi a Natalie durmiendo encuclillada sobre el sillón con el teléfono pegado a su oído. Se había sacado la minifalda de cuero y con el polerón alzado sobre la cintura desnuda pude ver gran parte de su slip blanco con calados donde se notaba fuertemente la sombra de su pubis. Aunque la calefacción funcionaba, el viento, a través de la ventana mal protegida por el periódico, había bajado la temperatura. Traje la frazada de mi cuarto y se la puse encima.

Tomé el llavero con decisión y salí a la mañana parisina dejando

que mi instinto me llevara para no exponerme a las hostilidades de los transeúntes preguntándoles direcciones.

En la panadería compré una *baguette* larga y dorada a la cual no pude evitar morderle la punta aun antes de que la pagara. Vagué con el pan un par de cuadras, hasta que encontré una vidriería. Mi cuerpo se reflejó en las decenas de espejos en oferta y me sentí otra persona, con el pan en la mano y sin haberme peinado.

Le di al dependiente las señales del edificio y convine una cita para una hora más tarde.

De vuelta en el departamento fui hasta la cocina, rebané el pan en generosas tajadas, hundí las bolsas de té dentro del agua hirviendo, y puse en una fuente porciones de mantequilla, queso y jamón, junto a un racimo de uvas. Sobre el mantel de la cocina caía disuelto un rayo de sol y bajo esa luz el desayuno adquirió la tonalidad de una pintura hiperrealista.

Sólo cuando el té cedió su fuerte color en la tazas esmeralda y el humo se fundía con el polvillo del sol, fui hacia Natalie y la desperté tocándole el pómulo.

Con un sobresalto se enderezó sobre el sillón y levantó el auricular del teléfono. Comprobó que tuviera tono y sólo entonces me extendió la mano para que se la estrechara.

—*Bonjour* —dijo.

La invité a la cocina. La luz se había posesionado del espacio. Había ahora una insinuación de intimidad de la que carecían las otras habitaciones. Celebró con un *Oh la lá* parisino mi oferta gastronómica y luego se plegó en el sillón con sus finas piernas sobre el cojín. Así, casi desnuda, afinada en el fracaso, me pareció aún más bella que en Buenos Aires.

Bebí té manteniendo ambas manos alrededor de la taza y cerca de mi rostro. En ese silencio sentí cómo sus pequeños dientes hacían crujir un trozo de *baguette* amenizado por una lonja de jamón.

—Después de desayunar me ducharé y me iré a un hotel —dije.

Ella tragó rápidamente y meneó la cabeza antes de que pudiera hablar.

—No hace falta. Está la pieza de huéspedes.

Aparté algunas migas de la mesa: las barrí con el canto de una mano y las hice caer sobre la concavidad de la otra. Luego las unté con la lengua y me las tragué.

Sorbimos otra taza de té, dando vueltas alrededor de algo impreciso. Hurgué en la camisa y no hallé el paquete de cigarrillos.

—Yo también tengo ganas de fumar —dijo ella, haciendo ademán de ir a buscar el tabaco al living.

La detuve poniendo una mano sobre la frente.

—Yo voy. No te molestes —dije.

Se abrazó a sí misma y se frotó los hombros.

—Están en mi cartera. Hay un paquete sin abrir.

Fui hasta el salón y para hacer más luz arranqué el periódico que cubría el ventanal. De un momento a otro vendría el vidriero con el repuesto. Abrí su bolso de cuero negro junto a la minifalda y metí la mano tras el tabaco. Mis dedos rozaron un objeto metálico. Creí que podría ser un encendedor, pero al cogerlo con toda la mano vi que era un revólver. Lo alcé y palpé su volumen pesándolo en mi mano derecha. No se trataba de una pistola «femenina». Era un arma de magnitud y diseño moderno. Lo volví a hundir en la bolsa y fui con los cigarrillos a la cocina. Al encender el suyo cubrió brevemente el dorso de mi mano con su derecha para proteger la llama del fósforo. Yo prendí el mío y ambos exhalamos con fuerza y nos quedamos mirando cómo el humo se fundía con el polvillo solar.

Luego Natalie adelantó su rostro y apoyando los codos sobre la mesa sostuvo su barbilla entre ambas manos justo en el medio de las filigranas entreveradas del humo, el sol y el vapor del té.

—¿Qué me dices? ¿Te quedas? —preguntó.

Aspiré muy hondo la segunda succión y me limpié una mota de tabaco que había quedado sobre el labio.

—Sí —dije.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Antonio Skármeta
© 2019, © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563841282

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

[image]